
ANALES
DEL MUSEO NACIONAL
“DAVID J. GUZMAN”



Tomo IV

Nº 14

SAN SALVADOR CUZCATLAN

República de El Salvador

América Central

Ed. "Casa de la Cultura"—11 A. S. 25—Tel. 29-50.



ANALES DEL MUSEO NACIONAL "DAVID J. GUZMAN"

Director:
Br. Jorge Lardé y Larín

Tomo IV

San Salvador Cuzcatlán, Rep. El Salvador, C. A.
Septiembre de 1953.

Nº 14

EDITORIAL

La Obra Científica del Sabio JORGE LARDE



El profesor don Jorge Lardé nació en San Salvador el 21 de septiembre de 1891 y falleció en esta capital el 23 de julio de 1928 —hace veinticinco años justos—, a la temprana edad de 37 años no cumplidos.

Llamado *el Sabio* por sus contemporáneos ilustres y por la posteridad, igual título honorífico le reconoció la Legislatura de 1948 que decretó *Monumento Nacional de la República* la tumba que guarda sus mortales restos en el cementerio general.

Hombre consagrado desde muy joven al estudio intensivo y a la investigación científica, su existencia fugaz, azarosa y activa representa, en la historia de las ciencias salvadoreñas, lo que la vida fecunda del Maestro Francisco Gavidia representa en la historia de las letras nacionales. Gavidia es el primer gran literato; Lardé, el primer gran científico.

"La muerte se lleva hoy, con la vida de Lardé —escribía el pensador Alberto Masferrer, en 1928—, una fuerza insustituible por mucho tiempo. Alma fervorosa, mente investigadora, espíritu inquieto. En Lardé estaban condensadas esas virtudes que dan al ser el ritmo preciso, perfecto, cabal, con que han de desenvolverse en la vida. Y así fué, como lo ha dicho un poeta, "una llama al viento", pero una llama de proporciones gigantes, expresión del espíritu que consumía".

"Y así pasó por nuestra historia, inaugurando para El Salvador, con su vida, la primera Vida consagrada de lleno a la investigación de las ciencias, como con Gavidia se inauguró la vida del primer hombre de letras. Antes de Lardé hubo sabios; hombres que sabían de todo: de leyes, de medicina, de literatura, de astronomía, de ingeniería, etc. Pero el hombre de ciencia, el investigador, el que consagra su vida a determinados estudios, no lo hubo sino hasta que Jorge Lardé hizo su aparición entre nosotros. Cientista, en el concepto europeo de la palabra, fué este

buen amigo nuestro. Hombre que va a la ciencia para empaparse en sus misterios, y luego darla a los otros con el sello de su espíritu”.

No se encuentra en Lardé al erudito de las ciencias que almacena como enciclopedia un caudal de conocimientos adquiridos en los libros y fruto de estudios e investigaciones ajenos.

No representa al pseudo-sabio que con subterfugios y “bolsazos” trata de impresionar a los mediocres y a los zafios.

Tampoco se localiza en él al soberbio sabihondo, enfatuado e inmodesto, que se cree poseedor exclusivo de la verdad e incapaz del error.

El pertenece a otra falange; el genuino militante de otra legión.

Sus años de estudiante y de formación intelectual son torturados por los problemas filosóficos.

El escolasticismo, con Balmes como supremo Maestro, era la única filosofía que se enseñaba en los centros oficiales de la República y contra ella se reveló, asído al positivismo de Comte y al evolucionismo de Spencer, el joven pensador.

“Modelo de trabajo y actividad. Su vida —dice el Dr. Vidal Severo López— fué pensamiento y acción. Gladiador en el campo de las nuevas ideas, jamás permitió que los prejuicios se anidaran en su espíritu. Como estudiante, sereno y ecuánime, supo contener las tempestades de su alma con la fuerza del razonamiento. Pensó. Nunca rindió culto a los juegos y pasatiempos escolares”.

“Lardé —agrega—, titán de las nuevas ideas, apóstol de convicción, optimista sincero, enfrentó la lucha como un temible legionario: llegó el momento decisivo: había que romper a pedazos la costumbre anticuada y decadente, y desquiciar el dogmatismo en la enseñanza: nuestro malogrado compañero Antonio Lewy —poseído de la grandeza del momento— en un arranque de entusiasmo juvenil, con palabras de fuego —escritas en el pizarrón de la cátedra— proclamó el advenimiento de la nueva filosofía con esta frase lapidaria: “*Muera... Compayré!!! Viva Spencer y Lardé*”. Era el año de 1908.

“Desde entonces —dice el Dr. Raúl Andino— datan sus prolongadas y fogosas polémicas con los escritores católicos, que dejaron un recuerdo indeleble en los anales de la ideología de El Salvador. Es la época borrascosa del nihilismo intelectual, en que proclama a grandes voces en el aula, en la vía pública, y en las columnas de VIDA Y VERDAD lo que la blasfemia de Eliseo Reclus llamara la “bancarota de Dios”.

“Una vez que a su juicio había demolido la Iglesia —apunta don Napoleón Viera Altamirano—, le tocaba el deber de demoler la sociedad, y se hizo anarquista. El viejo Baukine atrajo su mirada, y desde él, hasta Kropotkine, Marx y Gorki, toda la escuela de la revolución social sacudió intensamente su espíritu. Se volvió un gran inconforme con tendencias demoledoras... Lardé no podría haberse exceptuado de la regla histórica, de que toda juventud, cuanto más altamente buena y libre, abraza con más fervor el ideal de la reforma social”.

Aunque Lardé “creía —agrega Viera Altamirano— un deber usar de la violencia contra un orden social que, conforme Kropotkine, se había organizado y se conservaba aún gracias a la violencia”, nunca llegó el momento de las violencias “y el pequeño apóstol conservó limpias sus manos para oficiar con más serenidad y más derecho en el altar agosto de la ciencia”.

A este período de hondas convulsiones filosóficas corresponde su precioso artículo: “*Manifestaciones religiosas en el perro*”, publicado en 1910 y que recorrió todo el mundo por su interés y originalidad, y la primera obra del Sabio Maestro: “*Polémica sobre la teoría de la evolución?*”, editada en la Imprenta Meléndez, en 1913, y que contiene una segunda respuesta al señor Martínez Lemus.

Lardé obtuvo el título de bachiller, en Ciencias y Letras, con brillantes calificaciones, en 1908, y luego ingresó y cursó tres años en la Facultad de Química y Ciencias Naturales de la Universidad Nacional.

La muerte prematura de sus padres —los súbditos franceses don Jorge Lardé y doña Amelia Arthés—, la ruina económica de la familia y la necesidad de hacerle frente, en plena adolescencia, a la vida, con obligaciones paternas con una numerosa familia de hermanos menores, lanzó al aventajado estudiante a abrazar la carrera del magisterio.

Don Julio Bías le dió clases de matemáticas, ciencias físico-químicas y filosofía en el Instituto Nacional, y por recomendaciones suyas, se las dió igualmente en la Escuela Normal de Señoritas doña María Chery de Spirat.

El cultivo de las ciencias y el sacerdocio en el aula atemperaron un poco la combatividad de Lardé en su constante demoler de dogmas y prejuicios religiosos y sin claudicar jamás en sus ideas encontró su propio destino: crear las ciencias patrias.

“Poseía Lardé —dice el Prof. Francisco Espinosa— las dos grandes cualidades que caracterizan al verdadero hombre de ciencia: la memoria poderosa para almacenar conocimientos y la viva imaginación para establecer hipótesis. La primera mantiene la ciencia; la segunda, la crea. Creador de la ciencia fué él. Nada adelantaría la humanidad si no hubiese sabios que, sobre los conocimientos comprobados, no erigiesen sus hipótesis. Como afirma Ingenieros, las hipótesis de hoy son las verdades del mañana. De éstos fué Lardé, y con una gran ventaja más: no estorbaban a su espíritu las torpes ligaduras del dogma religioso. Libre se movió, sin más aspiraciones que encontrar la verdad. No la estática, sino aquella otra que deviene, que está en formación”.

“Intransigente contra todo dogmatismo —escribe su profesor, don Leonardo Azcúnaga—, no aceptaba las verdades sino cuando éstas tenían como base la razón y la experiencia”.

“En tan corto lapso (de su vida) —apunta el Dr. Manuel Zúniga Idiáquez— logró conquistar el sobrenombre de sabio, gracias a que, extraño a las atadu-

ras, las maleantes rutinas y ancestrales carcomas de la Universidad, cultivó la ciencia con afán de inundarse en sus évinos destellos”.

“Si en vez de escuchar devotamente los reclamos de una irresistible vocación, —agrega— se hubiera echado por los vulgares caminos de la carrera liberal, ¿qué habría realizado...? Nada de trascendental, nada de extraordinario, sin duda; en cambio, atraído por materias íntimamente ligadas con la existencia nacional, tanto menos conocida cuanto que en el mundo entero se consideran como nacientes todavía, ahondó lo bastante para que lejos de nuestras fronteras se pronunciara con interés y acaso con respeto el nombre de El Salvador, al lado de su infatigable representante”.

Así Lardé, dice el mismo escritor, “consagró las fuerzas de sus sentidos y potencias y el empuje de su proverbial energía, al estudio constante de la Naturaleza, y por ende, de las ciencias que podían prestarle poderosa ayuda en sus interminables investigaciones, con frecuencia coronadas por hermosos éxitos, de vastas y prolongadas resonancias”.

Entre todas las ciencias que cultivó, fué la geología la de su predilección, señaladamente la sismología y la vulcanología, y en ellas se distinguió sobremanera y fué reconocido universalmente como autoridad en la materia.

Dice el Ing. Francisco Beltrán Galindo:

“La Geología Salvadoreña tuvo en Jorge Lardé a su único consagrado, y fué su afán investigar la vida de la tierra Patria, con la paciencia del verdadero sabio, iba de pueblo en pueblo, en busca de datos para crear la ciencia”.

“Creador de la Sismología Salvadoreña, dió a conocer esta ciencia desconocida por nosotros, y con afán incansable hizo estudios profundos”.

Y el Prof. Francisco Espinosa expresa:

“Cuando se compile en tratados la sismología salvadoreña, Lardé aparecerá como el principal creador de ella. No le arredraron ni la magnitud del trabajo que suponía, ni los peligros a que estaba expuesto, ni el estado de abandono en que se hallaban aquellos estudios. Aportó millares de observaciones y experiencias. No la tomó como una distracción, al igual de unos; ni como objeto de erudición, a semejanza de otros. Se dedicó a ella con verdadero amor”.

“Llegó a convertirse en una autoridad en punto a temblores. Más allá de las fronteras llegó su nombre al pie de sus estudios sismológicos”.

La geografía, la arqueología, la etnología, la lingüística y la historia patrias le deben igualmente importantes estudios científicos.

Como geógrafo recorrió todo el país y dejó inédito un Mapa de El Salvador, con importantes correcciones a los existentes, y rectificó el área de El Salvador, oficialmente calculada en 34,126 k.c., demostrando que estaba errada en más de 10,000 kc. También comenzó un Diccionario Geográfico.

“Yo he subido todos sus volcanes —dice el Sabio Lardé—, he recorrido su territorio desde Honduras al Mar, y del Paz al Goascorán: he penetrado en sus

montañas, en sus ríos, en sus cráteres volcánicos, en sus bellas mesetas recortadas por un mil de agentes geológicos: he podido leer en sus fósiles y rocas, en sus restos arqueológicos y en las crónicas, una parte del pasado remoto del país; y en todo, he podido comprender algo del ayer de este pueblo siempre grande y viril ante la Historia, aunque casi siempre inconsciente en cada momento histórico, de su propia grandeza”.

Fué, sin duda, el primer arqueólogo salvadoreño, y esta ciencia, como las otras que cultivó, le deben importantes estudios. Su Índice Provisional de Regiones Arqueológicas de El Salvador, sus estudios sobre las ruinas de Quetzalcoatlán, Chalchuapa y Cihuatán, etc., echaron las bases para ulteriores investigaciones.

La etnología patria también encontró en él a un cultor eminente. “En verdad —dice el Prof. Francisco Luarca—, antes que él no hubo, ni hay todavía, un salvadoreño que haya con más amor ni competencia estudiado nuestra raza autóctona”. Así estudió las costumbres, danzas, creencias, etc., de nuestros aborígenes, ofrendando un material inapreciable para el folklore nacional.

Dominó los idiomas aborígenes náhuat o pipil y lenca o poton, siendo un competente filólogo. Dejó notables trabajos sobre la distribución etno-lingüística precolombina y se adentró con éxito en la toponimia arcaica.

La historia patria le debe notables trabajos de investigación. “Supo leer a través de los tiempos —apunta el Ing. Francisco Beltrán Galindo—, los ignorados misterios de nuestra Historia, supo leer lo que nadie comprendió, para dar a nuestras mentes todos aquellos misterios y saciar nuestra sed de saber. Arrancó a las mudas piedras y a las inscripciones antiguas, la interpretación del lenguaje maya-quiché, como que a sus oídos hubiese llegado el eco legendario de aquellos varones que supieron hacer patria. Contempló con su mente de sabio oficiar a los sacerdotes, en la piedra de los sacrificios, y al conquistador cabalgar en sus corceles para arrebatar tierras y tesoros. Su labor histórica es inapreciable”.

La historia antigua y la de la conquista y colonización fué estudiada con ahinco por este salvadoreño ilustre y muchos errores consagrados fueron valientemente rectificadas por él.

Sus principales obras científicas son:

1ª *“El terremoto del 6 de septiembre de 1915 y los demás terremotos de El Salvador”* (agosto de 1916). Constituye este minucioso trabajo la obra sismológica más importante de cuantas se han escrito en Centro América y lo consagró como el “creador de la sismología salvadoreña”. El gran acopio de datos y la lógica interpretación de los hechos, como las conclusiones científicas, revelan en su laborioso autor un talento poco común. Muerto el sabio doctor Santiago I. Barberena, de quien fuera Lardé alumno preferido, fué nombrado éste Director del Observatorio Sismológico de El Salvador, coyuntura que le permitió ahondar más en sus estudios.

2ª *“La Población de El Salvador: su origen y su distribución geográfica”* (septiembre de 1921). En esta obra fundamental sobre la materia, el Sabio Lardé,

adelantándose a las modernas conclusiones de la antropología americana, preconiza la tesis del origen ístmico de las culturas superiores de la América Precolombina; tal origen no debe buscarse, dice, en México ni en las regiones californianas, sino en Centro América, "por la región del lago de Güija".

3ª "El Volcán de Izalco" (1923). Contiene un viaje geológico a ese volcán y sus contornos y una historia documentada del "Faro del Pacífico" desde sus orígenes hasta octubre de 1922. Lardé ha sido, en concepto de los sabios modernos, el más autorizado biógrafo del volcán de Izalco, y Karl Sapper llámale "valiente investigador" al dar cuenta de la hazaña realizada por el sabio salvadoreño el 7 de noviembre de 1920, fecha en que escaló la lava humeante y no solidificada aun y estuvo a pocos pasos de los cráteres o policentros de emisión del magma incandescente.

4ª "Arqueología Cuzcatleca" (1924). Es un trabajo, según sus propias palabras, más geológica que arqueológica, y refiere en ella el sorprendente descubrimiento que hizo en 1917 de una ciudad premáyica, en el subsuelo de San Salvador, sepultada por una formidable capa de cenizas, pómez y escorias volcánicas, a 5 ó 6 varas de profundidad. Establece la antigüedad del hombre en ese valle y la contemporaneidad del hombre primitivo con especímenes de una fauna y una flora ya desaparecidas. Esta obra científica sorprendió vivamente la atención del arqueólogo americano Samuel K. Lotrohp, quien apuntó que las ruinas descubiertas por Lardé son las más antiguas de cuantas se han descubierto desde Sonora, en México, hasta el Titicaca (Perú-Bolivia).

5ª "Geología General de Centro América y especial de El Salvador" (1924). Es un precioso estudio de conjunto sobre la geología del istmo centroamericano y la de los países o regiones limítrofes, con indicación de cuándo y cómo emergieron estas tierras del fondo de los mares, de los lineamientos orogénicos, sistemas de fallas, orientaciones de ejes volcánicos, fajas de inestabilidad sísmica máxima y mínima, faunas y floras abismales, etc. Esta obra, como la anterior, se editó como una contribución de El Salvador al III Congreso Científico Panamericano, celebrado en Lima, Perú, en diciembre de 1924.

6ª "Orígenes de San Salvador Cuzcatlán, hoy capital de El Salvador" (1925). Ha merecido esta obra varias reediciones y es una notable monografía histórica de los orígenes, fundación y hechos concomitantes e inmediatos posteriores de la colonia de San Salvador. En dicha obra el Sabio Lardé precisa que la fundación de esta población ocurrió alrededor del 1º de abril de 1525 y muchas de sus conclusiones tienen toda validez científica, habiendo sido ratificadas y no rectificadas por modernas investigaciones. Es obra meritoria, no sólo por la documentación histórica reunida, sino también por la claridad de exposición y por el riguroso análisis crítico-lógico de los sucesos históricos objeto de esa monografía.

7ª "El Volcán de Izalco (En El Salvador, América Central) De 1922 a 1925". Opúsculo editado en Milán, Italia, en 1926, que es un apéndice a la obra original de este mismo título.

8ª "Juan de Dios del Cid" (1927). Opúsculo que contiene una conferencia

del autor sobre la vida y obra de ese fraile franciscano que, en 1641, fabricó una imprenta de madera, la primera de manufactura americana, y editó un opúsculo: "El Puntero Apuntado con Apuntes Breves", primer incunable centroamericano.

9ª "*El Salvador Antiguo*" (1950). Obra póstuma editada por el Ministerio de Cultura, en la que se recogen algunos trabajos del autor sobre Historia Precolombina, Arqueología, Etnología y Lingüística patrias.

10ª "*Historia sísmica y erupcio-volcánica de El Salvador*". Esta obra fué escrita por el Sabio Lardé de 1917 a 1922. Se encuentra inédita, manuscrita e incompleta; pero contiene una valiosa documentación sobre los terremotos y erupciones volcánicas habidas en el país, crítica de esa documentación y conclusiones.

Además, dispersos en diarios y revistas queda una rica producción científica, que pacientemente se está reuniendo para una edición completa de sus obras.

En el tomo IV de ANALES DEL MUSEO NACIONAL "DAVID J. GUZMAN" hemos empezado, en forma, a reeditar las obras del Profesor Jorge Lardé, y continuaremos en esa labor en éste y los siguientes números.

Como las obras publicadas adolecen de errores tipográficos y mutilaciones lamentables, hemos ido cotejándolas con los originales manuscritos y correcciones ulteriores hechas por su autor. Dejamos constancia de ésto para evitar malos entendidos.

Nuestra revista honra así, en el vigésimo-quinto aniversario de la muerte del Sabio Lardé, su memoria, y restituye sus trabajos científicos, en forma perdurable, al patrimonio cultural de El Salvador y del mundo.

Julio de 1953.



Geología General de Centro América y Especial de El Salvador

Por el Prof. DON JORGE LARDE
Director del Observatorio Nacional

INTRODUCCION

No existe hasta hoy ningún trabajo geológico de conjunto referente a Centro América, y la necesidad de tener que conocer la geología del istmo centroamericano y empalmar sus formaciones con el resto de América, para establecer con más claridad la geología de El Salvador, me ha obligado a reunir todos los datos particulares, de detalle, referentes a dicho tema, y a preparar el presente resumen para precisar más esas cuestiones y enviar algo al Tercer Congreso Panamericano, en la creencia de que los datos consignados y

puntos de vista diferentes en la interpretación de los hechos tienen un interés para la ciencia geológica.

Aunque damos cierta preferencia a El Salvador, no lo hemos querido hacer del todo, por el hecho de que sólo podríamos hacerlo de regiones determinadas, las que hemos estudiado especialmente, es decir, con más detenimiento de lo que hemos hecho con otras; pero esas lagunas se van llenando poco a poco con la publicación de trabajos de detalle.

CAPITULO I

El Continente Centroamericano

Entre las dos grandes Américas, la del Norte y la del Sur, como es sabido, se extienden dos arcos de tierra emergidas: uno, **Las Antillas**, formado de "una serie de islas" bañadas al Oriente por el Atlántico, y el otro, **Centro América**, formado de "una serie de istmos" limitados al Occidente por el Pacífico, quedando entre ambos arcos y Sud-América, el Mar Caribe, y entre los extremos boreales de ellos y Norte América, el Mar

llamado Golfo de México. Estas dos grandes masas de agua constituyen lo que se llama **El Mediterráneo de América**, a causa de la homología geográfica y el paralelismo en la historia geológica de ese mar y el Mediterráneo de Europa.

Como fácilmente puede notarse, esos dos arcos no sólo se asemejan por su posición común entre las dos grandes Américas, y la naturaleza insular de uno y la casi insular (ístmica) del otro, sino también en que están orientados del mismo modo, esto es, de NW. a SE.

También puede notarse allí que

ambos arcos van decreciendo en anchura del NW. a SE. En efecto: el extremo NW. del arco antillano está formado por Cuba y las Bahamas, y al SE. por las Pequeñas Antillas; el extremo NW. de Centro América es la línea que va del istmo de Tehuantepec al extremo de la península de Yucatán (cabo Catoche), y el SE. se encuentra en el istmo de Darién (o de Urabá o del Atrato), de modo, pues, que en ambos arcos el extremo NW., es más ancho que el SE.

En el curso de este trabajo se verá que existe gran semejanza entre la constitución litológica de Centro América y la de Las Antillas, y que ambas tienen un pasado geológico casi común y hasta cierto punto independiente de los núcleos continentales del Norte y del Sur.

Y a eso se debe agregar que la fauna y la flora de Las Grandes Antillas, —y en especial, en lo referente a caracoles terrestres,— en vez de guardar relaciones con las correspondientes de Norte América, y a pesar de la proximidad entre Cuba y Florida, las tienen claras e indudables con Centro-América, de tal modo que estas tierras y aquellas islas presentan cierta unidad zoológica y botánica. Todos esos hechos, es decir, la naturaleza insular de Las Antillas y la casi insular de Centro-América, su posición común entre las dos grandes Américas, su igualdad de orientación y disposición de sus tierras, la marcada afinidad que existe entre sus faunas y sus floras, la semejanza de constitución litológica; su casi independencia de los núcleos continentales del Norte y del Sur, y otros hechos, han sido motivos poderosos para considerar a Centro-América y a Las Antillas "como una sola entidad", a la que llamaremos **Continente Centroamericano**.

Sin embargo, las diferencias que existen entre el Continente Centroamericano y las dos grandes Américas no permiten establecer entre

aquél y éstas demarcaciones absolutas. Las demarcaciones absolutas no existen en ninguna parte, y aquí son tales que los geólogos que se han ocupado de esta región piensan, al menos provisionalmente, que Centro América se continúa geológicamente por México hasta California (EE UU. de N. A.), y Las Antillas por Venezuela y Colombia hasta Los Andes propiamente dichos.

Mas, como para la mayor claridad de la exposición, es necesario indicar los límites del llamado Continente Centroamericano, lo fijaremos provisionalmente de la manera siguiente: al Norte, el Istmo de Tehuantepec, Golfo de México y Canal de Florida; y al Sur, el Istmo de Darién y la costa boreal de Sud-América. En los otros rumbos no hay dificultad: es tan sólo los dos grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico.

En el Istmo Centroamericano se encuentran los países siguientes: una parte de México (estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán y territorio de Quintana Roo), Belice, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá y una pequeña porción de Colombia. Las Antillas comprenden los archipiélagos siguientes: las Lucayas (Bahamas, las Grandes Antillas, las Pequeñas Antillas y las Islas de So-tavento.

Por motivos de comodidad adoptaremos en general esas divisiones en la presente exposición.

CAPITULO II

Tehuantepec, Chiapas, Tabasco, etc

En otro tiempo se creyó que el istmo de Tehuantepec era no sólo un límite geográfico entre la América del Norte y la del Centro, sino además una faja de división entre dos regiones geológicas absolutamente diferentes y hasta cierto punto independientes la una de la otra, pero obser-

vaciones más precisas han hecho ver el error de esa creencia y han mostrado que dicho istmo debe considerarse únicamente como una línea de separación de carácter exclusivamente topográfico y no geológico.

En efecto: la pequeña cadena de alturas (de 600 a 700 m. sobre el nivel del mar) que atraviesa el istmo de E a W., —tanto por su constitución como por su constitución litológica,— no parecen ser otra cosa que una continuación de la Sierra Madre del Sur de México por una parte, y por la otra, una continuación de la Sierra Madre de Chiapas y Guatemala.

La Sierra Madre del Sur de México, geológicamente considerada, parece tener su origen en la Cadena Costera (Coast Range) de Alta California, de donde se continúa por la península californiana y las islas Tres Marías. Esas sierras están formadas de granito, gneis y otras rocas, y han sido consideradas por los geólogos modernos como el principio de Los Andes, aunque a mi modo de ver esa cuestión no está completamente dilucidada.

La Sierra Madre del Sur, hacia el W. penetra en las aguas del Océano Pacífico, y si de allí se continúa por Las Tres Marías y la Baja California o por otra región del planeta, es para mí una cuestión no resuelta definitivamente, aunque hay buenas razones en pro de su continuación por dichas islas y la indicada península.

Dicha Sierra, en el Istmo de Tehuantepec se derrime considerablemente (600 a 700 m.), quedando el paso más bajo a 244 m. sobre el nivel del mar.

En esa región, la Sierra Madre está formada de granito, gneis, esquistos antiguos de edad no determinada, de calcáreos cristalinos y pórfidos, recubiertos por calcáreos con rudistos, de los tiempos neocretácicos, plegados por los movimientos orogénicos, hecho que indica plenamente

que el levantamiento y plegamiento de esa región tuvo lugar en tiempos posteriores al cretáceo, es decir, en los tiempos terciarios o cuaternarios, y ciertamente en los terciarios, ya que además de no existir terrenos cuaternarios alterados por esos plegamientos, desde el principio de esos tiempos ya existen en México especies de seres vivientes suramericanos y en Centro América especies del continente norteamericano, que evidentemente no habrían podido pasar si no hubiera existido ya ese istmo en los tiempos cuaternarios.

Las rocas citadas están recubiertas hacia el Sur por depósitos sedimentarios de edad no bien determinada, pero que han participado de los movimientos orogénicos de la región, hecho que prueba que se formaron antes o durante los tiempos terciarios, época en que, según se vió, tuvo lugar el levantamiento y plegamiento del istmo. Más hacia el Sur, esos sedimentos están recubiertos por aluviones recientes.

Hacia el Norte de la Sierra, dichas rocas están recubiertas por depósitos terciarios,—en parte, los inferiores, plegados débilmente,— que se extienden hasta muy cerca del Golfo de México, en donde son recubiertos por depósitos cuaternarios y recientes.

El hecho de que la emersión del istmo tuvo lugar en los tiempos terciarios, y el hecho de que el terciario inferior está plegado, prueban suficientemente que los movimientos orogénicos acaecieron a mediados del terciario, esto es, hacia los tiempos miocénicos.

Como se ve, en esa región se nota la falta de toda la serie paleozoica y la de la mesozoica hasta el cretáceo, problema del cual trataremos más adelante.

Debido al hecho de que la Sierra Madre del Sur de México es la misma de Chiapas y Guatemala, los límites geológicos de Centro América no están, evidentemente, en el istmo de

Tehuantepec, sino en la depresión que separa a dicha sierra de la base austral de la mesa de México, continuada por el mar Bermejo.

Al E. del istmo de Tehuantepec, en Chiapas, se eleva nuevamente la Sierra Madre, presentando casi la misma constitución que al W. Más hacia el E., apoyándose sobre el flanco boreal de las rocas antiguas que la constituyen, se encuentra un extenso masivo de rocas plegadas constituidas de asperón rojo y depósitos correspondientes al carbonífero superior. El asperón rojo es anterior al carbonífero superior, el que reposa a veces directamente sobre rocas antiguas, de modo que el asperón parece haber sufrido el efecto de la erosión, lo que indicaría que entre la formación del asperón rojo y la de los depósitos del carbonífero superior hubo un período de emersión.

De todos modos, el asperón rojo, por su carácter nerítico, indica la proximidad de las costas en los tiempos anteriores al carbonífero superior, lo que viene a corroborar el hecho de que entre la deposición del asperón rojo y el carbonífero superior hubo un período de erosión y, por lo tanto, de emersión (¿gotlandiano?).

Sobre el carbonífero o sobre las rocas anteriores, reposa en todo lo largo de la sierra, una zona de asperones y conglomerados (formación de Todos los Santos. (Guat.) correspondientes al período permo-triásico, asperones y conglomerados que indican también la proximidad de las costas, siendo de notarse que esos depósitos, aunque inclinados al N. no están plegados.

Reposando sobre los asperones y conglomerados de Todos los Santos (permatriásicos), se encuentran hacia el N. extensos depósitos formados de calcáreos algunos cretácicos, y que se extienden desde más al Sur del río de Chiapas hasta cerca de Palenque. El terreno constituido por esos depósitos cretácicos es elevado, a

manera de meseta, y presenta dislocaciones, fallas escalonadas tanto al S. como al N., especialmente hacia el S.

Sobre esa mesa cretácea se encuentran en varios trechos, depósitos terciarios plegados, algunos de los cuales, los más australes, pertenecen al eoceno y contiene numulitos. Depósitos terciarios recientes han sido encontrados sobre esa mesa, en la zona guatemalteca, aún a 2,400 m. de elevación sobre el nivel del mar, lo que indica claramente que la mesa en referencia ha emergido de las aguas en los tiempos supra-terciarios o cuaternarios, probablemente en los supra-terciarios o entre el terciario y el cuaternario, por las razones ya indicadas.

Hacia el N. de los terrenos terciarios plegados se extienden hacia el Golfo de México y la península de Yucatán terrenos terciarios no afectados por plegamientos y recubiertos, especialmente en las costas del Golfo, por aluviones recientes.

Hacia el lado del Pacífico, los granitos de la Sierra Madre están recubiertos por una roca terrosa con cantos rodados, sobre la que reposan los aluviones recientes de la faja costera, empezando a estar recubiertas por cenizas volcánicas en las cercanías de la frontera guatemalteca.

CAPITULO III

Guatemala

La Sierra Madre de Chiapas se continúa directamente en la Sierra Madre de Guatemala: son la misma cosa, con la diferencia de que aquí aparece una cadena de volcanes interpuesta entre la sierra y el mar, siendo de notarse que tanto la Sierra Madre como la Cadena Volcánica siguen una dirección WNW-ESE, más o menos paralela a la costa, de la que distan al rededor de 100 kms.

Cuando se miran esas alturas des-

de el mar parece que los volcanes surgieran en la cresta misma de la Sierra, pero al recorrer el país se observa que la Cadena Volcánica y la Sierra Madre son dos cosas distintas, aunque aquélla se ha formado sobre fallas formadas en el flanco austral de ésta.

Yendo de la costa pacífica hacia la Sierra Madre se encuentran: primero una faja de dos o tres kilómetros de ancho más o menos formada de aluviones recientes, parte de los cuales separan del mar gran número de largas y angostas masas de agua, llamadas albuferas o esteros; en seguida se ve surgir debajo de esos depósitos recientes una capa de tierra amarillenta o rojiza, algo arcillosa y con cantos rodados de dimensiones variadas y constituidos de andesitas a veces asociados con cantos de otras rocas, y más al N., ese conglomerado desaparece bajo productos eruptivos recientes (cenizas, pómez, etc.)

Esos productos volcánicos a pesar de que cubren a los conglomerados arcillo-terrosos, no los ocultan del todo, pues éstos pueden verse en los profundos valles de erosión, formados, entre un volcán y otro, por los ríos que de la Sierra descienden al Pacífico, por ejemplo: en los valles del Tilapa, el Coyolate, el Guacalate y el Michatoya, pudiéndose, además, observar en esos valles que dichos conglomerados descansan sobre pórfidos o sobre pórfidos-traquíticos (andesitas, fonolitas, basaltos).

Los volcanes que han dado origen a esas deyecciones son numerosos (se cuenta más de 30) y se encuentran en una estrecha faja de fracturas geocorticales, situada sobre el flanco austral de la Sierra Madre, entre el filo de ésta y el mar, siendo de notarse que la zona volcánica se ensancha notablemente hacia la región SE. del territorio guatemalteco.

Entre esos volcanes, los que han hecho erupción en los tiempos históricos son los llamados Tacaná, Taju-

mulco, Quezaltenango, Atitlán, Fuego y Pacaya.

El Tacaná está situado en la propia frontera mexicano-guatemalteca sobre la Sierra Madre; tiene una forma cónica irregular y está rodeado de dos depresiones concéntricas, que indican una reducción progresiva de la abertura del cráter, o bien, del maare en cuyo centro ha estado el verdadero cráter; tiene fumarolas numerosas, y se citan una erupción en 1855, y otra en agosto de 1877.

El Tajumulco se eleva también sobre la misma Sierra Madre y está formado de dos conos, el Concepción, que es el más alto, y el de Azufre, en donde existen fumarolas que constantemente generan el azufre que de él extraen los indios comarcanos en regulares cantidades; con frecuencia se le ha considerado como extinguido, pero la erupción de 1863 parece indudable.

El grupo volcánico de Quezaltenango consta de tres conos: el más boreal, es el más pequeño; el medio, es el llamado de Quezaltenango; y el austral, que es el más elevado, es el de Santa María. Durante mucho tiempo la actividad se fijó en el Cerro Quemado, el cual sufrió a causa de eso importantes modificaciones, especialmente con la erupción de 1785; mas en los últimos tiempos, el Santa María ha dado muestras imponentes de actividad, como lo prueban las erupciones de octubre 1902 y julio de 1922.

El grupo volcánico de Atitlán está formado también de tres conos principales: el Cerro de Oro, el Tolimán y el Atitlán, siendo estos dos últimos los activos; el primero de éstos hizo importantes erupciones en 1833 y 1852, y el Atitlán en 1843, fuera de otras varias.

El volcán de Fuego ha sido el más activo de Guatemala, o por lo menos, el volcán de que se conoce mayor número de grandes y pequeñas erupciones, entre las que se citan las de los

años 1524, 26, 81, 85 y 86; 1623, 26 y 99; 1705, 6, 7, 10, 17, 32, 37 y 99; 1829, 55, 56, 57 y 80.

Y el volcán de Pacaya, es más bien un grupo volcánico, el cual ha hecho también numerosas erupciones, entre las que se citan las de 1565, 1651, 1664, 1668, 1671, 1677 y 1775.

Entre esa serie de volcanes y la Sierra Madre, se encuentra una serie de lagos, siendo los principales el Atitlán, el Amatitlán y el de Ayarza.

El Atitlán está limitado al S. por el grupo volcánico de Atitlán y al SW. por los volcanes de San Pedro y Santa Clara, y tiene cerca de una veintena de islotes que se suponen de origen volcánico.

Se ha creído que ese lago se originó por la formación de los referidos volcanes, que impidieron el desagüe de la región en que se encuentra; pero el sistema de fallas de esa región indican más bien que se trata de un extenso maare, esto es, de un valle de hundimiento y de forma más o menos circular, y que en sus fallas australes se formaron los referidos volcanes, los que con sus deyecciones hicieron en esa parte cambiar la forma primitiva (circular) del lago por la forma actual (en forma de creciente, irregular al S. o lado cóncavo) y hecho aumentar, tal vez, el nivel del lago.

El lago de Amatitlán se eleva al N. del volcán de Pacaya y parece haberse formado del mismo modo que el de Atitlán.

Y en fin, la laguna de Ayarza, situada al E. de los primeros y al W. de la de Güija (El Salvador), parece estar constituida por dos maares vecinos, rodeados de rocas basálticas.

Los volcanes y los lagos de esa región guatemalteca, situada en el flanco Sur de la Sierra Madre constituyen una estrecha faja de fracturas y dislocaciones, en la cual se encuentran los focos sísmicos que causan daños en las poblaciones de San Marcos, Quezaltenango, Atitlán, Tec-

pán, Chimaltenango, Alotenango, Palín, la Antigua, Cañales, San José, Guatemala, Amatitlán y Jalapa.

Al N. de esa faja de fracturas, dislocaciones, volcanes, lagos y focos sísmicos se encuentra (a veces incluida en ella) la cima de la Sierra Madre, la que en vez de terminar en filo, como creen algunos, se aplana y constituye una meseta análoga, aunque más pequeña, a la mesa del Anáhuac. La altura de esa sierra es por término medio de 2,000 m. sobre el nivel del mar, y sobre ella están, entre otras, de W. a E., las siguientes poblaciones: San Marcos (2,480 m.), Quezaltenango (2,342 m.), Totonicapán (2,484 m.), Sololá (2,146 m.), Chimaltenango (1,800 m.), la Antigua (1,480 m.), Guatemala (1,500 m.), Jalapa (1,590 m.), Jilotepeque (1,523 m.), y Alotepec (1,430 m.)

En la propia frontera México-guatemalteca se ven todavía los granitos de la Sierra Madre, sobre los que se levantan el Tacaná y el Tajumulco, los primeros volcanes de la referida cadena. Puede decirse, hasta cierto punto, que allí concluyen las formaciones graníticas de la Sierra Madre de Chiapas y se inaugura un nuevo estado de cosas, pues al Oriente la Sierra Madre casi no deja ver los levantamientos graníticos, y hacia el Occidente no existen ya volcanes, salvo el Zontehuizt y el Hueytepec, volcanes extinguidos que pertenecen a una serie distinta de la cadena en referencia y que se elevan, no al Sur, sino al Norte de la Sierra Madre, perforando la mesa cretácica de Chiapas. Sin embargo, la no existencia de granitos visibles en el resto de la Sierra Madre de Guatemala no indica su no existencia, pues deben estar recubiertos: con la erupción del volcán Santa María, en octubre de 1902, fueron arrojados muchos bloques de esquistos cristalinos, y hacia el SE. del volcán de Zunil y el Sur del lago de Amatitlán se ven algunas rocas graníticas, las que —evidentemente—

no están en la cima de la Sierra Madre. Además, hacia El Salvador, en Cerro Redondo (28 kilómetros al SE. de Guatemala), al S. de esa Sierra existen también granitos, lo mismo que cerca de los volcanes de Amayo y Cuma.

Recorriendo la meseta que tiene en su cima la Sierra Madre y los valles de erosión formados en sus flancos, se nota que los productos volcánicos (cenizas, pómez, etc) de sedimentación aérea, recubren las rocas originales de la Sierra y que son: hacia abajo, rocas masivas más o menos porfiroides (pórfidos y andesitas) recubiertas por conglomerado arcillo-terroso a que se ha hecho referencia y por asperones cretácicos. Se debe agregar, recordando lo dicho, que fuera de la región fronteriza indicada y la región situada hacia el SSW. de Atitlán, en dicha sierra no se encuentran rocas granitoides, aunque en algunos puntos los pórfidos tienden a pasar a estructuras graníticas.

La Sierra Madre de Guatemala, abandona el territorio de este país en el Cerro de Montecristo, mojón esquinero entre Guatemala, El Salvador y Honduras. De allí continuaremos nuestro relato sobre la Sierra Madre al tratar de estos países.

Al N. de la Sierra Madre están el río de Chiapas y el Motagua, los que se besan en sus fuentes y corren en contrarias direcciones: aquél va al Golfo de México y éste al Golfo de Honduras (Mar Caribe), recorriendo ambos, valles de hundimientos trabajados, además, por la erosión de las aguas. Esos ríos forman buenos puntos de referencia para explicar claramente la geología guatemalteca, lo mismo que el río Chixoy que tiene sus fuentes cerca y entre las del Chiapas y el Motagua, y corre hacia el Norte a formar con otros el río Usumacinta que va, como el Chiapas, al Golfo de México.

La región de las fuentes y curso superior de los ríos Chiapas y Mota-

gua, separa a la Sierra Madre de las grandes alturas llamadas Los Cuchumatanes, extensa meseta que nuestros geógrafos, por un abuso de lenguaje, identifican erróneamente con la Sierra Madre. Sin embargo, basta una ligera observación para ver que la meseta o sierra de Los Cuchumatanes y la Sierra Madre — separadas por las cuencas del Chiapas y el Motagua— son dos entidades distintas, tanto geográfica como geológicamente, pues no solamente están separadas por dichos ríos sino también por rocas distintas de las sierras y están éstas constituidas de rocas diferentes.

Los granitos de la Sierra Madre de Chiapas parecen continuarse por los granitos de Huehuetenango y Zacapulas (entre aquellas dos sierras); pero en vez de seguir de NW. a SE. se dirige, aunque al parecer sólo aparentemente a causa de la erosión, de W. a E.

Al N. de esos granitos y apoyándose en ellos, están unas capas de esquistos cristalinos, probablemente precambrianos. Y reposando ya directamente sobre esos granitos o sobre esos esquistos cristalinos, se encuentra una serie de esquistos arcillosos y de asperones y pudingas de cuarzo blanco y opaco (formación de Santa Rosa), de edad posterior a los esquistos citados y anterior al carbonífero superior que lo cubre, es decir, correspondiente al siluriano o devoniano los inferiores y al infra-carbonífero los superiores (que son fosilíferos). Como los esquistos cristalinos han sufrido el efecto de la erosión, descubriéndose el granito antes de la deposición de los asperones y conglomerados de Santa Rosa, es evidente que entre la formación de las rocas precambrianas y precarboníferas roscenses, hubo un período de emersión (scotlandiano?) y la naturaleza nerítica de los referidos depósitos roscenses indican la proximidad de la costa en los tiempos siluro-devonianos.

El asperón rojo de Chiapas puede, tal vez, considerarse como un término equivalente al piso inferior de los estratos de Santa Rosa.

Más hacia el N. y reposando sobre los conglomerados y asperones de Santa Rosa o bien sobre las rocas anteriores, se encuentra el calcáreo carbonífero superior bien definido y dispuesto, como las anteriores formaciones de W. a E. El calcáreo carbonífero reposa a veces sobre el granito y los esquistos cristalinos, lo que parece indicar que en esos puntos los conglomerados y asperones rosences han sido denudados, de modo que entre el rosence y el carbonífero superior hubo un período de emersión o sea de regresión marina, y ésto aunque no se admita la denudación. Esto nos lleva a considerar un período de emersión parcial hacia el medio del carbonífero.

Más al N. todavía, encontramos nuevamente conglomerados y asperones de Todos los Santos, a los que se hizo mención al hablar de Chiapas y que pertenecen, como se dijo, a los tiempos permo-triásicos.

El hecho de que desde a fines del carbonífero y durante el permeano se observan en Sud-América una asociación de la flora criptogámica-norteamericana (lepidosdentros, sigilarias, etc.), con la flora indo-africana de Gondwana (glosopteris, gangamopteris, etc.), prueba que Sud-América en esos tiempos estuvo unida continentalmente con la región indo-africana y la región norteamericana, y por lo tanto, que entre Norte y Sud-América existieron tierras centroamericanas emergidas, y la naturaleza nerífica de los depósitos santences (permo-triásicos) indica que en esos tiempos la costa estaba cerca de donde se han producido esos depósitos.

Hacia el S., los granitos de Huehuetenango se encuentran recubiertos ya por los citados esquistos cristalinos o bien por los productos vol-

cánicos recientes que cubren también a la Sierra Madre.

Hacia el N. de los terrenos carboníferos ya indicados, se observa la continuación de la mesa de calcáreos cretáceos de Chiapas y aquí (departamento de Huehuetenango) como allá (Chiapas) esos terrenos están recubiertos en varios puntos por restos de depósitos numulíticos, los que se apoyan ya directamente sobre el cretáceo, ya sobre los depósitos de conglomerados y asperones santences (permotriásico).

Esos terrenos cretácicos y terciarios son precisamente los que se han elevado y plegado para dar origen a la meseta o Sierra de los Cuchumatanes (Dep. de Huehuetenango), en un período post-numulítico.

Dejemos a los Cuchumatanes y volvamos a la Sierra Madre de Guatemala, ya no en su porción occidental, sino hacia su parte media y oriental.

Hacia el N. de la ciudad de Guatemala, en el flanco boreal de la Sierra Madre aflora un importante masivo de granito al parecer diferente al de Huehuetenango y semejante al del S. de Atitlán. Sobre él reposan más al N. esquistos cristalinos y más encima rocas eruptivas diversas, y con ellas se llega al Motagua.

Reposando sobre los esquistos cristalinos, se encuentran al NE. rocas calcáreas, semejantes a las de Metapán (El Salvador) correspondientes, según parece, a los tiempos infracretácicos; más al N., sobre de ellos, aparecen formaciones cretáceas bien caracterizadas, y más al N. y más abajo reaparecen los esquistos cristalinos, los que se ven en el valle del Motagua, en donde se puede observar también que el granito pasa gradualmente al estado de gneis esquistoso.

Avanzando hacia el E., y siempre entre la Sierra Madre y el Motagua, se ve el masivo de granito de Zacapa rodeado por todos lados de esquistos cristalinos, salvo en la vega del mis-

mo río en que se ven los aluviones. Hacia el S. esos esquistos cristalinos están recubiertos por terrenos cretáceos.

A partir de Zacapa, hacia el NE., se eleva la Sierra del Espíritu Santo o de Omoa, que se extiende paralelamente al Motagua hasta el Mar Caribe. Esa Sierra está formada de granitos y esquistos cristalinos precambrianos sobre los que reposa el cretáceo, ya sobre unos, ya sobre los otros.

Debemos hacer notar aquí, que es un error grave el que cometen nuestros geógrafos al identificar a la Sierra del Espíritu Santo o de Omoa, con la Sierra del Merendón o de Grita que se origina en territorio salvadoreño (comprendiendo el célebre Cayaguanca, en la frontera hondureña-salvadoreña), sierra de la cual hablamos más adelante.

También debemos llamar la atención sobre el hecho de que los granitos de la Sierra del Omoa, del Espíritu Santo o de Zacapa están en línea recta con los granitos del N. de Guatemala y los del S. de Amatlán y de Zunil, de modo que parecen formar los restos de una antigua sierra, hoy dividida en dos partes por la Sierra Madre, ésta de formación evidentemente posterior.

Los granitos de Cerro Redondo (26 kilómetros al SE. de Guatemala) y los de Jutiapa, aunque aparecen bajo la forma de cantos rodados, nos llevan a la misma conclusión, pues deben haberse originado de un masivo granítico, el que debe ser uno de los que están al N. de la Sierra Madre, ya que más cerca del Cerro Redondo, al S. de esa sierra, no existe esa clase de masivos: los cantos graníticos de Cerro Redondo y Jutiapa deben haberse depositado antes de la formación de la Sierra Madre.

Y no sólo las rocas graníticas han sido separadas por el surgimiento de la Sierra Madre, sino también los calcáreos metapanenses, pues se encuentran a ambos lados de la Sierra

Madre, al N. de ella (por ej.: al NE. de la ciudad de Guatemala) y al S. de ella (cerca de Jutiapa), lo que prueba que el levantamiento de la Sierra Madre tuvo lugar en los tiempos posteriores al cretáceo.

Pasemos a tratar de la región situada al N. del Motagua.

Desde Jocopilas (Dep. de Quiché) hasta Santo Tomás (Dep. de Izabal), siguiendo más o menos la margen izquierda del Motagua, se extiende una serie de alturas, cuya porción principal recibe el nombre de Sierra del Mico o el de Sierra de las Minas, la que ha sido llamada así por los minerales de oro, plata y hierro que contiene. Esa sierra está formada de granito, gneis, micasquistos y talcosquistos, recubiertos en parte por una roca arcillo-terrosa, en cuya base pueden observarse feldespatos pumíticos en vía de descomposición, y de los que se pasa gradualmente a las arcillas, viéndose así claramente el origen de éstas. Continuación de esa sierra, es la del Monte de Chuacus, situado entre el Motagua y Salamá, punto inicial de las investigaciones geológicas de esa región. Sobre su flanco boreal, se apoyan calcáreos carboníferos, que parecen ser continuación de los que existen en el Dep. de Huehuetenango y que se ven además cerca de San Cristóbal.

Los granitos de la Sierra Chuacus, parecen ser una continuación de los granitos de Zacapulas; pero esta cuestión no está bien dilucidada.

Al N. de la Sierra de las Minas se encuentran el río Polochic, Cahabón y el Golfo Dulce, y separándola de la Sierra de los Cuchumatanes está el río Chixoy en su trayecto que va de W. a E.

Al N. del Polochic, Cahabón y del Golfo Dulce se eleva la Sierra de Cahabón o de Santa Cruz, de calcáreos cretácicos y terrenos terciarios fuertemente plegados. Estos terrenos cretácicos y terciarios se continúan hacia el Occidente por la Alta Vera-

paz hasta reunirse con los correspondientes de Huehuetenango, que forman allí a la Sierra de los Cuchumatanes, formando en la Alta Verapaz a la Sierra de Chamá, tenida por los geógrafos centroamericanos como distinta de la de Cahabón y Santa Cruz, mas debe considerarse como una sola.

Al N. de la Sierra de Chamá se extienden las llanuras de Petén y Yucatán, formadas de calcáreos y otras rocas terciarias, casi no plegadas, debiendo agregarse que entre esas formaciones afloran terrenos cretáceos formando una lengua entre el río de La Pasión y el Lago del Petén (en los alrededores de La Libertad) extendiéndose hacia el W. hasta reunirse con los calcáreos cretácicos de Chiapas.

Hacia el E., las formaciones cretáceas y terciarias se internan en territorio de Belice.

CAPITULO IV

Belice

En Belice se encuentran las mismas formaciones que en Guatemala, y el rasgo más saliente de su topografía son las alturas llamadas Montes Cockscombs, de 910 kms. de anchura media próximamente y orientadas al NE. y E.

Los Montes Cockscombs afectan en su conjunto más o menos la forma de un rombo orientado de NE. a SW.

Los granitos se ven aflorar en las partes elevadas del SE. (Pico Victoria, Pico Allán) y también hacia el NW. (el Pico Zittel y partes vecinas). Reposando sobre el granito se encuentran esquistos cristalinos, y más encima, reposando ya sobre unos, ya sobre los otros, están los asperones y conglomerados roseanos, y más encima aún, hacia las partes bajas, se encuentran los depósitos cre-

táceos y terciarios ya indicados, siendo de notarse que hasta ahora que sepamos no se ha señalado todavía la existencia de depósitos carboníferos y que las formaciones cretáceas y terciarias reposan sobre las rocas precarboníferas (precambrianas y roseanas).

Cerca de Yaxché, entre los ríos Mopán y Santa Isabel, se encuentran aun las formaciones roseanas (cuarcitas, asperones y conglomerados cuarzosos) que se extienden desde los Montes Cockscombs hacia el SW. hasta ese punto, constituyendo allí la Sierra de Pedernales, por la que pasó Cortés en su viaje de México a Honduras (año 1525), sierra de escasa elevación y a quien Bernal Díaz del Castillo llama "sierrezuela".

Hacia el S. de Belice se encuentran depósitos cretáceos y terciarios ligeramente plegados; hacia el N., se ve una serie de terrazas que recuerdan las de Florida, y frente a la costa continental se extiende un banco coraliano con arrecifes e islotes idem hasta una línea de islas, —orientadas paralelamente a la costa— formando como la avanzada de una nueva conquista de las tierras sobre el mar, aunque parece ser más probable lo contrario, que las islas estén separadas del continente por el hundimiento de la región intermediaria.

CAPITULO V

El Salvador Occidental

La geología de El Salvador es una continuación natural de la correspondiente de la región Sud-Oriental de Guatemala, razón por la cual debemos empezar por ella el presente estudio.

La Sierra Madre de Guatemala en su porción oriental llega a las alturas de Montecristo, entre dicha República y las de Honduras y El Salvador. A partir de allí se continúa hacia el

mismo rumbo que antes, esto es, al ESE., sirviendo en parte de límite entre El Salvador y Honduras penetrando luego en territorio salvadoreño hasta tocar, al S. de Citalá, con el río Lempa, al otro lado del cual se eleva de nuevo formando la Sierra de Chalatenango. La porción oriental de la Sierra Madre guatemalteca y su prolongación oriental hasta el Lempa recibe el nombre de Sierra de Alotepe-Metapán, y está constituida del mismo modo que el resto de aquella Sierra, lo que unido a su orientación idéntica, nos permite afirmar, contra el parecer de los geógrafos centro-americanos, la continuación de la Sierra Madre de Guatemala por la Sierra Alotepe-Metapán, y no por la Sierra del Merendón, la que contrariamente a la afirmación de ellos, no continúa a la Madre a partir de Ipala sino que nace en territorio salvadoreño, perpendicularmente a la Sierra de Chalatenango.

En la Sierra de Alotepe-Metapán se ven aflorar pórfidos negros y verdes, andesitas y fonolitas; en el flanco boreal de ella se encuentran asperones, calcáreos a veces marmóreos, caolín, feldespatos y algunos depósitos de grafito, cruzados por numerosas vetas minerales, entre las que abunda la galena argentífera y en algunos espolones se ven cuarcitas y conglomerados cuarzosos, que guardan semejanza con la formación de Santa Rosa.

Hacia el Sur de la Sierra de Alotepe-Metapán se encuentran los célebres depósitos calcáreos, probablemente cretáceos, llamados estratos de Metapán, y en donde existen grutas con hermosas estalactitas y estalagmitas, encontrándose en esa región en algunos puntos el carbonato de cal en estado cristalino.

Toda la región metapaneca desde el territorio guatemalteco hasta el Lempa, está atravesada por innumerables filones metalíferos en los que

se encuentran oro, plata, óxido magnético, galena, blenda, malaquita, azurita y otros minerales.

La Sierra Madre de Guatemala cerca de Mataquescuintla emite un espolón, la Sierra de Sunicayo, que se dirige al SW. hasta la ciudad de Santa Ana y pasando luego hacia el E. hasta la confluencia del Suquiapa y el Lempa.

En el espacio comprendido entre la Sierra Alotepe-Metapán y la de Mataquescuintla-Sunicayo se encuentran los lagos de Ayarza y Güija, numerosas lagunas y no pocos volcanes.

El lago de Ayarza se encuentra todo en territorio guatemalteco encajado en los altos de Mataquescuintla; tiene la forma de un 8 y parece no ser otra cosa que un doble maare rodeado de rocas balsáticas y productos volcánicos que parecen haberse originado en dicho lago.

El lago de Güija está situado entre Guatemala y El Salvador, en un extenso valle en que corren los ríos Ostúa, Angue y Cuzmapa, que en él vierten sus aguas.

Su origen no está bien dilucidado, aunque corrientemente se enseña como verdad indudable que se formó por las erupciones de los volcanes de Mazatepeque, San Diego y el Desagüe, las que con sus productos cerraron el desagüe, de dicho valle, acumulándose en consecuencia las aguas detrás de esa valla de productos eruptivos, y anegando a las poblaciones de Azacualpa y Güijar cuyos restos están, dicen, bajo las aguas.

En esa tradición debemos distinguir los hechos de las suposiciones.

En primer lugar, observamos que esa tradición no figura en ningún documento histórico sino es a partir de 1858 en que aparece en un informe municipal de Metapán; en cambio consta de modo indudable que el lago de Güija ya existía en el siglo XI, cuando vino Topilcin-Acxitl, y no es creíble que tal tradición se hubiera

conservado tanto tiempo, ¡ocho siglos!, sin ser consignada en ningún escrito, a pesar de referirse a un hecho tan importante como es el de la destrucción de dos poblaciones por la formación de un extenso lago a consecuencia de grandes, enormes, erupciones volcánicas. Por lo tanto, es de sospecharse que la tal tradición sea de formación reciente.

En segundo lugar tenemos que un informe parroquial de Metapán fechado pocos años después (1869), desmiente la existencia de tal tradición, y por lo tanto, debemos creer que en aquel informe se ha dado por tal, algunas conjeturas de los informantes.

Y en tercer lugar, que todos los autores que dan dicha tradición reproducen casi textualmente las palabras de dicho informe municipal, lo que indica que éste es la única fuente de tal especie.

Prosiguiendo la crítica en otro orden, tenemos que las ruinas de Güija son indudablemente las que están cerca del desagüe del lago, cerca de Belén-Güijat, y que corresponden al pueblo indiano de Mazahua-Uixaca extinguido durante el período colonial, de modo que el fenómeno geológico que dió origen al lago habría tenido lugar durante la dominación española si esa tradición fuera verdadera, pero es el caso que consta que ya en el siglo XI existía el lago, y por lo tanto la tradición, como tal, es falsa: el lago de Güija existe desde mucho antes de los tiempos históricos.

Establecido eso, para resolver el problema del origen de dicho lago no queda más camino que el método geológico.

En este camino, empezaremos por observar que la corriente del desagüe pasa por sobre grandes masas de rocas eruptivas que se supone provenir de dichos volcanes, hipótesis que necesita un detenido examen y que en

caso de confirmarse probaría que dichas rupecciones han contribuido a aumentar el nivel del lago, en los referidos tiempos pre-históricos, pero no a formarlo, pues en este caso la profundidad del lago no sería mayor que el espesor de esa barrera de rocas eruptivas. Por otra parte, el origen volcánico de esas rocas eruptivas no está bien claro.

Observando los contornos del lago, examinando el extenso valle en que se encuentra, se ve que está rodeado de montañas, y que hacia el lado oriental, por donde tiene el desagüe, se encuentra un sistema de alturas del mismo nivel que evidentemente son restos de una antigua meseta, recortada por las aguas, entre ellas, las del valle güijense, el que se nos presenta así como un extenso y antiguo lago reducido considerablemente hasta dejar al Güija actual como último vestigio.

Dos causas han operado la desecación del antiguo lago: la continua erosión del desagüe verificado por las grandes masas de agua que por allí han salido haciendo continuamente descender su nivel (el del desagüe, y por lo tanto, el del lago), y el relleno del lago por tierras, arenas y cantos traídos a él por las aguas descendientes de las alturas vecinas, y por los innumerables productos salidos de los numerosos volcanes que hay en ese valle, y sus contornos, tales como los citados y los volcanes de Mazahua, Istepeque, Suchitán, Ipala, Monterrico, Cuma y otros. Como veremos, ese antiguo lago, parece no ser más que una continuación de la gran depresión de los lagos de Nicaragua y del golfo de Fonseca.

Los volcanes de Cuma y Amayo, que se encuentran en la Sierra Mataquesuintla-Sunicayo, son una continuación de una serie de volcanes que se origina en el volcán de Pacaya, al S. de Guatemala, y se continúa por los volcanes llamados Cerro Redondo

y Jumay, después del cual viene el Amayo.

Del mismo volcán de Pacaya se desprende más al S. otra serie volcánica, la de los volcanes de Tecuamburro y Moyuta, que son los que realmente continúan la serie volcánica actualmente activa en Guatemala con la correspondiente de El Salvador.

Perpendicularmente a esa serie reciente, pueden considerarse series transversales de volcanes: 1ª, la de los volcanes del grupo del Tecuamburro, de Jumay de Cuilapa y de Jumay de Jalapa; 2ª, la del grupo de Moyuta, el Cuma, el Suchitán, el Monte Rico y el Ipala. Esta segunda serie está bien marcada; a ella se ha agregado el cerro de Ticanlú, al N. de Esquipulas, pero que no debe comprenderse en ella porque en realidad no se trata de un volcán.

Del volcán de Cuma nace un alineamiento que pasando por el volcán Chingo, penetra a El Salvador, y del Suchitán nace la línea de Mazatepeque, San Diego, Mazahua, etc.

Esas indicaciones bastan para comprender la gran complicación que hay en los alineamientos volcánicos de la región sud-oriental de Guatemala, y el peligro que hay en tomar por alineamientos reales, lo que sólo son coincidencias fortuitas.

En el propio territorio salvadoreño y entre el Chingo y la región güijense se encuentran algunos conos volcánicos. Al N. de El Porvenir está uno de ellos, en medio de una llanura pantanosa; se le llama El Singüil, tiene 510 m. sobre su base, 975 sobre el mar; el perímetro de su base es de cerca de 4 kms. y arriba tiene una pequeña depresión cratérica; al S. de ella está otra, el Cerro Chato, el cual presenta grandes masas de lavas; en jurisdicción de Candelaria, en el cantón de San Vicente, en el lugar llamado Calderas se encuentra otra eminencia volcánica, de cráter roto hacia el NE., y así otras más.

El Chingo es un volcán perfectamente cónico, casi sin vegetación, que se encuentra en la propia frontera salvadoreña y tiene su cima a 1780 m. sobre el mar; los materiales permeables de su cono parece ser la causa de su aridez, y no la actividad que algunos le atribuyen y que ningún hecho ha comprobado aun.

Cerca de él se encuentran unas pequeñas alturas que por su forma cónica y su cima depresa parecen ser volcánicas, y hacia el S. a orillas de Chalchuapa se encuentra un maare rodeado de lavas y que constituye la laguneta de Cuzcachapa.

Al S. de esa región se eleva la porción occidental de la Cadena Costera de El Salvador, comprendida entre el río Paz (frontera guatemalteco-salvadoreña) y la laguna de Zapotitán.

Esa porción se llama Sierra Aponeco-Ilamatepeque por ser éstos los nombres de dos de sus eminencias principales.

Está constituida de dos sistemas geológicos diferentes, pero íntimamente relacionados: es un anticlinal con una serie de volcanes. El anticlinal forma en su cima una meseta, y esta serie, los picos que sobre ella se levantan.

La cima de la meseta tiene un ancho alrededor de 4 kms. por término medio, y en la parte occidental, lleva sobre el borde boreal a los referidos picos, tales como los de Tambor, Caballo. Ashuquema. Santa Rita y Ataco, de origen volcánico probable, y los de Ahuachapán, el de San Juan y el de las Aguilas, de naturaleza volcánica indudable.

El volcán de Ahuachapán tiene en su cima un amplio cráter que contiene a una pequeña laguna denominada La Lagunita o laguna de Aponeca, y en su falda oriental un importante cráter conocido con el nombre de cueva de Cuajusto; el volcán de la Laguna Verde tiene en su cima un cráter en cuyo fondo está la lagune-

ta del mismo nombre; y el de las Aguilas o Cueytepec tiene un cráter terminal escotado en su borde austral y en cuyo fondo está la llamada Laguna de las Ranas. Entre los volcanes de Ahuachapán y de la Laguna Verde, pero al S. de la meseta de la referida sierra, se eleva el llamado volcán de Apaneca o Chichicastepeque, cuya naturaleza volcánica, según creo, no está fuera de discusión.

La referida sierra Apaneco-Illamatepec, en la porción considerada, está constituida de conglomerados arcillosos de andesitas y en algunos puntos atravesados por basaltos, y recubiertos en gran parte por productos volcánicos, probablemente de los conos vecinos, en cuyas faldas boreales existen grandes cantidades de lavas, que no se ven en el flanco S. de la porción considerada de la Sierra.

Esta desciende hacia el Sur formando estrechas mesetas, tales como los Altos de Jujutla, separadas por profundas barrancas labradas por la erosión fluvial y en los cuales pueden verse masas de andesitas recubiertas por el referido conglomerado. La capa de este conglomerado se ha plegado para dar origen a la Sierra, la que adquirió después su aspecto actual por la formación de los volcanes y una fuerte denudación de ese conglomerado y de los referidos productos volcánicos. La capa de conglomerados andesíticos se extiende lejos hacia el N. de la Sierra recubierta por diversos productos volcánicos y formaciones lacustres o pantanosas, pareciéndonos que a consecuencia del levantamiento de la Sierra quedó allí, al N. de ella, una región lacustre que se desecó por el avance hacia abajo del lecho de los desagües y especialmente a la erosión del fondo del río de Paz al cortar la sierra para afluir al mar como puede verse en varios puntos, tales como al S. del paso de Toles, en la Angostura, canal

estrecho que se ha cavado en roca viva, a veces netamente porfídica feldespática, de pasta gris casi siempre oscura.

Así como los conglomerados andesíticos pertenecen ciertamente al terciario superior, las formaciones superficiales pueden atribuirse al cuaternario, dado el hecho de encontrarse en ellos restos de proboscidos. En un punto situado cerca de San Lorenzo, y en la propia frontera, existe un yacimiento fosilífero notable que merece un estudio cuidadoso, pues puede arrojar mucha luz sobre la geología centro-americana. Gran parte de los sedimentos ahuachapanecos están formados de materias terrosas blanco-amarillentas o amarillas con granos de pómez y algunos bloques de escorias.

La laguna del Llano o del Espino, cercana a la ciudad de Ahuachapán, parece no ser más que un resto del régimen lacunario de que venimos hablando, y no es aventurado pronosticar la extinción en el futuro de esa laguna por los productos vegetales que se depositan en su fondo y los sedimentos arrancados por las lluvias de las tierras vecinas, y tal vez la formación de un desagüe cada vez más profundo.

Lo que más llama la atención de todo el que visita esos lugares, son las fuentes de agua caliente, tales como Los Hervideros, cerca de Ahuachapán, y especialmente los ausoles.

Los ausoles son de tres clases: simples infiernillos (fumarolas), volcanes de lodo y lagos de lodo.

En los primeros se nota un desprendimiento de vapores y gases (vapor de agua, gas carbónico, hidrógeno sulfurado y otros) verificado por fisuras abiertas en rocas andesíticas, y a través de cantos de la misma roca, y de aguas frías superficiales de infiltración, calentadas más o menos por dichos gases; el agua presenta una temperatura menor que la

de ebullición, y sin embargo parece estar hirviendo por la salida de gases a través de ella. La intermitencia de las emanaciones se explica por la marcha hacia el interior de una parte de las aguas superficiales después de cada emisión de productos gaseosos.

Cuando el suelo que cubre a las andesitas es arcilloso, las emanaciones gaseosas, según la consistencia de las arcillas acuosas, determina en ésta la formación de pequeños volcanes de lodo cuyo alto no pasa de unos dos metros o de pequeñas lagunas lodosas cuyo diámetro máximo no llega a 15 m. y que son los propiamente llamados ausoles. Entre los productos que se encuentran allí están el azufre cristalizado, generalmente impuro y materias aluminosas blancas; las aguas, de composición y temperatura variable con las estaciones lluviosa o seca, contienen diversos sulfatos (de aluminio, hierro y calcio, y un poco de sulfato de magnesio).

La naturaleza volcánica de esos fenómenos, no sólo es evidente por encontrarse en las faldas de volcanes bien caracterizados, y ser fenómenos francamente fumarolianos, sino también porque algunos se encuentran en verdaderos cráteres, tales como el de La Labor situado en uno de 200 m. de diámetro, de paredes abruptas de arcillas en parte esquistosas.

La Sierra Apaneco-Ilamatepeque se continúa hacia el Oriente de los volcanes de Las Aguilas y Chichicastepeque, por los límites de los departamentos de Sonsonate y Santa Ana. En la línea boreal se elevan después del de las Aguilas, el volcán llamado Tamaca o Tamagastepeque, el volcán de Santa Ana y el lago volcánico (doble maare) de Coatepeque, y en el alineamiento austral, después del Chichicastepeque (volcán de Apaneca), el volcán de los Naranjos o Shucutepec,

de forma perfectamente cónica, el volcán de Izalco, el Cuntepec o Cerro Verde y el San Marcelino.

La meseta de la sierra Apaneco-Ilamatepeque se presenta en esta segunda porción menos notable que en la anterior: se extiende, a partir de Apaneca, hacia el S. del volcán de las Aguilas, formando tres estancias sucesivas, debidas a la acción erosiva de las aguas pluviales y fluviales, encontrándose en una de ellas la ciudad de Juayúa, y quedando limitadas hacia el Oriente por el valle del río Sunsunapán (Río Grande de Sonsonate), valle de hundimiento y de erosión. Al otro lado de ese valle, en vano puede buscarse la terminación de la meseta, pues en el lugar que debía estar se eleva el volcán de los Naranjos, ocultando los pliegues montañosos; más al S. del volcán de Santa Ana, y entre este volcán y el Izalco, se encuentra la meseta llamada antiguamente de Los Calderones y hoy denominada Las Brumas; esta meseta, aunque considerada generalmente como parte del volcán de Santa Ana, puede ser una continuación de aquélla, pues en sus rocas existen cantos rodados; termina hacia el Oriente por el volcán de Cuntepeque o Cerro Verde y debajo de ella se han abierto paso las materias ígneas que dieron origen al Izalco. En la parte correspondiente a Juayúa, como en gran número de puntos de la región, puede verse a la sierra constituida de masivos de andesitas, recubiertos por conglomerados de diversas clases de origen marino y sobre los cuales se encuentran deyecciones volcánicas, tales como lapidío y cenizas más o menos feldespáticas, algunas en vía de descomposición.

El Ilamatepec o volcán de Santa Ana es el volcán más voluminoso de la sierra, y con razón, los indios le dieron aquel nombre que significa cerro abuela (ilama, abuela; tepec, cerro); su altura es de 2,385 m.; su

cráter es ligeramente elíptico de E. a W., presenta en su interior una meseta en creciente al NW., y al SE. el cráter desciende y forma una pequeña laguna de agua azul-verdoso, presentando entre ella y la meseta, casi en el propio centro del cráter, un agujero, que parece por esa circunstancia ser la terminación de la chimenea principal.

Al S. de ese volcán se encuentra la mencionada meseta de Las Brumas, inmensa pared que lo separa del volcán de Izalco, considerado como cono adventicio del Santa Ana.

El Santa Ana y el Izalco son los únicos volcanes de dicha sierra que han hecho erupción en los tiempos históricos. Desde antes de 1524 hasta poco después de 1576 el Ilamatepeque estuvo en un intenso período de actividad arrojando grandes cantidades de cenizas que arruinaron las huertas de cacao de los indios. Entonces no existía el volcán de Izalco; pero en 1524 existía en donde hoy se encuentra ese volcán unos infiernillos que daban origen a un río de aguas hirvientes y de hermoso caudal, el que ya no existía en 1576; años después, hacia el año de 1606 se había formado en el mismo lugar, un hoyo de cuyo centro salían materias incandescentes: era ya, pues, un volcán sin cono, y el Santa Ana estaba inactivo, como si el nuevo volcán (el Izalco) hubiera venido a sustituirlo; la actividad por el nuevo cráter continuó y en 1722 arrojó alrededor grandes cantidades de lava constituyendo con ellas una especie de meseta, encima de la cual, con las erupciones iniciadas en 1770, y especialmente con las de 1798, se formó un cono completo, perfectamente visible desde lejos; luego siguieron grandes erupciones de 1805 a 1807, y luego las de lava y cenizas de 1825, 1840, 1856, 1859, 1869, 1885, 1890, 1899, 1902, 1912, 1915 y 1920, y otras muchísimas de menor impor-

tancia, mientras que el de Santa Ana casi ha permanecido inactivo, teniendo las erupciones de cenizas de 1874, 79 y 80 y la de 1904, que debe haberse verificado por el agujero central a que hemos hecho referencia, ya que el lago no se ha secado completamente en los últimos tiempos. Las relaciones del volcán de Santa Ana y del Izalco por debajo de la meseta de Las Brumas nos parece indudable, y la actividad iniciada simultáneamente en ellos en 1920 parece ser una comprobación de dicho acerto.

El origen del Izalco, a partir de un infiernillo situado en una barranca, como los de Ahuachapán, nos lleva a considerar que los infiernillos son en parte originados por la acción erosiva de las aguas y vestigios de una pasada actividad volcánica; pero que a su vez puede la erosión continuar, dejando de correr el agua caliente, quedan sólo las emisiones de vapores ardientes y por fin salir, si el desgaste continúa, productos volcánicos y constituir un nuevo cono, como sucedió con el Izalco.

Debemos hacer notar aquí que el volcán de San Marcelino, a pesar de que se le ha atribuido erróneamente la erupción de 1722, no ha hecho ninguna erupción en los tiempos históricos.

Hacia el Oriente del volcán de Santa Ana y al Norte del San Marcelino, se encuentra la laguna de Coatepeque. Sus paredes de fuerte pendiente, parecen indicar que se trata de un cráter volcánico; pero su gran extensión permite poner en duda esa conclusión. Observando con cuidado la cuenca, puede verse que se trata de dos maares, esto es, de dos regiones hundidas al pie del volcán de Santa Ana: una, la que ocupa el lago, más baja, y la otra, la más elevada (seca) comprendida entre el volcán y el lago; la más baja, penetrando su fondo más al interior de la tierra, se ha ablandado por el calor y permiti-

do la salida de productos eruptivos que se han acumulado alrededor del lago a manera de anillo, completando esos productos la obra del hundimiento, y luego las lluvias, hasta dar lugar al relieve actual.

Paralelamente a la sierra en referencia, a unos 10 kms. al S. se eleva la Cadena Costera del Sur de Sonsonate, quedando entre ambas, un extenso valle de hundimiento al S. del cual, en esta Sierra, pueden verse fallas escalonadas.

En ese valle se encuentran grandes cantidades de lavas, lapidio y cenizas provenientes de los volcanes vecinos, más abajo de esos productos aparecen dos series de conglomerados, de los cuales el superior, arcilloso andesítico poco consolidado constituye todas las montañas hasta la costa, cerca de la que se encuentra en parte recubiertos por depósitos más recientes.

CAPITULO VI

El Salvador Central

Vimos que la Sierra Alotepe-Metapán llega hasta el Lempa al S. de Citalá, para elevarse en seguida al otro lado con la misma orientación general ESE. y los mismos caracteres, formando la Sierra de Chalatenango o Talchaluya.

Esta Sierra, a poca distancia del Lempa, emite hacia el N. una serie de alturas que en la propia frontera salvadoreño-hondureña forma el Cayaguanca, punto de partida hacia el territorio hondureño de la Sierra del Merendón. En esas alturas que reúnen el Cayaguanca a la Sierra de Chalatenango se encuentra la divisoria entre las cuencas del Lempa (al W.) y el Sumpul (al E.) El terreno comprendido al W. (Llano Redondo) está constituido en gran parte de depósitos de calcáreo dolomítico, y en el que está al E. se encuentran gran-

des fajas de calizos cristalinos, como puede verse al N. de San Fernando.

La Sierra de Chalatenango está formada de andesitas, fonolitas, conglomerados, asperones y sedimentos con diátomeas y otras rocas en una de las cuales se ha indicado la presencia de numulitos, y a través de ellas se ve aflorar, en algunos puntos, masivos preexistentes de granito, parcialmente caolinizados, como puede verse fácilmente en Dulce Nombre de María y San Francisco de Morazán. El granito de esta región es blanco o ligeramente amarillento y se encuentra atravesado por vetas de cuarzo y fisuras rellenas de calizos cristalinos, encontrándose también filones metalíferos de plomo, plata y cobre. Es de notarse en varios puntos del flanco austral de la Sierra de Chalatenango la existencia de productos eruptivos volcánicos, aun de lavas, que indican que, como la Sierra Madre de Guatemala, ha habido en esa sierra, —continuación de la guatemalteca—, manifestaciones volcánicas, y por lo tanto, merece dicha sierra chalateca un estudio especial para investigar la situación en ella de los antiguos volcanes, uno de los cuales tal vez sea el cono llamado El Volcancillo, en el cual existe una laguneta, quizás cratérica, de forma elíptica de 80 m. de largo y 50 de ancho, situada cerca del pueblo de La Laguna; debemos agregar que cerca de allí, en jurisdicción de Quezaltepeque, está el ausol de El Infiernillo (entre las alturas de Cotei y El Cielo); y más al E., en jurisdicción de Las Flores, están los Hoyos Calientes, que son tres hoyos naturales muy profundos.

Como se vé, la Sierra de Chalatenango representa un conjunto de elementos geológicos que exigen un estudio de detalle para fijar sus posiciones relativas.

Hacia el S. de la Sierra de Chalatenango se extiende una extensa llanu-

ra cuya parte sud-occidental constituye el llamado valle del Lempa, y cuyo límite oriental puede fijarse en el río Tamulasco, inmediato a la ciudad de Chalatenango. En toda esa llanura se encuentran sedimentos, de origen diverso, marino el de los inferiores (idénticos a los plegados al formarse la sierra y anteriores a ésta), y lacustre el de los superiores (no plegados y posteriores a la Sierra de Chalatenango), recortados todos por los ríos que corren hacia el Lempa, que pasa al Sur de esa llanura corriendo hacia el E., y recubiertos en los márgenes de los ríos y en la propia vega del Lempa por aluviones fluviales, en los que se encuentran cantos rodados de mármol, de granito, de diorita, de basaltos, de andesitas y de otras rocas arrancadas por el río al cortar las montañas que atraviesa, y que dan indicaciones preciosas sobre los terrenos atravesados por él. En esa región, en el caserío de Agua Zarca, del pueblo de Agua Caliente, se encuentran yacimientos de huesos de mastodontes.

Cerca de Agua Caliente (parte occidental de esa región) se encuentra un cono, llamado El Chachaco, de apariencia volcánica, y situado en la línea de los volcanes de Suchitán, Güija (San Diego, Mazatepeque, El Desagüe) y Mazahua (Capullo); además existen el infiernillo de El Obrajuelo y numerosas fuentes termales, y no muy lejos de allí, entre las jurisdicciones de Tejutla y Nueva Concepción, se encuentran los cuatro ausoles llamados de El Salitre. En esa región de Agua Caliente se encuentran depósitos de calcáreo-dolomítico, semejante al que está al N., del otro lado de la sierra, en Llano Redondo, depósitos que parecen ser anteriores a dicha sierra chalateca, ya que se encuentran tanto al N. de ella como al S. y en algunos trechos aun en su propia cima.

Hacia el E., esa zona de infierni-

llos se prolonga por las fuentes de agua muy caliente que se encuentran cerca de El Paraíso, en el propio cauce del río Tilapa, y que se continúa más hacia el Oriente, por las fuentes termales de San Francisco Lempa y los ausoles de Nombre de Jesús, mas éstos, aunque a orillas del Lempa, fuera ya del llano de que venimos hablando.

Hacia el término NE. de ese llano, se encuentran los asperones compactos de Quezaltepeque, y en la ciudad de Chalatenango y sus inmediaciones mantos de rocas eruptivas, carbón fósil, arcillas negras y otras rocas.

Hacia el Oriente de ese llano y al S. de la Sierra de Chalatenango, — que aquí concluye en el Sumpul—, se extiende un terreno quebrado recorrido en su parte austral por la Sierra de Tamulasco-Sumpul que se eleva paralelamente y a orillas del Lempa, que más que un pliegue montañoso puede considerarse como una antigua meseta recortada fuertemente por las aguas, constituida de andesitas, basaltos y arcillas, con calcáreo cristalino, otras calizas, yeso, pirritas, minerales de cobre, plata y oro.

La región que se extiende hacia el N. de ella es un terreno quebrado, debido especialmente a la erosión de las aguas, y en ellas se encuentran los extensos depósitos de carbón fósil de Guargila, sedimentos con diatomeas, arcillas y otros depósitos, entre los que afloran fonolitas y andesitas, y atravesado por diaclasas rellenas de sulfato de calcio cristalizado y cerca de las cuales se ven eflorescencias de tierra agria (caparrosa), como puede verse en Las Flores y en La Laguna.

En la propia sierra Tamulasco-Sumpul se ven también estos minerales de yeso, los que no están en masas lenticulares y que ciertamente son de origen metasomático, como se puede ver entre el Azacualpa y San Miguel de Mercedes. Cerca de este

lugar hay minas de oro, plata y cal, lo mismo que por Cancasque y Potonico.

Al pie sud-occidental de dicha sierra, están las fuentes termales de San Francisco, a que ya se hizo referencia, hacia el extremo sud-oriental se encuentran los infiernillos de la Aldea, el Agua Caliente y el Bufadero, éste a orillas del Lempa, todos cerca de Nombre de Jesús, que son la continuación de los similares de Nueva Concepción, Agua Caliente, Tejutla y El Paraíso, los cuales forman una faja rectilínea que, como se verá, se continúa aún más hacia el Oriente (ESE.)

Hacia el S. de dicha sierra o meseta corre el río Lempa encajonado en esas alturas y las del departamento de Cabañas, las que parecen ser parte de la misma meseta corroída por las aguas. El río Lempa sale de las referidas vegas, al E. de Suchitoto, a una legua aguas abajo de la confluencia del Quezalapa, y se lanza en el estrecho espacio comprendido entre ambas series de alturas, habiéndose abierto allí en un corto espacio, en roca viva, un angosto canal por el que pasa. Este punto es interesante, pues antes de la apertura de este canal, el valle del Lempa debe haber estado lleno de agua, formando un extenso lago, lo que explica la existencia en él de sedimentos posteriores a la formación de la sierra chalateca. Ese lago, pliocénico o cuaternario, tuvo su desagüe probablemente, o por el mismo punto en que hoy sale el Lempa del referido valle, evidentemente a una altura mayor, antes de profundizar su cauce, o bien, por la región de Guargila, sin que tengamos datos suficientes para decidirnos por uno u otro o por ambos en épocas diversas.

El lago de Güija, el extinto lago del Lempa y uno que existió al S. de Gotera, parecen formar parte de una sola serie que se prolonga por el Gol-

fo de Fonseca y los lagos de Nicaragua.

Con lo dicho hemos indicado lo referente a la geología de la región boreal de la parte Central de El Salvador, y ahora, volviendo hacia el Oeste, hasta donde dejamos en esa parte la descripción de la región occidental, trataremos de la porción central que se extiende al S. de la que acabamos de indicar.

En el límite oriental de El Salvador Occidental, dejamos anotados el doble maare de Coatepeque, el inferior ocupado por las aguas del lago de este nombre. Al Noreste de él se encuentran las montañas del Huitziltepec, que pueden considerarse hasta cierto punto, como una continuación de la Sierra de Mataquescuintla—Sunicayo, y que están constituidas de andesitas, basaltos y conglomerados arcillosos de cantos rodados andesíticos.

Al Sur del Huitziltepec y Oriente de los maares de Coatepeque y de la sierra del Ilamatepec, se encuentra el valle circular de Zapotitán, limitado hacia el S. por la prolongación de la Cadena Costera del Sur del departamento de Sonsonate y al E. por el volcán de San Salvador y sus anexos.

La región comprendida entre las partes más bajas de esa vacía, el Huitziltepec y las alturas del grupo volcánico del Ilamatepec, es una encantadora meseta, la de La Joya, recortada por numerosos profundos valles de erosión, en los que la acción de las aguas se manifiesta en dos fases: una, de gran anchura y poca profundidad; y otra posterior, dentro de ella, de poco ancho pero profunda. En la región NW., en el punto llamado La Huesera, del cantón de Guineo (Coatepeque) se han encontrado abundantes restos de mastodontes.

La propia vacía de Zapotitán está formada de diversos sedimentos, entre los que se encuentra la capa ar-

cillosa de cantos rodados andesíticos, que constituye los pliegues montañosos, sobre la que reposan formaciones más recientes, horizontales, como puede verse fácilmente por Jayaque, Tepecoyo y Sitio del Niño, y que pueden considerarse unos como resultado de sedimentación lacustre y otras de sedimentación subaérea de productos piroclásticos.

En esa vacía se encuentra el depósito llamado laguna de Zapotitán, formada según los antiguos cronistas en 1658, a consecuencia de la erupción del volcancito de El Playón (al E. de Sitio del Niño). Refieren ellos que el río Sucio (antiguamente río de Nixapa) corría por dicho volcancito, y que la lava de éste corrió por su cauce, de modo que no teniendo ya salida el río, sus aguas inundaron toda la vacía de Zapotitán, anegando el pueblo de Tecpa (situado al W. de Sitio del Niño, a unos 5 kms.), y que después las aguas se abrieron paso por donde hoy corre, descendiendo las aguas de la referida vacía, la que quedó nuevamente en seco, salvo un pequeño resto que constituye la laguna de Zapotitán (antes llamada de Guaymoco). Este relato es completamente aceptable en su casi totalidad, y puede decirse que expresa un hecho incuestionable, salvo en lo referente a que la existencia de la laguna de Zapotitán se originó desde aquella fecha, pues ya existía desde antes, y con la erupción sólo acrecentó su caudal y después volvió a sus anteriores dimensiones.

El fundamento de esta conclusión no está en relatos de los antiguos cronistas, pero sí en la situación de la laguna en la vacía. En efecto: si antes de tal fecha no hubiera existido el lago, la parte más baja de la vacía habría sido la de Sitio del Niño (por el lado en que antes y hoy ha tenido y tiene el desagüe dicha vacía), y al cerrarse el desagüe, el residuo lacustre habría quedado en Sitio

del Niño, y no en el lado opuesto, como casi está el lago de Zapotitán. Párecenos por lo tanto, como más aceptable, la conclusión de que en épocas remotísimas, existió un lago en toda esa vacía, el que disminuyó después, quedando la laguna de Zapotitán, la que en 1658 aumentó de extensión por poco tiempo. Si tenemos en cuenta la existencia de las dos fases de erosión de la Joya podemos completar nuestra tesis, explicando así la existencia, de esas dos fases, pues la primera (fase amplia y poco profunda) correspondería al período primitivo, de mayor nivel del lago, y la erosión se operó hasta este nivel; y la segunda fase, rápida, profunda y poco ancha, a la vaciada rápida del lago por el descenso del nivel del desagüe (río Sucio). El problema que se nos presenta y que no podemos resolver por ahora, es el de si esa vacía fue un golfo del extinguido lago del Lempa, y la diferencia de fases anotadas corresponde a la vaciada de este lago.

En la región que se extiende hacia el N. y NE. de dicha vacía se ve aparecer, bajo los sedimentos lacustres y volcánicos, la capa arcillosa con cantos rodados andesíticos, hasta el valle del Lempa, en donde están recubiertos nuevamente por sedimentos más recientes, como dejamos ya apuntado, debiendo agregar aquí que en esa región se encuentran vetas metalíferas (de galena), arcillas esquistosas y micáceas, cuyo origen es interesante averiguar, pues se ha señalado granito en el cantón de Tutultepeque, en el ángulo E. formado por el Río Sucio y el Lempa.

El grupo volcánico de San Salvador, situado al E. de la vacía de Zapotitán, es altamente interesante. Visto desde la capital, el volcán vecino se presenta como constituido de dos masas: una, la más elevada, llamada El Picacho, y la otra, al WSW. de ella, más baja pero más volumi-

nosa, llamada El Boquerón, por encontrarse en ella el cráter mayor de esa montaña. El aspecto es semejante a Puy-de-Dome, mas su constitución es diferente, pues El Picacho no es una doma, sino el borde de un antiguo cráter cuyo resto puede verse desde el camino de San Salvador a Santa Tecla, y aun de aquella ciudad; o más bien, puede considerarse como dos o tres cráteres desplazados hacia el S., cada uno relativamente al anterior, y cuyas paredes han sufrido fuertemente los efectos de la erosión de las aguas fluviales. En mi monografía, acerca del volcán de San Salvador, consigno las pruebas de tal conclusión.

Quando se ve el volcán de San Salvador del lado opuesto (Sitio del Niño, Quezaltepeque, etc.) se ven tres cuerpos principales que del E. al W. son El Picacho, El Boquerón y El Jabalí. Este último (como El Picacho) es también el resto de la pared de un antiguo cráter, perfectamente perceptible desde el camino de Ateos a Sitio del Niño.

Al N. de El Boquerón se encuentran los pequeños cráteres viejos y nuevos (1917) de El Pinar, y en la base, al N., está el conito de Macance; más adelante un poco al E., el cono volcánico llamado Cerrito de Quezaltepeque; hacia el NW., al pie, están los cerritos denominados Los Chintos, y siguiendo el mismo rumbo, el volcancito de El Playón, después las Bocas Tronadoras y más allá, en el mismo rumbo, el cono volcánico y cráter lleno de agua denominado La Caldera. Al pie de El Jabalí, al E., está el pequeño **maare** de Chanmico. Al S. de El Boquerón está el cráter de El Espino o de Santa Tecla, y un poco más lejos, cerca del pie del volcán, está el **maare** de Cuzcatlán (La Puerta de la Laguna), antigua laguna desecada a partir del terremoto de 1873.

El volcán está formado de toda

clase de rocas correspondientes, predominando las erupciones ácidas en los tiempos remotos y las básicas en los recientes, y en sus productos piroclásticos se encuentran abundantes fósiles vegetales que corresponden a plantas aún existentes, y algunos restos de grandes mamíferos extinguidos (proboscidos) que indican que aun en los tiempos cuaternarios el volcán de San Salvador hizo numerosas y formidables erupciones.

En los tiempos históricos, ese grupo volcánico ha hecho importantes erupciones tales como las de 1575, 1594, 1658, 1662, 1671, 1806 y 1917.

Al S. del grupo volcánico de San Salvador pasa la Cadena Costera, que es la misma del S. del departamento de Sonsonate, quedando entre el volcán y la sierra una meseta, fuertemente accidentada, entre otras causas por la erosión de las aguas y cuyo valle más bajo constituye el célebre Callejón del Guarumal (hoy Colón), valle que parece debido no solamente a la erosión, sino anteriormente a élla, a un hundimiento entre dos fallas, pareciéndonos esta región, la continuación de las fallas de Caluco y Armenia (departamento de Sonsonate).

La Cadena Costera está constituida de andesitas y conglomerados andesíticos supraterciarios que llegan hasta el mar, perdiéndose bajo sus flotas, y que se encuentran en algunos puntos atravesados por basaltos, viéndose con frecuencia en ellas arcillas esquistosas y conglomerados más antiguos y más consolidados que los anteriormente referidos. Los conglomerados andesíticos que se han plegado al formarse la Cadena Costera, evidentemente son anteriores a ella, anteriores a la emersión sobre el mar (operada hacia el plioceno); mas el hecho de que se internan nuevamente bajo las flotas marinas parcial, el cual ha sido seguido de un

nuevo levantamiento, pues constituye terrazas marinas seguidas de cuevas marítimas actualmente situadas, es verdad, en la región costera, pero sobre el nivel del mar. En la parte costera correspondiente a la porción de la cadena situada al S. de la vacía de Zapotitán y el volcán de San Salvador, casi no existen depósitos recientes, salvo pocas excepciones.

En el pie boreal de esa Cadena Costera y por el lado de Jayaque se ha encontrado molares y huesos de mastodonte, en la región en que pueden existir depósitos del antiguo lago de Zapotitán o El Playón, Sitio del Niño, hecho que permitirá fijar la época limítrofe entre el 1º y 2º período de la historia geológica de la vacía de Zapotitán y sus contornos (la época de los mastodontes). También se han encontrado fósiles de mastodontes entre Santa Tecla y Colón.

Al N. de la Cadena Costera y al Oriente del volcán de San Salvador se encuentra el valle de Zalcoatitán, en donde está la ciudad que da su nombre a dicho volcán, volcán antiguamente llamado Quetzaltepec.

El valle de Zalcoatitán o de San Salvador Cuzcatlán (a veces llamado Valle de las Hamacas, por ser asiento de fuertes e intensos temblores de tierra) presenta un interés geológico inapreciable, pues muestra clara y categóricamente que las grandes actividades eruptivas de nuestros volcanes han tenido lugar aun en épocas relativamente recientes, como se verá por lo siguiente.

Sobre la capa del conglomerado arcilloso de cantos rodados andesíticos descansa una serie de capas de rocas piroclásticas, en las cuales se notan tres series principales de deposición separadas por largos intervalos de reposo en las erupciones volcánicas. En efecto: entre los sedimentos consistentes en cenizas volcánicas y lapidío feldespáticos se intercala a ve-

ces una capa de lapidío piroxénico discontinua, probablemente por efecto de la erosión, antes de la deposición de las capas superiores; cada serie de capas concluye hacia arriba, con todos los grados de transición, por tierra vegetal o arcillas ferruginosas más o menos con residuos vegetales, provenientes de la descomposición subaérea de las materias feldespáticas (cenizas y lapidío), lo que implica entre cada serie un período largo de alternaciones intermediarias entre las capas así alteradas y las que se depositaron después. Ese período, a juzgar por el grado de alteración y la casi igualdad de constitución de las rocas alteradas en cada uno de ellos, debe ser mucho mayor que el que nos separa de la deposición del fin de la última serie, menos alterada en su superficie, y que data de hace más de trece siglos próximamente, según se verá a continuación.

Debajo de la última serie, en la tierra vegetal que constituyó el suelo de la anterior, se encuentran diseminadas en una superficie de 25 kms²., gran cantidad de basura arqueológica, restos de utensilios de caza y cocina, y figurillas del tipo arcaico, de los tiempos anteriores a los monumentos fechados de Copán (siglo I antes de C.), y es sobre esa capa de tierra vegetal arqueológica en donde cayó la ceniza y la arena pumítica de la última serie, sepultando los restos de la civilización arcaica de este valle.

Esta última serie de deposiciones de materias eruptivas, comprende cuatro o más sub-series, separadas entre sí de períodos probablemente menores correspondientes a los intervalos entre una serie y otra. Que son menores, lo prueba el hecho de que no están separados por zonas de alteración subaérea, salvo una, aunque muy ligeramente; y que hubo tales intervalos entre un sub-período

y otro, lo prueba el hecho de que están separadas las series de estratos cineriformes por superficies de denudación.

En la penúltima superficie de denudación, a poca profundidad del suelo actual se encuentran en abundancia, en las orillas australes de San Salvador, vasos, cántaros y otros varios utensilios indios de factura semejante a la de Copán en el siglo V.

De lo que precede se establece que la última serie de erupciones volcánicas que dió origen a la tierra blanca superficial (cenizas volcánicas feldespáticas, con pómez, en un espesor de 5m. por término medio), tuvo lugar entre los siglos I antes de J. C., y el siglo V después de J. C.

Debemos agregar aquí que sobre la capa de tierra negra arqueológica que recubre dicha última serie, se han encontrado huesos de grandes mamíferos (de mastodontes). Falta de razón sería concluir tan así no más la coexistencia de dichos mamíferos con el hombre que dejó aquellos restos arqueológicos; pero esa conclusión es posiblemente verdadera, pues, como se ha dicho, los referidos objetos arcaicos probablemente son anteriores al siglo I antes de J. C. De todos modos, podemos concluir que el suelo arqueológico corresponde al período último de los grandes mamíferos (mastodontes y mamutes).

Problema interesante es el de determinar de dónde ha salido tanta pómez y cenizas volcánicas, y su resolución es sencilla, pues las capas por ellas formadas rodean al lago de Ilopango en el cual tienen su centro, de modo que puede concluirse terminantemente que allí se han originado, (en el centro del lago hay un volcán).

Antes de tratar del lago de Ilopango debemos concluir con el valle de San Salvador, y para ello nos falta indicar que entre los diferentes pe-

riódos y sub-períodos de deposición subaérea, se encuentran en algunos lugares intercalados productos que parecen no ser extraños a la acción de las aguas. En el valle de San Salvador esos depósitos están en fajas orientadas, por regla general hacia el SE., tanto en dirección horizontal como en declive, hecho del cual podemos concluir que en los últimos tiempos geológicos ha estado la línea de máxima elevación del valle en donde hoy está todavía (en el río Acelhuate) y que el valle, anegado a veces, ha sufrido un descenso entre cada sub-período.

En las cenizas del último período se ven glomérulos de las mismas, que indican que la lluvia de cenizas fue acompañada de agua formándose en el aire dichos glomérulos, como se observa en casos semejantes.

El lago de Ilopango se encuentra hacia el oriente del valle de San Salvador, del que está separado por el cerro de San Jacinto.

Sobre el origen de ese lago se han emitido diversas opiniones de las que trato en mi monografía sobre el lago de Ilopango. De ellas, las únicas que tienen el carácter de hipótesis científicas, son dos: la que afirman que el lago de Ilopango es un cráter de explosión (Montesus de Ballore) y la que establece que es un valle de hundimiento (Squier y Touflet). La primera es inaceptable, pues los productos nubles que se invocan y en cuyo seno se supone la explosión, son precisamente resultados de las erupciones originadas en el centro de ese lago, y no anteriores a él, y por otra parte, el lago está rodeado de fallas periféricas escalonadas, más o menos concéntricas que descienden hacia el centro, o mejor dicho, hacia dos puntos más o menos centrales, situados uno al N. y otro al S. del actual volcán central, lo que unido al hecho de que algunas de esas fallas se prolongan aun fuera y lejos de la cuenca

lacustre, permite establecer con certeza que se trata de un valle de hundimiento, cuyas porciones centrales, habiendo penetrado más en las regiones incandescentes del interior, se han reblandecido y dado lugar a la formación de volcanes, allí y en las faldas radiales y periféricas, especialmente hacia el centro, en donde se produjeron los importantes fenómenos volcánicos de 1879 y 1880, y de donde salieron las importantes masas de cenizas, lapidario y pómez que rodean el lago; entre ellas las que cubren los objetos arqueológicos en referencia. La cuenca lacustre, es pues, un valle de hundimiento, mas éste debe haberse verificado simultáneamente a la emersión de las tierras salvadoreñas, pues se encuentran en él esponjas, cuyos antecesores no han podido remontar los ríos para llegar al lago.

Hacia el S. del valle de San Salvador y en el borde S. del referido lago pasa la Cadena Costera que vimos en Sonsonate y al S. de la vacía de Zapotitán y el volcán de San Salvador, constituida de andesitas, basaltos, arcillas esquistosas, conglomerados antiguos muy compactos y conglomerados arcillosos de cantos rodados andesíticos correspondientes al terciario inferior o medio; sobre ellos se apoyan los productos piroclásticos recientes del volcán de San Salvador, y sobre todo de las erupciones prehistóricas del Ilopango a las que hemos hecho referencia al tratar del valle de San Salvador, y en la parte próxima a la costa, se ve a dicha capa de cantos rodados andesíticos quedar recubierta en algunos puntos por sedimentos recientes y en otros sumergirse bajo las flotas marinas.

Hacia el N. de dicha región encontramos la misma capa arcillosa con cantos rodados andesíticos recubierta por los productos piroclásticos de dichos volcanes y los del volcán de Guazapa, y más al N. los sedimentos

neptunianos del valle del Lempa, en donde hacia el E. están descubiertos basaltos prismáticos.

El volcán de Guazapa, a pesar de la fuerte acción erosiva que ha sufrido de las aguas pluviales, conserva bien sus caracteres volcánicos; hacia el SE. de él se elevan sucesivamente dos volcancitos, llamados Macance y Tecomatepe; más adelante y hacia el mismo rumbo está el volcán de Cojutepeque y más adelante aun el Chichontepeque, en la propia Cadena Costera. Todos ellos han elevado sus conos sobre la capa de cantos rodados andesíticos, anteriores evidentemente a ellos, de modo que esos volcanes se formaron hacia el terciario superior o el cuaternario, debiéndose hacer constar aquí que en las tobas de Sisimico, cerca de San Vicente, se encuentran fósiles de plantas, insectos, arácnidos y mastodontes, lo que prueba que las últimas erupciones de esos volcanes tuvieron lugar en el cuaternario.

Hacia el NE. del Chichontepeque está el volcancito de Teconal; más al N. los maares de Apastepeque y Laguna Ciega, más aun los cráteres llamados Calderas de Santa Clara, y más adelante, las alturas aparentemente volcánicas de San Lorenzo y Sunchiche (éstas en el Dto. de Cabañas; las anteriores en el de San Vicente).

Toda esa región comprendida hacia el Norte y el Noreste de los volcanes de Cojutepeque y San Vicente, está constituida por una extensa meseta o antiplanicie recortada profundamente por valles de erosión, en los que se ven dos planos de acción erosiva: el superior, amplio, y el inferior, estrecho, de modo que se distinguen tres planos de terrazas: la superior que forma las mesetas elevadas (como la de Snsuntepeque); la media que constituye las mesetas más bajas (como las de Apastepeque) y la inferior que constituye los

valles en que corren los ríos principales (como el de Molineros o Jiboa, en donde corre el Acahuapa), pudiéndose, además, considerar las alturas Tamulasco-Sumpul, a que hicimos referencia anteriormente, como una prolongación de esa meseta, recortada posteriormente por el Lempa y otros ríos, como ya se hizo ver.

Esas dos fases erosivas parecen indicar un cambio en las condiciones climáticas, pues dada su gran extensión y su situación parece no poderse aplicar la explicación parcial que dimos para la Joya (vacía de Zapotitán), y en ese caso, la variación tan notable en las condiciones climáticas de El Salvador, puede ser la misma que correspondió al mundo entero al finalizar el período glacial, correspondiendo el primero a dicho período y el segundo a los tiempos posteriores, lo que parece tener su confirmación en el hecho de que, hasta ahora, los restos del mastodonte de esa región sólo se han encontrado en las mesetas medias, lo que indica que éstas ya existían en el cuaternario.

En esa misma región, además de los citados lugares fosilíferos, se encuentran otros, como el de la quebrada de El Fraile, cerca de Ilobasco, en donde se han recogido grandes cantidades de huesos y molares de mastodonte; allí mismo y cerca de Dolores se han encontrado capas de carbón fósil, semejantes a los que señalamos en Guargila. En diversos puntos de esa región (lo mismo que vimos en la de Tamulasco-Sumpul) existen diaclasas llenas de gipsio de origen matasomático y también filones metalíferos (como los de Potonico y Cancasque de dicha región) como se observa en Jutiapa e Ilobasco, lo que es una razón más para identificar, desde el punto de vista geológico, esas dos regiones separadas geográficamente por el Lempa que corre allí por un estrecho cauce que se ha abierto entre una y otra. Cer-

ca de Cojutepeque, también existen depósitos carbonosos como los de Guargila, Ilobasco, etc.

La semejanza resulta mayor si se considera que, si en aquélla existe la región de infiernillos de Nombre de Jesús, en ésta existen el infiernillo del Agua Caliente y el de San Marcos.

Infiernillos importantes son los del Chinchontepeque. Esta montaña consta de dos volcanes: el de San Vicente y el de Zacatecoluca, situados de NE. a SW. En el volcán de Zacatecoluca sólo existen fuentes de agua fría, mientras que en el de San Vicente hay varias fuentes termales, entre las que sobresalen por su elevada temperatura y condiciones especiales, los llamados Infiernillos de Istepeque o San Vicente, que depositan azufre en sus inmediaciones.

Para concluir con esta región, debemos decir que en el vértice SE. de dicha meseta, al E. del Chinchontepeque y a orillas del Lempa, se eleva un cono volcánico llamado Siguatepec, y que al pie de él ese río corre siempre en el cauce estrecho que se ha abierto, luego se ensancha un poco, y después de abrirse paso entre las alturas que reúnen al Chinchontepeque con la Sierra de Usulután, se ensancha de nuevo avanzando hasta el mar por un valle extenso en donde ha depositado detritus que allí recubren a la varias veces capa arcillosa de cantos rodados y pórfido-traquíuticos (andesitas).

CAPITULO VII

El Salvador Oriental

En frente de los altos de Sensuntepeque, al otro lado del río Lempa, se encuentra una meseta, fuertemente recortada por la erosión neptuniana, limitada al N. y al S., respectivamente, por los afluentes de dicho río llamados Torola y Sesori, y cuya mi-

tad oriental es más estrecha, pero de mayor altura, y en cuyo extremo se elevan las montañas de Cacahuatique, uno de cuyos picos es considerado como volcán.

Dicha meseta está formada de asperones, conglomerados y arcillas esquistosas, masivos de rocas porfíricas, y en varios puntos lavas volcánicas antiguas; hacia el pie occidental de la meseta, por el lado del Lempa, se encuentran rocas carbonosas, como las que señalamos del otro lado de ese río, en Guargila, Jutiapa, Ilobasco y Cojutepeque, y hacia el S. de esa región se extiende el extenso valle o meseta poco elevada de Sesori y Umaña, constituida de conglomerados arcillosos de cantos andesíticos con intrusiones basálticas y recubiertos en parte por las deyecciones volcánicas, en su mayor parte provenientes de la Sierra de Usulután, recortada también por la acción erosiva de las aguas.

Al N. de Cacahuatique y casi a la orilla del Torola, se encuentran las fuentes de agua hirviendo llamadas geisers de Carolina, ausoles que lanzan chorros de agua caliente hasta 5 metros de altura, produciendo un ruido semejante al de una caldera de vapor. Ese infiernillo está en la misma línea en que señalamos los infiernillos de Nueva Concepción, Agua Caliente, Tejutla, El Paraíso, San Francisco y Nombre de Jesús, y nos indica que esta línea tiene un significado real en la geología del territorio salvadoreño.

En el frente oriental de las montañas de Cacahuatique se eleva la serie de alturas Gotera-Sociedad, constituidas de las mismas rocas anteriormente citadas; en ella se encuentran las alturas llamadas Coroban y Ocoatepeque, consideradas como volcánicas, hecho difícilmente de establecer, aunque en la cima del Coroban hay una depresión circular que

tal vez sea un cráter, y en el pie boreal una colada de lavas.

En la región situada al N. de esa sierra se encuentra un terreno alto fuertemente recortado por profundas barrancas en donde corre el Torola y sus afluentes. En esa región se encuentran calcáreos cristalinos, pederal, carbón mineral, conglomerados, asperones y arcillas diversas, aquéllos semejantes a los de la sierra y recubiertos por los depósitos más recientes lacustres o palustres en donde se han encontrado fósiles de mastodonte (cerca de Corinto).

Hacia el S. de la Sierra Cacahuatique-Gotera-Sociedad, se extiende un terreno llano, en el que se encuentran pequeñas alturas recortadas por ríos y quebradas; ese terreno está completamente rodeado de alturas que han sufrido intensamente los efectos de la erosión, y por lo tanto, que antes debieron haber sido mayores y encerrado mejor el espacio que limitan. En éste se encuentran rocas porfíroides, amigdaloides y conglomerados, y están cubiertos en diversos puntos por una tierra arcillosa con cantos rodados y cristales de cuarzo bien formados, conteniendo esqueletos de mastodontes, en posición más o menos vertical, indicando que en esos lugares hubo pantanos en que se atollaron dichos mamíferos. La región considerada parece haber sido un antiguo lago o una superficie en que reinó el régimen lacustre o palustre en los tiempos en que vivieron dichos proboscidos, pudiéndose considerar ese terreno como una continuación de las depresiones del Güija y el Lempa.

Hacia la parte occidental de esa región se han señalado rocas granitoides, y en la parte sudoriental existen dos volcanes: el Carancasunga y El Tempate, aquél con dos coladas notables de lava y éste con una laguna en su cráter, y además pequeñas eminencias constituidas de lava y es-

corias en diversos puntos y más o menos alineadas de W. a E., desde el río San Miguel hasta el Sur de Pasacuina.

La parte S. de esa región está cruzada de numerosas vetas metalíferas (oro, plata, plomo y cobre), que constituyen lo que se llama distrito minero de San Miguel, aunque en realidad comprende las partes próximas a los tres departamentos más orientales (San Miguel, Morazán y La Unión).

Un hecho importante que merece tomarse en cuenta en la geología del país, es que los filones metalíferos, por lo menos los más abundantes en minerales, se encuentran todos en una estrecha faja que se extiende en línea recta desde Metapán (departamento de Santa Ana) hasta Santa Rosa (departamento de La Unión), pasando por Cancasque, Potonico, etc.

Al Oriente de la zona que acabamos de describir se encuentran, la parte media y boreal del departamento de La Unión, en las cuales se ven asperones y conglomerados, en los que se han señalado restos de rocas graníticas y pedernales; en las partes bajas existen rocas calcáreas y en diversos puntos se ven vetas de yeso cristalizado, encontrándose en esa región, en varios lugares, rocas francamente basálticas. En fin, cerca de Santa Rosa se encuentran capas carbonosas como las de Guargila, Jutiapa, Ilobasco, Cojutepeque y Torola, y como las que existen en las regiones de Honduras vecinas a El Salvador.

Para concluir de tratar de la geología de El Salvador Oriental, sólo nos falta tratar de la faja que se extiende inmediatamente al S. de la zona que acabamos de describir, desde el Lempa hasta la frontera hondureña (río Goascorán).

La Sierra de Usulután está constituida de andesitas y basaltos, el ya

varias veces citado conglomerado arcilloso de cantos rodados andesíticos y diversos productos piroclásticos de los numerosos volcanes que en ella se encuentran. Entre éstos se encuentran dos series: la del Tecapa, Jucuapa, Boquerón, Limbo, Pacaya, Chinameca y San Miguel, y al S. de ella la de los volcanes Taburete, Usulután, Manila, Chambala y San Miguel.

El volcán de Tecapa presenta tres grandes cráteres, formando un triángulo: el más oriental, tiene en su fondo una laguna, la de Tecapa o Alegría, con algunas fuentes termales y otras frías y depósitos de azufre y sulfatos de hierro, calcio y otras materias; el mediano y austral (Laguna Ciega), presenta huellas de una antigua laguna desecada; y el más occidental (el de Buena Vista o El Hoyón), presenta en su fondo una región arcillosa, amarillenta y húmeda, que emite vapores cuando se lanza en ella un cuerpo pesado, el que penetra en ella, y hacia el NW. parte la Loma Alta, que se dirige al W., debiéndose hacer constar aquí que en ese grupo montañoso, especialmente en el borde que va hacia la meseta de Umaña (flanco boreal) se encuentran numerosos ausoles y simples infiernillos, más o menos alineados de W. a E.

El volcán de Taburete tiene el borde del cráter en parte deshecho, de modo que su porción austral se encuentra muy elevada, por lo que dicho volcán, visto desde el W. se presenta como un sillón —de donde le vino su nombre (Taburete)—, y en el fondo de su cráter se encuentra una pequeña laguna.

El volcán de Jucuapa, al E. del de Alegría, es voluminoso; en el borde de su cráter presenta seis picos, y en su falda boreal, cerca de Jucuapa, contiene algunas fuentes termales. Cerca de él están los conitos de Oromontique y Manila, y más al SW. el

volcán de Usulután, voluminoso y de cráter desgarrado hacia el SE. por la acción erosiva de las aguas. Hacia el Oriente del volcán de Jucuapa está el volcán llamado de El Boquerón, en el cual se encuentran los célebres infiernillos de Chinameca, y más al Oriente está el volcán llamado El Limbo, en cuyo cráter existió una laguneta, y más al E. se encuentra el de El Pacayal que contiene en su cráter un terreno fértil y húmedo llamado laguna del Pacayal. Después de ese grupo volcánico de Chinameca, se encuentra (casi al S. de El Pacayal) el pequeño volcán de Chambala o San Jorge, y en el llano comprendido entre ese volcán, el Limbo, el Pacaya y el San Miguel, está el infiernillo llamado El Hervidero; El Taburete, el Manila, el Chambala y el San Miguel están en línea recta.

Esas interesantes series de volcanes terminan hacia el E. en el volcán de San Miguel, volcán casi continuamente activo en los tiempos históricos y actuales; presenta en su cima un cráter poco profundo, hasta una meseta, después desciende a otra y luego se llega al fondo, presentando allí diversos cráteres. Hacia el lado exterior, por el NE. y arriba, está un pequeño cráter; hacia WNW. hay varios pequeños y las fisuras por donde salió una inmensa colada de lavas en 1787 que se extendió entre las jurisdicciones de Quelepa y Moncagua; y hacia el S. se encuentran dos pequeños cráteres cerca de media altura y más abajo, ya cerca de la base, otros cinco y fisuras por donde salieron las coladas de lava de 1787, 1819 y 1845.

La región situada hacia el S. de esa sierra es una extensa llanura que va a terminar en el mar y que está constituida en el fondo de una capa arcillosa con cantos rodados, recubierta por formaciones diversas de productos volcánicos, en parte muy permeables, a lo que se debe que fue-

ra de la región costera no haya sino pocos ríos, pues las aguas se infiltran, como se ve claramente en el Gualache entre los volcanes Taburete y Usulután.

Hacia el Oriente se extiende la llanura de San Miguel, en la cual de vez en cuando se ve la capa de tierra arcillosa con cantos rodados andesíticos recubierta por cenizas volcánicas y otros productos piróclásticos. En esa llanura el maare llamado laguna de Aramuaca, al E. del volcán de San Miguel.

Al S. de esa región y muy cerca de la costa se eleva la Sierra de Jucuarán-Intipucá, constituida de rocas basálticas y andesíticas y conglomerados arcillosos de diversas clases, encontrándose en ella algunos infiernillos, y hacia el extremo oriental de su flanco boreal, algunas eminencias de aspecto volcánico.

En el pie boreal de ella se encuentran la laguna de El Jocotal o de Ulupa, que antes era más grande y que ha sido reducida por las erupciones del volcán de San Miguel; la laguneta y los infiernillos de Chilanguera (al W.); otras lagunetas más y la laguna de Olomega, cuyo origen no está bien dilucidado, pero que presenta cerca fuentes termales y, en una de sus islas, el importante ausol de El Borbollón o Hervideros.

Hacia el Oriente de la región antes dicha se encuentra un terreno un poco elevado en donde están las lagunetas de Los Negritos, El Pílon y Maquigue, y más adelante, como queriendo continuar la Sierra de Jucuarán-Intipucá, se eleva la montaña de Conchagua, formada de W. a E. por las alturas de Gualpirque, Ocotepeque (El Pinar o las Marías) y El Vigía (o Cerro de la Bandera); alturas constituidas de conglomerados basálticos, arcillas, cenizas y lavas volcánicas, motivo por el cual, aunque con reservas, se les considera como volcanes. El Ocotepeque presenta en su

cima una depresión anular, rodeado de pequeñas eminencias que parecen ser el resto de las paredes de un antiguo cráter, y El Vigía tiene el aspecto de un cono volcánico. A este último se le atribuye una erupción en 1868, fundándose en informes oficiales inexactos, pero en otro lugar hemos demostrado que no existió tal erupción, mas debemos hacer constar en cambio que al pie de esa montaña existen algunas fuentes termales.

El Golfo de Fonseca se extiende a partir del Conchagua, rodeado de la citada capa arcillosa con cantos rodados y sedimentos recientes; rodeando al golfo, además de los volcanes de Conchagua y el Mogote de Pasaquina (en El Salvador), están los volcanes de Zacate Grande y Nacaome (ambos en Honduras), éste con un infiernillo, y el volcán de Cosigüina (en Nicaragua), y dentro del golfo, entre otras islas, están la del volcán de El Tigre (o Amapala), los infiernillos de Meanguera y los farallones (lavas volcánicas) en frente del Cosigüina.

Para concluir con El Salvador Oriental debemos hacer referencia al hecho de que cerca de La Unión y Conchagua existe una extensa capa arcillosa con grandes cantidades de conchas de moluscos marinos, lo que ha dado lugar para establecer que esa capa se formó en el mar y que esa región ha emergido en época reciente; pero el examen atento de esos depósitos nos ha llevado a la conclusión indudable, de que han sido depositados por los pueblos indios que allí vivieron y se alimentaban con esos moluscos (como aún lo hace la población actual de las cercanías).

CAPITULO VIII

Honduras

Hemos visto que a partir de Zacapa (Guatemala) hasta Omoa (Hon-

das) se extiende la Sierra del Espíritu Santo, de la cual hemos indicado su constitución geológica: granito y esquistos cristalinos. Debemos agregar aquí, que esa sierra tanto por su constitución litológica como por su orientación (WSW - ENE) se continúa en el mar por las islas de la Bahía. Así, en la isla de Roatán, se encuentran micasquistos orientados al ENE., y la isla de Guanaja tiene granito, micasquistos arcillosos y serpentina. Entre esas dos islas se encuentran los islotes llamados Barbereta y Elena, de constitución geológica no conocida pero rodeadas de formaciones coralianas, y entre Omoa y Roatán queda la isla de Utila, formada de basaltos y de calcáreos, que se suponen cuaternarios. Todas esas islas se encuentran en mar profundo, salvo Utila, al N. de la cual la profundidad aumenta bruscamente, pero al S. de ella está el banco de formaciones coralianas de las costas hondureñas, semejantes a las de Belice.

Las formaciones graníticas y esquistos-cristalinas de la sierra Zacapa - Omoa e Islas de la Bahía, parecen continuarse aún más allá, a través del mar, como veremos más adelante. En el flanco SSE. de la Sierra de Omoa se ven extensos depósitos de mármol blanco, fino, compacto y puro.

Paralelamente a la Sierra del Espíritu Santo (Zacapa - Omoa) y separada de ella por el río Chamelecón, que va al mar, y por los ríos de Copán y de Zacapa, que van al Motagua, se eleva la Sierra del Merendón o de Grita, que nace como se ha dicho en la Sierra de Talchaluya o de Chalatenango (El Salvador) y que tiene un punto culminante en el volcán Cayaguanca, en la frontera hondureño-salvadoreña. No hay necesidad de repetir aquí lo referente a que es completamente falso lo que se enseña en todos los tratados de geogra-

fía, de que la Sierra del Espíritu Santo es la misma Sierra del Merendón, pues, como ya lo dijimos, son dos sierras, aunque paralelas, bien distintas.

En la Sierra del Merendón se ha señalado la presencia de granitos, esquistos antiguos, asperones, depósitos cretáceos y rocas eruptivas diversas, y se dirige primero al NNE., después al NE. y por fin al ENE.

Su extremo ENE., como el pie oriental de esa sierra está bañado por el río Ulúa, y por uno de sus brazos o raíces el río Higuito (o río de San Juan, o Jicatuya, o Talpetate, o río Colorado, etc.); pero al otro lado del Ulúa, esto es, en su margen derecha u oriental, enfrente de dicho extremo, se eleva la Sierra de Pija, orientada también hacia el ENE., aunque separada de la del Merendón por el Valle de Sula. Además de esto último, la Sierra de Pija tiene, no sólo la misma dirección, sino también la misma constitución de la Sierra del Merendón. Está formada la Sierra de Pija de rocas eruptivas antiguas, más o menos alteradas, aflorando al S. de ella granito, esquistos antiguos, cuarcitas y calcáneos cretácicos y eocénicos. Debemos agregar, que el flanco austral de ambas sierras marcha paralelamente a una serie de fuentes termales.

Paralelamente y al S. de la Sierra de Pija, —y separada de ésta por la depresión en que corren hacia el W. el río Guyamapa (afluente del Ulúa) y hacia el E. el río Aguán—, se extiende la Sierra de Sulaco, continuada hacia el ENE. por la Sierra de Misoto u Olancho, en la cual existen granitos, esquistos cristalinos y asperones precarboníferos, recubiertos en parte por calcáneos considerados como cretácicos, aunque en realidad son de edad no determinada. Y, hacia el NE. de esas sierras y entre los ríos Aguán y Sico (Río Tinto, Río Negro, etc.), se eleva la Sierra de los

Payas, constituida de antiguas rocas eruptivas, conglomerados arcillosos y asperones y calcáneos terciarios.

Después de haber recorrido en los párrafos anteriores la porción boreal de Honduras, volvamos a la Sierra del Merendón. Hacia el lado de Guatemala (al W.) —al S. de Copán—, esta sierra da origen a otra, la Sierra de la Cruz, muy elevada, que pasa entre Esquipulas y Chiquimula, en la cual hay asperones atribuidos al permeano (santeanos), y que va a terminar en la Sierra Madre de Guatemala, al N. del volcán de Ipala, y que puede tal vez considerarse como continuación de esa sierra casi con el mismo título que la de Alotepe—Metapán.

De la misma Sierra del Merendón, y entre el Cayaguanca y la Sierra de la Cruz, se desprende hacia el E., la Sierra del Canguacota, que termina en el río Mocal (afluente de Lempa) y cuya constitución geológica nos es desconocida.

Al N. de esa sierra y al E. de la del Merendón se encuentran las alturas llamadas Cerro de Celaque, en donde se encuentra una montaña cónica que ha sido considerada como un volcán extinguido. Al NE. de ese cerro está la ciudad de Gracias, cerca de la cual está un importante foco sísmico, al que se debió la ruina de ella el 26 de diciembre de 1915. Entre ese cerro y la Sierra del Merendón está el río Higuito, que corre por el hermoso valle de Sensenti, cubierto de sedimentos supraterciarios o cuaternarios, encontrándose en esa región carbón mineral de edad no determinada, más que tal vez pueda paralelizarse con el carbón de Guarigila (El Salvador).

Hacia el NNE. del Cerro de Celaque está la pequeña Sierra de Atina, paralela a la del Merendón y separada del mencionado cerro por el río Mejocote, el que unido al Higuito forman el río San Juan, ramal del

Ulúa que separa a la Sierra de Atina de la del Merendón. Respecto a la constitución de esa sierra no hemos encontrado ninguna indicación, salvo la referente a que existen en ella minerales de ópalos y amianto.

Al SE. de la Sierra de Atina se eleva la Sierra de Opalaca, que después de correr hacia el SE. dobla hacia el Oriente, formando la Sierra de Opatoro o de Marcala. Esta sierra está formada de diversos productos sedimentarios y eruptivos, de edad no determinada, salvo la de los calcáreos correspondientes al cretáceo, señalándose los conglomerados graníticos cerca del río Humuya. Esos granitos parecen corresponder a los de Morazán (Rep. de El Salvador), en cuyo caso tendríamos una prueba de la existencia en sus cercanías de una antigua cadena granítica, hoy desaparecida y dividida por la Sierra de Cacahuatique y la Sierra de Marcala. Esta última, puede considerarse como la Sierra Madre de Honduras y como una continuación (a veces rota) de la Sierra de la Cruz y de la de Canguacota. Daremos por terminada esa sierra en el Cuello de Goajoca, para seguir después su descripción.

De la Sierra de Marcala se desprende hacia el Norte una serie de alturas, la Sierra de Siguatepeque, en la que se encuentran las porciones llamadas Zulutepec, Los Montecillos y Cerros Azules, sierra en la que se han encontrado calcáreos cretácicos y capas con orbitoides (¿oligocénicos?) superpuestos a los anteriores, es decir, a los calcáreos cretácicos.

Al W. de la Sierra de Siguatepeque (porción Cerros Azules) se encuentra el lago de Yojoa, orientado de N. a S. Los indios llaman a ese lago Tauhlebé, el que está rodeado de calcáreos azules, algunos de ellos cretáceos, pero los más cercanos, parecen ser pliocénicos o cuaternarios (formaciones continentales); ese lago está encerrado por montañas y

faldas y se encuentra en la faja de grandes dislocaciones que se extiende del Golfo de Honduras al de Fonseca y que parece no ser más que la continuación de la costa oriental de Yucatán.

El territorio hondureño, está atravesado de N. a S. por una gran depresión, la de Goajoca, por la que corren el río Goascorán hacia el Golfo de Fonseca (Océano Pacífico) y el río de Humuya (ramal del Ulúa) hacia el Golfo de Honduras (Mar de Las Antillas, Océano Atlántico).

Esa depresión es tanto más notable cuanto separa de manera notable dos floras y dos faunas, que aunque casi iguales presentan algunas diferencias características, y de tal modo que divide al istmo centroamericano, desde ese punto de vista, en dos regiones diferentes, cosa que no se observa en la gran depresión nicaragüense.

En el Cuello de Goajoca se ven reposar sobre rocas de edad desconocida, sedimentos terciarios y al E. de ese cuello, la Sierra de Marcala—Opatoro, se eleva nuevamente con el nombre de Sierra de Lepaterique, formada de pórfido—traquíticos, conglomerados arcillosos y calcáreos, la que se dirige hacia la frontera nicaragüense hasta el río Choluteca, para elevarse de nuevo al otro lado de ese río dando origen a la Sierra de Colón que corre hacia el NE.

Cerca de Goajoca, la Sierra de Lepaterique emite un ramal hacia el N., la Sierra de Comayagua, sierra de la que a su vez se desprende hacia el E., la llamada Sierra del Chile, la que se empalma al SE. en la Sierra de Colón.

Toda esta región es poco conocida, pero se sabe que en esas sierras existen granitos, exquisitos cristalinos y calcáreos cretácicos, y además, depósitos terciarios en la depresión del Goajoca, por lo que se cree que en los

tiempos terciarios formó un estrecho que reunía a los dos océanos.

En la Sierra de San Juanito, al N. de Tegucigalpa, existen calcáreos carboníferos y depósitos santenses (edad de Todos los Santos) conteniendo fósiles característicos de la flora retriiana o keuperiana.

En la Sierra de Colón, que va del Golfo de Fonseca a la laguna de Caratasca, se han señalado granitos y rocas terciarias, y hacia el Sur de la Sierra de Lepaterique y en la de Colón, se han señalado minerales de oro, plata, plomo y cobre.

Las formaciones más antiguas de esa sierra están hacia el SE. y las más recientes hacia el NW. Durocher la llama "sistema de Segovia".

En la costa del Golfo de Fonseca se encuentran conglomerados arcillosos de cantos rodados, de andesitas y basaltos. Las islas de Zacate Grande y el Tigre son volcanes, lo mismo que el cerro de Choluteca.

La costa del Caribe presenta hacia el NE. de Honduras una prolongación submarina dirigida hacia la isla de Jamaica, formando una especie de terraza calcárea, de la que emergen islas y arrecifes de coral.

CAPITULO IX

Nicaragua

La Sierra Madre de Nicaragua o Sierra de Chontales es una continuación de las sierras de Lepaterique y El Chile, y arranca cerca de los puntos en que ellas tocan la Sierra de Colón, pero en vez de seguir el rumbo NE. que lleva ésta, se dirige hacia el SE. hasta el río San Juan, cerca del Atlántico, es decir, que se aleja del Pacífico, ya que en Nicaragua la costa de este océano va hacia el SSE.

Desde esa Sierra se desprenden hacia el NE. y hacia el E. varias sierras llamadas de Yelona, Guapí y

Yelona. Todas estas sierras, planas en su cima, parecen más que sierras de plegamiento, sierras formadas por la erosión, mas en realidad, han sido formadas por la acción conjunta de la erosión sobre valles de plegamiento, es decir, que la erosión ha completado el relieve ya obtenido por movimientos orogénicos, pareciendo el conjunto de todas ellas como una extensa meseta que concluye bruscamente hacia el W. y desciende con lentitud hacia el Caribe, cortada de W. a E. por los valles de erosión en que corren los grandes ríos nicaragüenses, y que separan las referidas sierras. En esas sierras se han encontrado diversas clases de rocas eruptivas de edad indeterminada en su mayor parte, mas algunos han atravesado los depósitos cretácicos que existen en esa región, indicando así que se deben a erupciones habidas en los tiempos terciarios.

En el río Segovia y en el Tuma (o Río Grande) se han encontrado cantos rodados de granito, que indican la existencia actual o pasada de una sierra granítica en esa región de Nicaragua y, además, en la Sierra Madre y en las llanuras de la vertiente atlántica, se han señalado cuarcitas, esquistos cristalinos y dolomias, recubiertos en parte por los citados productos eruptivos. La Sierra Madre de Nicaragua parece terminarse cerca del Castillo Viejo, en el río San Juan, en donde éste se ha abierto paso a través de rocas esquistas.

Hacia el SW. de la región descrita, y paralelamente a la Sierra de Nicaragua, se extiende de NW a SE. la gran depresión nicaragüense, o sea la de los grandes lagos. Empieza al NW. en el Golfo de Fonseca, sigue por el Estero Real y la cuenca del río Sinacapa, se continúa por el lago de Managua o Xolotlán, por su deságüe el río Tipitapa, pequeñas lagunas y el lago de Nicaragua o Cosibolcá, y se concluye, después de seguir la de-

presión del Río San Juan, en el Golfo de Mosquitos (Mar Caribe).

En esa depresión se encuentran numerosas fallas, especialmente longitudinales, algunas escalonadas, y dispuestas de tal modo que dicha depresión pueda considerarse como una región hundida con relación a las partes adyacentes. En esas fallas se encuentran dos líneas de volcanes: una, al NE. del lago de Nicaragua, formada de elementos extinguidos; y otra, al SW. de dicha depresión, entre ésta y la costa del Pacífico, que contiene a los volcanes activos en los tiempos históricos.

Los principales de esos volcanes son el Cosigüina, a la entrada del Golfo de Fonseca, célebre por la gran erupción de 1835 ("año de la polvazón"), el Viejo (año 1865), el Momotombo (1764-1852), Las Pilas (Cerro Negro), (1850, 1914), el Maza-ya (1670, 1772, 1852, 1858, 1924), el Nindir (1775), el Mombacho (1743), el de la isla Zapatera, y el de la Ometepe (1883 a 1886, 1902, 1907 a 1910, y de 1921 hasta hoy).

En la depresión, como a ambos lados de ella, se encuentra un conglomerado de cantos andesíticos de cemento arcilloso, recubierto por calcáreos y rocas eruptivas (cenizas, pómez, etc.) en parte más o menos descompuestas por la acción atmosférica. Bajo esas formaciones se encuentran granitos sobre los que se elevan los volcanes del NW. de Nicaragua, y andesitas terciarias en toda la línea volcánica. Los granitos del NW. de Nicaragua probablemente pertenecen a la sierra granítica que ha dado origen a los granitos de los ríos Segovia y Río Grande (Tuma).

Los islotes que están al S. de la isla o volcán llamado Zapatera se encuentran recubiertos por cenizas volcánicas que contienen conchas de moluscos de agua dulce, lo que parece indicar que en otros tiempos el ni-

vel del lago fué mayor que ahora.

En la faja costera (entre la depresión citada y el mar) se encuentran tobas volcánicas antiquísimas que contienen marcados pasos humanos y sobre ellos tobas con esqueletos de mastodontes, indicando que se ha formado a fines de los tiempos terciarios o principios de los cuaternarios.

Bajo esas tobas, —especialmente en el istmo de Rivas (entre el lago de Nicaragua y el mar)—, se encuentran los depósitos britaneses (formación Brito); esto es, sedimentos marinos de carácter atlántico (no pacífico) conteniendo orbitoides (lepidociclinas), correspondientes al mioceno (paralelizados con el aquitaniano), y que ponen de manifiesto una comunicación por ese lugar entre el Atlántico y el Pacífico, en los tiempos terciarios (miocénicos), tiempos en los cuales la referida depresión de los grandes lagos, como lo indican los sedimentos, estuvo cubierta por el mar, desde el Golfo de Fonseca hasta el de Mosquitia.

El nivel medio del lago de Managua es de 42 m. sobre el nivel del mar y el de Nicaragua de 33; siendo de 82 m. la mayor profundidad de éste y mucho menos profundo el anterior, lo que nos da idea de lo que fueron los antiguos grandes lagos del Güija, el Lempa y Gotera (en El Salvador).

Respecto a la faja costera pacífica podemos agregar que en ella es en donde se encuentran los focos sísmicos de Nicaragua, distribuidos según parece en dos líneas: una, que coincide más o menos con la línea de volcanes; y otra, submarina, situada paralelamente a ella.

CAPITULO X

Costa-Rica

Los depósitos britanos (terrenos miocénicos paralelizados con el aqui-

taniano) del istmo de Rivas se prolongan del Pacífico hacia el Atlántico formando una faja de asperones calcáreos al S. del Lago de Nicaragua y del curso superior del río San Juan, estando cubierta más hacia el S. por productos volcánicos, como puede verse en las barrancas inmediatas al volcán Turrialba, y hacia el E. (Costa Atlántica) por depósitos marinos terciarios y aluviones recientes, lo mismo que la costa oriental de Nicaragua, señalándose entre los depósitos terciarios, sedimentos pliocénicos horizontales en discordancia con los anteriores, lo que indica que entre los tiempos miocénicos y los pliocénicos tuvieron lugar importantes fenómenos epirogénicos.

Hacia el SW. de esas formaciones, y al parecer como una continuación del istmo de Rivas, se eleva la Sierra de Tilarán que corre de NW. a SE. y que está formada de andesita (cretácea), arcillas, conglomerados arcillosos y rocas calcáreas con rudistes, recubiertas en parte todas esas rocas por productos eruptivos diversos y provenientes de los varios volcanes que forman parte de esa sierra, que es a la vez volcánica y de plegamiento.

Los volcanes de ella son el Orosí, el Rincón de la Vieja, el Miravalles y el Tenorio.

Esa sierra se continúa hacia el SE. en la Sierra de Guanacaste constituida lo mismo que la anterior, con la diferencia de mostrar granito y carecer de volcanes.

Al E. del extremo SE. de la Sierra del Guanacaste, se eleva la Cordillera Central, formada casi exclusivamente de volcanes y, al SW. de la cual, está la sierra del Aguacate, formada igualmente de productos volcánicos, viéndose en los valles de erosión masivos de andesitas. Entre los volcanes de la Cordillera Central se encuentran el Poás (1910, 1914, 1915), el Barba (1815), el Irazú

(1723, 26, 1821, 1917, etc.) y el Turrialba (1864, 1865...)

Al SW. de las sierras de Guatuso y del Guanacaste se extiende la depresión de El Tempisque y Nicoya, formada de calcáreos terciarios, atribuidos al oligoceno o al mioceno, recubiertos por arcillas y conglomerados arcillosos de edad no bien determinada, mas que se ha atribuido al plioceno.

Y, hacia el SW. de esa depresión, está la península de Nicoya, formada de granito, cuarcita verde, serpentina, jadeita, calcáreos cretácicos con rudistas, conglomerados arcillosos, tobas pumíticas de un color blanco verdoso y que parecen ser anteriores a los tiempos terciarios, sedimentos terciarios con turrítelas tornatas correspondientes al mioceno, tobas probablemente originadas de los conos que se ven en esa región.

Al S. de la Sierra del Aguacate y de la Cordillera Central se extiende la depresión interoceánica de Ochomogo. El cuello de este nombre tiene una altura de 1546 m. sobre el nivel del mar y de él parten el río Tárcoles (o río Grande), que va al Pacífico, y El Reventazón, que afluye al Atlántico.

Hacia el SE. de la Sierra del Aguacate se encuentra la Sierra de Candelaria, que está formada de calcáreos con rudistes (neocretácico) y depósitos terciarios (miocénicos) plegados como los anteriores y recubiertos por productos volcánicos.

En el extremo SW. de la Sierra de Candelaria se encuentra el Volcán de la Herradura o Turubales, el que tendría el aspecto clásico del Vesubio metido en el recinto estrecho del Somma, si no estuviese cubierto de bosques hasta su cima. El cono del Turubales se eleva sobre los pliegues miocénicos de la Sierra de Candelaria, motivo por el cual se ha prestado en duda la naturaleza volcánica de esa altura.

Panamá

Al S. del extremo occidental de la Cordillera Central, al otro lado del cuello de Ochohomo y al NE. de la Sierra de Candelaria, se continúa la Sierra Madre de Costa-Rica bajo el nombre de Sierra de Dota o de Talamanca, la cual está constituida de granito, sienita, diorita, basaltos, sedimentos supraterciarios y productos eruptivos diversos. En la altura llamada Buena Vista se ven rocas arcillosas, granitos, andesitas, basaltos, dioritas y tobas riolíticas, dispuestas en un orden de sucesión no determinado. En el Camuk (Pico Blanco) se ven granitos atravesados por filones de pórfidos y sobre ellos reposan terrenos terciarios, los que no han sido inyectados ni metamorfosados, —por lo menos en las partes conocidas—, ni por los granitos ni por los pórfidos, lo que indica un período de regresión marina y denudación entre la formación de los granitos y pórfidos, por una parte, y los depósitos terciarios, por la otra. Sin embargo, se ha pensado que los granitos son de época reciente (posteriores al terciario), lo cual, en el estado actual de nuestros conocimientos, es casi inaceptable.

Hacia el N. de la Sierra de Talamanca los calcáreos cretácicos se encuentran recubiertos por depósitos terciarios que han sido también afectados por los movimientos orogénicos, y los depósitos britonianos (aquitanianos) están recubiertos por depósitos terciarios más recientes, como puede observarse cerca de Puerto Limón, en donde se ha señalado el plioceno en discordancia con las formaciones anteriores del terciario.

Hacia el S. de dicha sierra, los calcáreos cretáceos llegan hasta el mar y junto con andesitas y otras rocas constituyen las penínsulas de Nicoya, Salsipuedes y Burica, en donde se encuentran depósitos terciarios probablemente miocénico u oligocenos.

La Sierra de Talamanca se prolonga en territorio panameño bajo los nombres de Sierra de Chiriquí, Sierra de Tabasara, Sierra de Veragua: es la Sierra Madre del Istmo.

Esta sierra está formada así: cerca de la costa del Atlántico se ven arcillosos correspondientes a los tiempos postterciarios; ascendiendo se encuentran basaltos, y en la cima se ven dioritas, sienitas y granito, y al S. de ellos aparecen nuevamente rocas eruptivas recientes, conglomerados arcillosos de andesitas y rocas francamente miocénicas, las que indican que el levantamiento del istmo tuvo lugar en los tiempos postmiocénicos (pliocenos o cuaternarios, probablemente pliocénicos).

La Sierra de Veragua concluye cerca de 50 kms. antes (al W.) de la depresión que ha sido utilizada para el canal interoceánico de Panamá.

El canal de Panamá corta a un ancho anticlinal de capas terciarias, cuyo eje pasa un poco al N. del Cerro Culebra. En la cima de ese anticlinal se encuentran andesitas, traquitos y basaltos, y depósitos gamboacencos de conglomerados arcillosos de cantos angulosos y rodados de las precipitadas rocas ígneas. Sobre ellos se encuentran unas capas con pequeños numulitos y orbitoides que se intercalan (edad aquitaniana). Encima de esos depósitos se encuentran los calcáreos con orbitoides de Peña Blanca, sobre los que reposan más al N. las capas gatunianas, francamente miocénica (burdigalianas) con turritelas tornatas, pecten subpleuronecotos y clipeasterios, recubiertos por tobas traquíticas ya en las inmediaciones del mar.

Las tobas y asperones del Cerro Culebra pertenecen al aquitaniano lignitífero; el asperón y las arcillas

de Vamos Vamos al aquitaniano marino; las capas de Gatun y las arcillas de Mindi al mioceno inferior, y los traquitos del Monte Ancón, algunas tobas traquíticas y las andesitas de Culebra corresponden al mioceno superior y al plioceno, y en las costas, aluviones cuaternarios. Las rocas gamboanences (de Gamboa) son las más antiguas y corresponden al oligoceno o a lo más al aquitaniano; la asociación de los últimos numulitos con lepidociclinas que se observa allí, existe también en el oligoceno superior de Las Antillas, Florida y varias partes del mundo (región india, indo-china, etc.) La roca más reciente es la andesita del Cerro Culebra.

Las capas gatunianas con turritelas tornatas, atribuidas al burdigaliano, han sido consideradas últimamente como formaciones más recientes.

Esas capas se presentan tanto en la vertiente atlántica como en la pacífica y todos los sabios que se han ocupado de ellas concluyen más o menos formalmente afirmando la existencia de un antiguo continente al W. de la costa actual del Pacífico. Por lo dicho, en lo referente a Costa Rica, fácil es comprender que esa opinión puede ser generalizada para la parte W. de la costa costarricense.

Las islas del Golfo de Panamá están constituidas de andesitas semejantes a las que se encuentran en la península de Azuero y en la costa occidental de Colombia.

Al E. del canal de Panamá, la Sierra Madre (Sierra de Veraguas) se eleva con el nombre de Sierra de San Blas constituida de granitos, sienitas y rocas de naturaleza no indicada, y que se extiende al ENE. a lo largo de la costa atlántica.

Hacia el SE., en la Sierra de Darién, se encuentran calcáreos cretácicos, atravesados por andesitas, y recubiertos por rocas arcillosas y to-

bas, probablemente terciarias. En algunos puntos, bajo del cretáceo, afloran rocas antiguas atribuidas a los tiempos juró-triásicos. Esa sierra se continúa en Colombia bajo el nombre de Sierra de Choco.

CAPITULO XII

Colombia y Venezuela

Los geógrafos centroamericanos afirman que la Cordillera de los Andes atraviesa a la América Central de SE. a NW.

Esta es una afirmación completamente errónea: los Andes no atraviesan al istmo centroamericano.

La gran cordillera de los Andes, al N., del Ecuador, se divide en cuatro ramas: la Sierra de Choco, la Cordillera Occidental, la Cordillera Central y la Cordillera Oriental, separadas por los valles en que corren los ríos Atrato, Cauca y Magdalena.

La Sierra de Choco se dirige hacia el N. y NNW., y está formado de compactos conglomerados ferruginosos, asperones muy consolidados, calcáreos cretácicos, brechas conchíferas y depósitos francamente miocénicos. Puede considerarse como continuación geológica de las formaciones panameñas. Esa sierra está separada de la Cordillera Occidental por la depresión en que corren, hacia el N., el río Atrato, y hacia el S., el San Juan, y tanto por esta circunstancia, como por su constitución geológica, puede considerarse como distinta del sistema andino. En esos valles se encuentran depósitos supraterciarios y cuaternarios y puede considerarse como el límite del sistema andino.

La Cordillera Occidental se dirige, no al NNW. como la anterior, sino al NNE.; está constituida de sienita, diorita, calcáreos con inoceramos y otras rocas no denominadas; y concluye hacia el NNE., en dirección del

mar, antes de la llanura costera, constituida de calcáreos coralíferos.

La Cordillera Central sigue un rumbo NE., entre el río Magdalena y su afluente el Cauca. En ella se encuentran numerosos volcanes cuyos productos han recubierto a los constituyentes de los pliegues de la sierra; pero en la parte boreal (correspondiente al centro del departamento de Antioquia) afloran rocas arqueanas recubiertas más hacia el N. por depósitos paleozoicos; sobre ellos más al N. hay depósitos jurotriásicos (retianos) y cerca de la costa, calcáreos cretácicos. Los depósitos cretácicos pueden observarse bien en el valle del río Magdalena, en donde se nota bien el carácter europeo del cretáceo inferior.

En la Cordillera Oriental puede observarse bien cómo el sistema andino se aleja de Centro América. En efecto: los Andes colombianos se dirigen sucesivamente hacia el NNE., el NE. y el E., pasando a Venezuela, es decir, lo contrario de lo que habría pasado si Los Andes atravesaran el istmo centroamericano.

Antes de penetrar a Venezuela la Cordillera Oriental emite un ramal hacia el N., la Sierra de Perija, formada de terrenos paleozóicos, cretáceos y terciarios plegados, la que termina en la península de Goajira, en donde, además de esas rocas, se ven diabasas y porfiritas de edad anterior. Hacia el NW. del extremo de esa sierra se eleva la Sierra Nevada de Santa Marta, formada esencialmente de rocas precambrianas, que tal vez con más razón puede considerarse como continuación de la Sierra de Perija, que la península de Goajira.

La Cordillera Oriental está constituida de granitos, esquistos cristalinos precambrianos, calcáreos carboníferos y depósitos cretáceos y terciarios plegados. Al penetrar a Venezuela toma el nombre de Sierra de

Mérida, en su trayecto al NE. y, el de Sierra del Caribe, al E. Ambas forman los Andes Venezolanos o Sierra Madre de Venezuela. En la Sierra de Mérida los depósitos cretáceos y terciarios existen a ambos lados de ella y se extiende hacia el N. hasta el estado de Falcón, y aún en la península de Paraguana o Parima, salvo el istmo que está recubierto de depósitos recientes que indican un período de emersión. En el resto de la cordillera de Puerto Cabello o cabo Codera, los granitos y esquistos cristalinos llegan hasta el mar, de modo que sólo se ven recubiertos por los terrenos cretácicos y terciarios hacia el lado S. En esa porción, el río Chico limita al S. la sierra, mas al lado austral de él, la Sierra del Caribe se eleva paralelamente, constituida de rocas cretácicas y terciarias. Esa sierra se interrumpe en el valle del río Guere, pero se eleva después con los mismos caracteres hasta el río Neveri, al Oriente del cual, frente a Barcelona, se eleva nuevamente, constituida de las mismas rocas, hasta el Golfo de Paria. Al N. de esa Sierra, cerca de Cumaná, la Sierra de Caracas reaparece constituida de granitos y esquistos cristalinos y se prolonga al E. formando la península de Paria.

Frente a esas sierras, al E., está la isla de La Trinidad que, como se verá más adelante, no es más que una continuación de ella.

Hacia el S. de la Sierra Madre de Venezuela se encuentra una gran extensión recubierta de terrenos cuaternarios denominados de Los Llanos, y en el valle del Orinoco, se ven surgir bajo de ellos granitos y esquistos cristalinos precambrianos, salvo en el delta del Orinoco, en donde se ven aluviones recientes.

Para concluir con Colombia y Venezuela se debe agregar que en los grandes valles colombianos hay terrenos terciarios y depósitos de sal gema que indican que la emersión ac-

tual tuvo lugar a fines de esos tiempos.

CAPITULO XIII

Islas de Sotavento

Las islas de Los Monjes, Oruba, Curazao y Bonaire parecen ser una continuación de las penínsulas de Goajira y de Paraguana y están formadas de esquistos con radiolarios correspondientes en su mayor parte al aquitaniano superior, rocas eruptivas y depósitos cuaternarios.

Las islas Las Aves, Los Roques, Orchila, Blanquilla, Tortuga, Los Hermanos y El Rico, etc., son de formación reciente; mas en Margarita afloran granitos y esquistos cristalinos precambrianos, lo mismo que en las penínsulas de Manicuaró y Paria.

Formando la continuación de las citadas, —salvo la Margarita que contiene rocas precambrianas, lo mismo que La Trinidad—, se encuentra la isla de Tobago. La parte SW. de esta isla es plana y formada de calcáreos coralíferos, pareciendo ser una continuación del istmo del Médano o Coro y de las islas Los Roques, Blanquilla, Los Hermanos, Los Testigos y bancos coralíneos. La parte NE. es montañosa y abrupta, formada de diabasas, basaltos y esquistos arcillosos, y parece ser una continuación de las penínsulas de Goajira y Paraguana y de las islas de Oruba, Curazao y Bonaire.

El sistema andino se pierde allí, en las islas de La Trinidad y Tobago, con dirección al Oriente, bajo las flotas del mar. ¿Se dirigen al N. de Africa? ¿Van a encurvarse para dar origen a Las Antillas? O bien, al llegar a esos lugares, la sierra andina que se dirige al Africa, ¿da un ramal para formar Las Antillas?

Hasta hoy, se ha aceptado la hipótesis de que el sistema andino se continúa en Las Antillas, y para ello se

han aducido buenas razones, las que no excluyen la prolongación del sistema andino hacia el E. por el Atlántico, sistema hundido a la formación de éste (en tiempos pliocénicos).

CAPITULO XIV

Las Antillas

Con este nombre designamos todo el archipiélago comprendido entre Norte y Sud-América, es decir, los grupos llamados Archipiélago de Bahamas, Grandes Antillas y Pequeñas Antillas.

Las Antillas pueden considerarse como reunidas en tres arcos envolventes de concavidad hacia el Mar Caribe y dirigidos de NW. a SE.

1º—El arco interior, formado de islas volcánicas;

2º—El arco medio, constituido de islas montañosas; y

3º—El arco exterior, que es una meseta de islas planas.

Cada uno de esos arcos tiene una constitución geológica diferente que conviene examinar por separado.

I.—Arco interior.—Este arco sólo se encuentra en la parte oriental de la América Insular: se extiende desde la isla La Granada hasta La Saba y desde la isla La Deseada hasta La Anguila, formando dos arcos volcánicos paralelos.

El primero de estos dos arcos comprende las siguientes islas volcánicas: La Granada, Las Granadinas, San Vicente, Santa Lucía, Martinica, Dominica, Baja Tierra (de Guadalupe), Montserrat, La Redonda, Nevis, San Cristóbal, San Eustaquio y Saba.

El segundo de esos dos arcos comprende las islas volcánicas llamadas María Galante, La Deseada, Gran Tierra (de Guadalupe), La Antigua, San Bartolomé, San Martín y La Anguila.

La mayor parte de esas islas están formadas exclusivamente de produc-

tos volcánicos, mas sería un grave error creer que el surgimiento de esas islas ha sido producido únicamente por la acumulación de productos eruptivos. En efecto: en Martinica, hay tobas antiguas conteniendo fósiles de orbitoides (lepidoclinas), lo que indica que después de la formación de esas tobas submarinas ha habido un levantamiento de la corteza terrestre, posterior al mioceno inferior. Algunos volcanes del arco externo (San Bartolomé, San Martín y Anguila) reposan sobre substractum francamente preterciario, y en época reciente varios volcanes del arco "interior" (el más reciente) han arrojado fragmentos de granito, micasquistos, cuarzo filoniano, andesitas y basaltos, etc., los que indican la composición del basamento de esos arcos.

Las islas San Bartolomé, San Martín y Anguila son consideradas como pertenecientes por su basamento al arco montañoso, y por sus rocas eruptivas, al volcánico.

II.—Arco medio.—El arco medio o montañoso está formado de una parte de La Barbada, una parte de Gran Tierra (Guadalupe), La Antigua, San Bartolomé, Santa Cruz, Las Vírgenes, Puerto Rico, Haití, Jamaica y Cuba.

La Barbada es una isla fuertemente plegada y llena de fallas que indican energicamente que forma parte de un campo de fracturas. Las rocas más antiguas, que se conocen en ella (soctland-beds), corresponden al aquitaniano superior; sobre ellas se encuentran en discordancia bancos silíceos de radiolarios, sobre los que reposan calcáreos coralíferos antiguos y recientes, indicando probablemente un proceso de emersión.

En Gran Tierra (de Guadalupe) se han señalado productos volcánicos calcáreos terciarios medios y recientes.

En la Antigua, las más altas cimas

son de grunstein, amigdaloides y porfido. Las diversas rocas constitutivas de la isla están dispuestas de N. W. a S. E., lo mismo que una gran falla que atraviesa el centro de la isla.

Al SW. está formada de rocas eruptivas antiguas (porfiritas y brechas volcánicas); sobre ellas reposan hacia el NE. tobas estratificadas, a las que suceden el calcáreo silíceo inferior o marino que encierra numerosos restos de conchas, entre las que figuran especies que se encuentran también en los depósitos mediterráneos de Turín (Europa) y fósiles de *auveopora dedalea*, que vive todavía en el Pacífico, en el Indico y en el Mar Rojo, mas ya no en el Atlántico. Ese calcáreo silíceo inferior está recubierto por arenas y proyecciones volcánicas, y después viene el calcáreo silíceo superior con conchas de agua dulce, y maderas silicadas, reposando sobre él nuevas tobas. Las colinas del NE. de la isla, contienen mármoles blancos o amarillos y calcáreos comunes blancos que al NE. descienden bajo el mar, dejándose ver en algunos islotes y arrecifes y que contiene fragmentos de orbitoides manteli (miocénicos). Tanto el calcáreo silíceo inferior como el calcáreo de orbitoides corresponden al aquitaniano (2ª edad miocénica), de modo que el levantamiento de esa isla es postaquitaniano; los depósitos de agua dulce corresponden al período de emersión, y el hecho de que los calcáreos miocénicos se internan fraccionados hacia el Océano, junto con la aparición de las aguas dulces que dieron origen a aquellos depósitos, parecen indicar que el período de emersión ha sido seguido de uno de sumersión (probablemente pliocénico).

En las islas de San Bartolomé, Santa Cruz y dos Vírgenes se han señalado formaciones pelíperas del mioceno inferior. Las islas Vírgenes están separadas unas de otras y de Puerto Rico por pequeñas profundidades y

están dispuestas en bandas sucesivas orientadas de EW. En el centro de la isla Santo Tomás (cerca de Coki Point) se encuentra una zona de sedimentos con *acteonela levis* y otros fósiles cretácicos, que constituyen, según parece, el eje de un anticlinal formado por dichas islas. En la parte Sur del archipiélago desde Santo Tomás y San Juan, pasando por las islas Norma y San Pedro, se extiende una zona (EW.) de rocas eruptivas (fesito with subordinate blue-beache). En la parte Norte, se extiende paralelamente una zona semejante; al N. de la isla Tórtola y parte boreal de Virgen Gorda. Entre esas dos bandas se encuentran las zonas de blue-beache asociadas a esquistos, cuarcitas y calcáreos metamorfoseados y fuertemente dislocados hacia la vertical. La Anegada, isla la más boreal de las Vírgenes, pertenece al arco exterior, mientras que la isla de Santa Cruz, al S. de ellas, ha sido considerada por algunos como el principio del arco interior o volcánico, aunque hacia el S. contiene depósitos terciarios marinos.

Las Vírgenes y la de Vieques se continúan naturalmente por Puerto Rico y están separadas unas de otras por pequeñas profundidades.

Puerto Rico está atravesado de W. a E. por la Sierra de Cayey, constituida de esquistos y asperones, recubiertos hacia el Norte por asperones y calcáreos cretácicos.

Haití está constituida de asperones y esquistos recubiertos en la parte boreal por depósitos terciarios, y parece ser una continuación de Puerto Rico por intermedio de la isla Mona. Presenta Haití tres sistemas de montañas: el de Cibao que se extiende de la península de Seibo, frente a la Mona, hasta la península de Gonaves, frente a Cuba; el de Jacmel, en el centro de la península de este nombre, hasta Barahona, al E., y el de Santiago, al N. de la isla, desde Mon-

te Cristo hasta la península de Samaná. De ellos, el punto más elevado está en los montes de Cibao, a 2,500 m. sobre el nivel del mar. La sierra más austral es la de Jacmel; corre de E. a W. y está formada de esquistos y asperones. Al N. de ella y paralelamente se extiende la gran depresión de Neiba, limitada por fallas y comprendida desde la bahía de Neiba o de Barahona hasta la bahía de Archaye o Puerto Príncipe, conteniendo la laguna de Teotega y el lago Enriqueillo o Mayagual; en esa depresión se observan asperones y esquistos recubiertos en parte por calcáreos, y parece ser esa depresión una continuación de la fosa Bartlett que del Golfo de Honduras se extiende por entre Jamaica y Cuba, siendo de notarse que la península de Jacmel parece continuarse en Jamaica. Al N. de la depresión de Neiba se extiende la sierra de Cibao, orientada de ESE. a WNW. y constituida de sienita, esquistos y asperones, y en algunos puntos se ven serpentinas, todos recubiertos hacia el N. y al S. por depósitos calcáreos. El sistema de esquistos, asperones y calcáreos es análogo al Flysch europeo. Al S. de esa sierra y cerca de Ayúa hay minas de petróleo, y al N. se extiende la depresión de La Vega, desde la bahía de Samaná hasta la de Manzanillo. Esta depresión está formada por depósitos cretáceos y terciarios y parecen ser en las partes adyacentes una continuación del sinclinal de las islas Vírgenes. Al N. de ella está la sierra de Santiago, formada de asperones y esquistos en la parte correspondiente a la península de Samaná, y de depósitos terciarios en el resto, llegando al mar con éstos, los que se sumergen bajo las flotas marinas indicando un período de sumersión post-miocénico, ya que a este período pertenecen los sedimentos marinos más recientes que se conocen en esa isla.

En frente de la península de Jacmel se encuentra Jamaica, isla cuyas principales alturas, los Montes Azules, están al SE. de ella. Estas alturas están constituidas de sienita, granito, diorita, esquistos y asperones. Hacia el NW. esas rocas están recubiertas por terrenos fosilíferos correspondientes al cretáceo medio (en parte al semoniano), con rudistas y acteonelas, paralelizados con las correspondientes a la isla de Santo Tomás (Las Vírgenes) y la de Coahuila (México.) El cretáceo medio y superior se extiende del Atlántico al Pacífico y hacia el NW. de Jamaica, los terrenos terciarios ocupan una gran extensión y en parte están plegados. El sistema de formaciones de Jamaica semejantes al Flysch, observados en otras islas, como Haití, parece indicar las relaciones geológicas con estas islas.

Enfrente de la península de Gonaive al W. se eleva la isla de Cuba. La línea divisoria de aguas considerada por algunos como continuación de los Montes de Cibao, se extiende desde el cabo Maisí, frente a Haití, hasta el cabo de San Antonio, al W. de la isla; y está formada de serpentina, asperones (análogos al del Flysch) y otras rocas, encontrándose en ella las principales minas de Cuba (cobre, hierro cromado, oro, etc.), habiendo además allí, entre Holguín y la Habana, yacimientos de asfalto y petróleo. Al N., hacia la costa, se encuentran diversos calcáreos, entre ellos algunos con orbitoides (mioceno), tierra rojiza y asperones no fosilíferos. La parte más elevada de Cuba está al SE. y es la Sierra Maestra que se extiende del cabo Maisí al cabo Cruz, y que también ha sido considerada, —con más razón—, como una continuación de la Sierra de Cibao (Haití); la Sierra Maestra se dirige hacia el WSW. y el punto más elevado (Pico Turquino) tiene cerca de 2,340 m. sobre el nivel del mar; allí

la sierra desciende bruscamente, a pico; el granito aflora en varios puntos del pie austral de la misma, mientras que la cima está recubierta de capas alternantes de asperón verde en bancos delgados (con granos de feldespatos) y esquistos negros, brecha calcáreosquistosa, y capas calcáreas poco espesas; a esa serie sigue una brecha de gran espesor, de diorita negra o de pórfido diorítico, —a veces asociada con una amigdaloides—, brecha que recibe el nombre de blue-beache, y que se encuentra también en otras islas antillanas; sobre ellas descansan los terrenos terciarios horizontales del valle del Cauto, que se extiende desde la bahía de Nipe hasta la de Manzanillo formando, al parecer, la continuación de la depresión de La Vega (Santo Domingo) y de Las Vírgenes, y prolongándose por la fosa de Yucatán. En la parte S. de la isla, al W. de Trinidad, se ven gneis, talcosquistos y calcáreos antiguos que pueden considerarse como una continuación de las rocas de las islas Pinos.

La isla Pino está constituida de mármoles grenatíferos y otras rocas dirigidas de N. a S., y que se extiende hacia el E.

Se admite que esas islas montañosas se continúan así: la Sierra Maestra (Cuba) por las islas Tortugas, Caimán y Viciosas (de constitución geológica desconocida) y los Montes Azules (Jamaica) por la Isla del Cisne (Swan), llegando la primera serie a los Montes Cockscombs (Belice) y la segunda por las islas de la Bahía (Roatán, Guanajá, etc.) a Omoa y Zacapa (Sierra del Espíritu Santo, en Guatemala), quedando separadas ambas series por la depresión de Bartlett.

III.—Arco exterior.—El arco exterior está formado de islas planas, entre las que se encuentran La Barbada, La Sombrero, La Anegada, La Natividad y Las Bahamas o Lucayas.

Todas esas islas se elevan sobre un zócalo semi-emergido de calcáreos (oligocénicos y miocénicos bien caracterizados y que comprende también a Florida (EE. UU. de N. A.) y Yucatán (México), y entre ellas hay que distinguir cuidadosamente las más antiguas de las recientes, siendo a veces muy difícil, pues los fósiles se van sucediendo de una manera continua, desapareciendo gradualmente los antiguos y aumentando del mismo modo los actuales.

La banda de formaciones con orbitoides manteli se extiende en casi todo el arco externo desde la península de Florida.

En las islas del arco exterior se encuentran numerosísimas grutas, y en ellas restos de mamíferos terrestres (como en la Anguila), que indican ciertamente un período de mayor emersión que el actual en que esas islas estuvieron unidas al continente.

Reforzando esa conclusión se encuentra el hecho de que la flora y la fauna terrestres actuales, —especialmente de caracoles terrícolas—, tiene relaciones indudables con las continentales: la de las Pequeñas Antillas hasta San Cristóbal y Antigua están relacionadas con Sud-América, y las Grandes Antillas, desde las islas Vírgenes y la Anguila, con México y Centro-América, mas no con Florida. Eso indica también que, en época no lejana, las Antillas formaron dos entidades: una, unida a Sud-América, y otra, a la América Central, separadas por el canal situado entre Antigua, San Cristóbal y Saba, por un lado; y Barbuda, San Bartolomé, San Martín, Aguila y Santa Cruz, por otro.

CAPITULO XV

Estados Unidos

No trataremos aquí de todo el territorio norte-americano sino única-

mente de la parte austral, por las relaciones que presenta en el Continente centroamericano.

Frente a Cuba y a las Bahamas, se encuentra la península de Florida, formada en gran parte de varias terrazas calcáreas.

Hacia el N. y NW. de esa península se encuentran en abundancia calcáreos con orbitoides manteli, paralelizados con el oligoceno y el aquitaniano y sobre el cual se apoyan hacia el lado del Atlántico (el E.) formaciones miocénicas media y superior que viene del W., y sobre las cuales se apoyan hacia el S. calcáreos todavía más recientes, hasta llegar a las formaciones actuales gradualmente.

Los sedimentos con los foraminíferos llamados orbitoides (lepidociclinas), de esta región, aparecen desde el principio del oligoceno (oligoceno inferior). El oligoceno superior de Florida presenta en el calcáreo de Vicksburg la curiosa asociación que indicamos en Panamá (en Vamos Vamos), de los últimos mumulitos con los lepidociclinas, terrenos atribuidos por algunos al Aquitaniano (1ª edad miocénica). En realidad, el período de orbitoides en el Continente centroamericano abarca el oligoceno inferior, el oligoceno superior y el mioceno inferior (aquitaniano y burdigaliano).

Siguiendo de Florida por la costa oceánica, hacia el N., se encuentran varias formaciones u horizontes cada vez más antiguos: la edad caroliniana (mioceno superior atlántico), la edad virginiana (mioceno medio atlántico) y la edad marilánica (mioceno inferior atlántico), indicando así un retroceso del mar de N. a S. en esas costas, en los tiempos miocénicos. Los depósitos de Cuba hasta ahora conocidos indican un retroceso de S. a N., lo que indica que el canal de Florida ha estado abierto durante esos tiempos, y, por lo tanto, que no

existió comunicación terrestre entre Florida y Las Antillas.

Posteriormente se han formado a partir de Pensacola hacia el W. depósitos de arcillas duras, oscuras, con intercalaciones de calcáreo gris (gipsíferas y ligníferas) sin otros restos orgánicos que improntas de hojas y una tortuga: es la serie del Gran Golfo (Grand Gulf Series). Algunos suponen que este depósito litoral indica una cerradura pasajera de las comunicaciones entre el Golfo de México y el Atlántico; pero los demás hechos no justifican esa hipótesis, por demás, innecesaria.

Hacia el S. de la serie del Gran Golfo reposan sedimentos más modernos llamados "Drift Sand" y "Arange Sand", sobremontados a su vez de capas marinas del grupo de Post-Hudson.

Bajos los terrenos terciarios aparecen los cretácicos; el infracretácico que se extiende hasta la parte austral de Illinois y el supracretácico que avanza hacia el N. y W., por Nuevo México, Montana, etc., hasta el Pacífico.

CAPITULO XVI

México

Después del examen estratigráfico del Continente centroamericano y regiones vecinas de Sud-América y Estados Unidos, para completar esta inspección nos falta volver a México, de cuya parte austral empezamos.

Los terrenos terciarios de los Estados Unidos se prolongan en todo o casi todo el litoral mexicano que rodea al Golfo, siendo de notarse que en México no aparecen terrenos eocénicos, y sí sólo miocénicos y pliocénicos, los que forman en el litoral mexicano una faja menos ancha que en el estadounidense.

Los terrenos cretáceos penetran desde el Golfo de México hasta la Si-

erra Madre Occidental sobrepasándola en varios puntos. En esa sierra se observa que los terrenos cretáceos reposan sobre el jurásico y éste, a su vez, hacia el E., sobre el triásico, bajo el que aparecen en Sonora algunos depósitos carboníferos que reposan sobre rocas probablemente precambrianas. Todas esas formaciones están en gran parte recubiertas por productos volcánicos antiguos y recientes, y depósitos lacustres terciarios, los que juntamente con otros hechos prueba que en estos tiempos la casi totalidad del territorio mexicano estaba ya emergido.

Los productos volcánicos antiguos tienden a encurvarse a coincidir con los depósitos volcánicos recientes, con los volcanes que se extienden del Pacífico al Atlántico, de Tepic a Tuxtla (Vera-Cruz), más o menos entre los ríos Santiago y Las Balsas.

Al Sur de esa línea volcánica se encuentra la Sierra Madre del Sur, a la cual hicimos referencia al tratar del Istmo de Tehuantepec, al empezar este bosquejo estratigráfico del Continente centroamericano.

Para concluir estos apuntamientos estratigráficos, debemos agregar que los depósitos triásicos de Sonora.—que reposan sobre el carbonífero—, se encuentran en los Estados de Puebla y Oaxaca y en la República de Honduras.

CAPITULO XVII

Síntesis e interpretación

Después de haber pasado revista a la constitución geológica de cada una de las regiones del Continente Centro-Americano y sus contornos, se impone un trabajo de síntesis y de interpretación.

Los granitos y esquistos orientales precambrianos se desarrollan en Guatemala y Honduras y en las re-

giones vecinas (de Chiapas, Belice, El Salvador y Nicaragua).

Los granitos y esquistos de dicha región han emergido hacia fines del precambriano, formando en los tiempos paleozóicos un continente o archipiélago cuyas montañas, más o menos semi-emergidas, estaban dirigidas aproximadamente al ENE., con tendencia en la región oriental, a dirigirse más o menos hacia el NE.

Los conglomerados y cantos rodados graníticos de Cerro Redondo, Jutiapa, Chapeltique, Humuya, Segovia y Tuna indican más o menos el límite austral de ese núcleo continental. El límite boreal está marcado más o menos por el asperón rojo de Chiapas y los estratos de Santa Rosa (Guatemala) y Belice, depositados en los tiempos anteriores al carbonífero superior, y con productos arrancados probablemente de ese núcleo continental sobre el que se apoyan.

Ese archipiélago o núcleo continental ha estado más o menos emergido desde el fin del arqueano hasta el cretáceo, en que casi fué cubierto del todo por las aguas, notándose en el intermedio pequeñas oscilaciones del mar. En el carbonífero superior, los depósitos calcáreos de ese tiempo, en el N. de Guatemala, y los de San Juanito al S. (Honduras), parecen indicar una trasgresión; la que fué seguida de una regresión, como lo indican los asperones y conglomerados de Todos los Santos al N., y la flora retiana de San Juanito al S.

Debemos agregar aquí una reserva respecto a la edad de los granitos de Tehuantepec y Chiapas, salvo en la parte cercana a Guatemala, en donde son precambrianos, y respecto a la edad de los granitos de los Maribios (Nicaragua), que es desconocida.

En el S. del istmo centro-americano (Costa Rica y Panamá) se considera como probable la existencia de

otro núcleo arqueano, pero eso no puede afirmarse con seguridad, pues la edad de los granitos de esa región no ha podido determinarse bien, pues falta toda la serie paleozoica y la mesozoica hasta el cretáceo.

También se considera como probable la existencia de otro núcleo continental paleozoico al N. de Sud-América, prolongado hacia el E. en el emplazamiento austral del Atlántico. Se ha supuesto que se continuaba por las Pequeñas Antillas en dicho tiempo a causa de que algunos volcanes de ella han arrojado granitos y esquistos cristalinos, lo cual no es razón suficiente, pues se desconoce la edad de esos granitos y esquistos, la que puede ser (y probablemente es) posterior al arqueano.

Los granitos y esquistos de las Grandes Antillas pertenecen a una edad no determinada aún, pues allí también falta toda la serie paleozoica y la mesozoica hasta el cretáceo o no se conoce la edad de las rocas precretácicas; pero se les considera como arqueanos a causa de su orientación con respecto a las sierras del grupo guatemalteco-salvadoreño. En efecto: de los montes de Cibao, parte la Sierra de Jacmel (Haití) continuada por los Montes Azules (Jamaica), la isla del Cisne (Swan), las islas de la Bahía, la Sierra de Omoa, Espíritu Santo, el granito del N. de Guatemala y los del S. de Atitlán y Zunil; de los mismos montes de Cibao, parte la otra serie formada por la Sierra Maestra (Cuba) y la cresta montañosa submarina indicada por el grupo de Caimán, el banco de Las Misteriosas y las islas Viciosas hasta los montes Cockscombs (Belice), separadas ambas series por la fosa de Bartlett, pudiendo agregar otra serie formada por las rocas más antiguas del W. de Cuba con los granitos cercanos a Veracruz, separada de las anteriores, por la fosa de Yucatán. Sin embargo la existencia ob-

jetiva de tales alineamientos no está exenta de controversia.

Es con el cretáceo que la historia geológica se presenta con más claridad. Durante los tiempos cretácicos los mares cubrieron casi todo el Continente Centroamericano, quedando emergidas no obstante algunas islas del núcleo arqueano guatemalteco-hondureño, y tal vez algunas partes de Cuba y Los Pinos. El pie boreal del núcleo boreal de Sud-América presenta en Colombia pruebas irrecusables de una costa estable, marcada por las *Ostrae Aquila* y *Acanthoceras Martini*. Ese núcleo continental debe haberse prolongado hacia el E., en el emplazamiento actual del Atlántico, hasta el Antiguo Continente, pues a partir del cretáceo hasta una época relativamente muy reciente, la fauna litoral de Cuba guarda indudables y continuas relaciones con la correspondiente al Mediterráneo europeo. El carácter europeo de los fósiles de las Antillas durante el cretáceo y los tiempos terciarios hasta el plioceno, indican indudablemente una o dos líneas de costa continuas o formada de islas próximas entre las dos regiones mediterráneas (la del S. de Europa y la de América).

Hacia fines del cretáceo, el mar empieza a retirarse dejando emergidas grandes porciones de los núcleos continentales, depositando en sus contornos extensos depósitos infra-terciarios, hasta el fin del mioceno se depositó en discordancia, en la costa Atlántica de Costa Rica, el plioceno, verificándose por lo tanto a fines de éste, otro levantamiento, que completó el relieve.

El hecho de existir fósiles de mamíferos terrestres en las Antillas

(Cuba, Anguila) prueba que esas islas estuvieron unidas en época relativamente reciente al continente por tierras continuas, pues de otro modo no habrían podido haber llegado a ellas dichos mamíferos.

Por otra parte, el hecho de que la fauna y la flora de las Grandes Antillas tienen afinidades con las correspondientes de Centro América (y no de Florida), y las de las Pequeñas Antillas con las de Sud-América prueba la existencia de dos entidades antillanas: una, unida a Centro América, la de las Grandes Antillas; y otra, unida a Sud-América, la de las Pequeñas. Igual división puede hacerse, aunque menos bien marcada entre la parte boreal de Centro América y la parte austral: la flora y la fauna de ésta se aproximan a las sud-americanas. En las Antillas la línea de separación entre los dos núcleos es el canal que deja a Antigua, San Cristóbal y Saba por un lado, y a Barbuda, San Bartolomé, San Martín, Aguila y Santa Cruz por el otro. En Centro América parece ser, la depresión de los grandes lagos, la depresión hondureña (Goajoca).

Debemos pues admitir que, después de estar unidas las Grandes Antillas con Centro América y las Pequeñas con la América del Sur, ha habido en época muy reciente una serie de fracturas y hundimientos que ha dado lugar a la disposición actual. Ese hecho debe haberse verificado durante el plioceno, o a fines de él.

Para concluir estos apuntes debemos agregar que la fauna abisal del Golfo de México no guarda relación con la del Atlántico sino con la del Pacífico, lo que prueba la relación íntima que hubo entre dicho Golfo y este océano.

Orígenes de San Salvador Cuzcatlán

Hoy Capital de El Salvador

Por
JORGE LARDE

Profesor del Instituto y Director del Observatorio Nacional

INTRODUCCION

I

Respecto a la fundación de San Salvador Cuzcatlán, y especialmente en lo concerniente a la fecha en que ocurrió tal suceso, el pensamiento histórico ha tenido sus fluctuaciones, según el mayor o menor grado de conocimiento que cada cual ha tenido, en cada momento dado, de la documentación histórica pertinente, directa o indirecta, y del criterio más o menos sensato que se ha usado en el análisis de esa documentación.

Cuando los historiógrafos, en la cuestión que nos ocupa no conocieron más que a Juarros ("Compendio de la Historia de Guatemala") y, por lo tanto, le siguieron más o menos fielmente, se enseñó sin discusión que la villa de San Salvador fué fundada en la Bermuda el 1º de abril de 1528 y trasladada a su actual asiento once años después, en 1539.

Mas cuando se encontró y publicó el "Libro de Actas del Ayuntamiento de Guatemala (años de 1524 a 1530)", documento original de la época y de incontrovertible valor, se vio que en

el acta del cabildo celebrado el 6 de mayo de md. XXV (1525), al tratarse del nombramiento de un nuevo regidor en vez de Diego Holguín, se dice que éste ha dejado de serlo por haberse "ido a vivir a la villa de San Salvador, de la cual es alcalde", de lo que se concluyó, con toda lógica y justísima razón, que la villa de San Salvador ya existía en mayo de 1525, y que por lo tanto, su fundación tuvo lugar antes de esa fecha.

Documentos conocidos entre nosotros posteriormente, han venido a establecer sobre nuevas bases esa misma conclusión, que San Salvador ya existía en 1525, de modo que se había cometido un error al indicar el año de 1528 como año de dicha fundación; pero estos documentos ya no eran necesarios, pues sobre el particular, el contenido de dicha acta es suficiente, claro y terminante; sobre su fecha no cabe ninguna duda, pues el año está escrito claramente en números romanos (así, "md. XXV"), y se encuentra a continuación de una acta y seguida de otra que llevan ambas indicando el mismo año de 1525 y de la misma manera (md. XXV).

Había pues, necesariamente, que

convenirse en que **la fundación de San Salvador, tuvo lugar con entera certeza, antes del 6 de mayo de 1525** y que, en consecuencia, se cometió **un error** al indicar “el año de 1528 como año de dicha fundación”.

II

Mas entonces, ¿por qué Juarros afirma con tanta certeza que San Salvador fue fundada el 1º de abril de 1528, y hasta da detalles de su fundación?

Indudablemente, —se dijo, y con mucha razón— Juarros no se ha inventado esas cosas y su relato es verdadero; lo único que ha habido es un error de año, leyéndose o escribiéndose 1528 por 1525, de modo pues, que la fecha de la fundación de San Salvador, en vez de ser “1º de abril de 1528”, es “1º de abril de 1525”.

Así quedaba resuelto satisfactoriamente el conflicto entre el testimonio de Juarros y el de mayor peso contenido en el citado “Lib. de Act. del Ay. de Guat.”

Sin embargo, hubo quienes opinaron que el error de Juarros no estaba en haber tomado el año de 1528 por el de 1525; no es un error de cifras, dijeron, es de hechos: el error debe estar en que Juarros tomó como fecha de “la fundación”, la fecha de la “traslación”. En consecuencia se dijo que **San Salvador fué fundada en la Bermuda antes de mayo de 1525 y trasladada a su actual asiento el 1º de abril de 1528.**

Pero esta interpretación está en contradicción con lo dicho por el propio Juarros, pues éste afirma, y ciertamente no por gusto ni capricho, ni por interés alguno, que **la traslación tuvo lugar once años después de la fundación**, de modo que si la traslación hubiera tenido lugar, como se supone, en 1528, la fundación habría tenido lugar once años antes, esto es, el año de 1517 ¡siete años antes de

que vinieran por primera vez los españoles, y aun antes de que Alvarado pisara el continente americano!

Los españoles ciertamente, vinieron por primera vez a la provincia de Cuzcatlán en 1524 y es absurdo, por lo tanto, suponer que dicha fundación haya tenido lugar en 1517, y por lo tanto, ateniéndonos a lo dicho por Juarros, la fecha de 1528 no corresponde a la fecha de la traslación de San Salvador de la Bermuda a su actual asiento.

En este estado de la discusión se ve claramente que **no puede admitirse que Juarros haya cometido error tomando la fecha de la traslación por fecha de la fundación**; el error, pues, está en las cifras, “en tomar 1528 por 1525”, o en otra parte...

Más adelante veremos que consta que San Salvador estaba “en la Bermuda” en 1530, y que es absurdo, por lo tanto, suponer que en 1528 haya sido trasladada a su actual asiento.

Por de pronto nos encontramos con un hecho cierto: que **San Salvador fué fundada antes de mayo de 1525**, y con una conclusión plausible: que **fué fundada el 1º de abril de 1525.**

III

Rechazada la competencia de Juarros en lo relativo a la primera fundación, a la fundación verdadera de San Salvador, los investigadores limitaron claramente el campo de sus estudios de la manera siguiente:

Por las cartas de Pedro de Alvarado y otros documentos se sabe que los conquistadores españoles llegaron por primera vez a la provincia de Cuzcatlán a principios de junio de 1524: luego, la villa de San Salvador fué fundada “después de esa fecha”.

Por el “Lib. de Act. del Ay. de Guat.” se sabe que a principios de mayo de 1525 ya existía la villa de San Salvador: luego, la villa de San Salvador fué fundada “antes de esa fecha”.

En consecuencia: **la villa de San Salvador fué fundada en una fecha comprendida “entre los primeros días de junio de 1524 y los primeros días de mayo de 1525”.**

En esto todos los que han estudiado la cuestión, siquiera un poco, han estado **completamente de acuerdo**, y la discusión se entabló cuando “dentro de esos límites” se quiso fijar dicha fecha, surgiendo tres opiniones:

a), que San Salvador fué fundada cuando los españoles vinieron por primera vez al territorio cuzcatleco, esto es, en junio de 1524;

b), que fué fundado después, a fines de 1524 o primeros días de 1525, y

c), que lo fué alrededor del 1º de abril de 1525.

La falsedad de la primera de esas tres opiniones se ha demostrado, sobre todo, por la carta de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, en que recién regresado de dicha campaña, le relata minuciosamente los hechos de ella. La carta lleva fecha 28 de julio de 1524; fue escrita en Santiago de Guatemala y se conoce con el nombre de “Carta II de Alvarado a Cortés”.

La falsedad de la segunda se ha probado por numerosos documentos, relativos en su mayor parte, a la campaña de los españoles en contra los cakchiqueles y otros pueblos sublevados en agosto de 1524, y que obligaron a los españoles a huir de Guatemala camino de México, hacia Xepau, en donde se mantuvieron “**en la defensiva**” hasta el **26 de febrero de 1525**, fecha en que se trocaron los papeles.

Y la verdad de la tercera se ha establecido sobre la exclusión de las anteriores, y varios documentos entre los que figura el “Libro de Actas del Ayuntamiento de Guatemala”.

La discusión y prueba de la anterior constituye el objeto de los primeros capítulos de esta obra.

La villa de San Salvador ha cam-

biado de asiento varias veces, y después de cada calamidad pública, especialmente con los terremotos, sus habitantes han ido a establecerse a otra parte, con intención de no volver jamás; mas pasado el peligro o la alarma, han vuelto al primitivo establecimiento. La historia de las primeras de esas mutaciones está naturalmente enlazada con la de los orígenes de San Salvador, y por tal motivo, serán tratados en los otros capítulos de esta obra, lo mismo que otras cuestiones íntimamente relacionadas con dichos orígenes.

CAPITULO I

CAMPAÑA DE 1524

No fue entonces fundada San Salvador

I

La campaña de junio y julio de 1524 al territorio actualmente llamado salvadoreño, es sin duda una de las más importantes del período de la conquista castellana: en esa expedición militar fue cuando el europeo puso por primera vez su planta en la tierra cuzcatleca; fue la primera vez en que hizo sentir aquí el poderío de su civilización superior y la primera vez que sus ojos contemplaron el fértil y hermoso llano de Quetzalcoatlán, en donde, desde hacía cinco siglos, florecía la grande, laboriosa y pacífica ciudad de Cuzcatlán y en donde poco tiempo después los codiciosos europeos iban a plantar el primer núcleo de su civilización con el nombre de San Salvador, San Salvador Cuzcatlán.

Era jefe de los conquistadores don Pedro de Alvarado, uno de los más grandes capitanes de su siglo. Háblele enviado Hernán Cortés a estas comarcas, para las cuales salió de México a fines de 1523, llegando a Guatemala el 12 de abril de 1524, en

donde organizó dicha campaña a tierras cuzcatlecas.

La importancia de esta campaña a Cuzcatlán es un hecho fuera de toda duda; mas, algunos escritores le han atribuido una mayor que la que realmente tiene, pues se ha llegado hasta afirmar y repetir con energía que en esa campaña, Alvarado fundó la **Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate** con el pueblo, hoy barrio, de Mexicanos, y la **Villa de San Salvador Cuzcatlán** con los pueblos aledaños de Ayutuxtepeque, Mexicanos, Cuzcatancingo, Aculhuaca y algo más tal vez, cuando en realidad dicha campaña "no tuvo nada de colonizadora": no fue más que "un intento de conquista", y sobre todo "un viaje de exploración".

Necesitamos, pues, al investigar los orígenes de San Salvador, tratar de esa campaña que inició ciertamente la serie de acontecimientos que determinaron la fundación de esa villa y con la que empezó la fusión de las dos razas, la europea y la americana, que dieron origen en su casi totalidad a la actual población salvadoreña.

II

Pedro de Alvarado salió de México en noviembre o diciembre de 1523, enviado, como se ha dicho, por Hernán Cortés a estas provincias.

Existe alguna duda acerca de la fecha de la partida de Alvarado: Hernán Cortés, en su carta al Emperador fechada el 15 de octubre de 1524 (llamada abreviadamente "Carta IV de Cortés"), dice que Alvarado salió de México a Guatemala el **6 de diciembre de 1523**, y esta fecha fue casi universalmente aceptada desde 1525, fecha en que fueron impresas esa carta y otras de Cortés al Emperador, salvo por Bernal Díaz del Castillo ("Historia de Nueva España") que dice haber sido la partida un día 13 y no 6. Juarros ("Hist.^a de Guat.^a"), afirma categóricamente que

Alvarado salió de México el **día 13 de noviembre de 1523**, y ante este conflicto de fechas me inclinaria a creer la indicada por Cortés, si el análisis de los hechos no demostrara que indudablemente cometió un error al escribir "diciembre" en vez de "noviembre".

En efecto: Alvarado llegó a Tehuantepec el día 12 de enero de 1524 ("Carta IV de Cortés"), y de México a Tehuantepec hay 390 leguas, que representan dos meses de camino sin descanso, pues en aquel tiempo la jornada del ejército conquistador era por término medio y casi siempre de seis leguas y media (6½ leg.), de modo que "dos meses antes del 12 de enero" da la fecha de partida **alrededor del 12 de noviembre**, lo que concuerda admirablemente con la fecha indicada por Juarros para tal suceso ("13 de noviembre"). Si se acepta la fecha de partida dada por Cortés ("6 de diciembre de 1523"), resultaría que llegó a Tehuantepec (12 de enero de 1524) en 37 días, lo que daría un recorrido diario de 10 a 11 leguas sin extras de descanso, lo que es imposible para un ejército, y especialmente en aquel tiempo.

Cortés, indudablemente, en dicha carta ha cometido un error o cuando dice que Alvarado salió de México "el 6 de diciembre de 1523"; o cuando dice que llegó a Tehuantepec "el 12 de enero de 1524", y como esta fecha es verdadera, resulta que el error está en la correspondiente a la de la partida de México, y que la fecha que debe adoptarse es precisamente la que indica Juarros (**13 de noviembre de 1523**).

Por el relato que de Uatlán hizo Pedro de Alvarado a Hernán Cortés de su expedición, carta fechada el 11 de abril de 1524, conocida con el nombre de "Carta I de Alvarado a Cortés" (impropiamente, pues ya antes había escrito otras, una de Tehuantepec y otra de Soconusco, aunque no

publicadas), consta que los conquistadores salieron de Soconusco una semana justa antes del combate en que pereció Tecum-Umán, el cual tuvo lugar el día I Ganel (Memorial cakchiquel o de Xahilá); esto es, el día sábado, 20 de febrero, de 1524. La salida de Soconusco tuvo, pues, lugar el sábado 13 de febrero, y como de Tehuantepec al Soconusco hay 240 leguas, o sea un mes de camino, resulta que el paso por Tehuantepec tuvo lugar próximamente "un mes antes del 13 de febrero", esto es, "alrededor del 13 de enero", lo que casi nos da la fecha 12 de enero dada por el propio Cortés en la referida carta.

Estando, pues, bien determinado que Alvarado pasó por Tehuantepec "el 12 de enero de 1524", y habiendo de allí a México, dos meses de camino, la fecha en que salió Alvarado de esta ciudad está indudablemente, "dos meses antes del 12 de enero", esto es, alrededor del "12 de noviembre de 1523", lo que casi nos da la fecha "13 de noviembre de 1523" dada por Juarros y que debe reputarse como la verdadera.

III

Alvarado salió de México el 13 de noviembre de 1523 con un ejército formado de 420 españoles (120 jinetes y 300 peones) y 300 indios (200 entre tlascaltecas y acolhuas y 100 mexicanos), con 160 caballos, 4 piezas de artillería, mucha pólvora y municiones (Carta IV de Cortés, y Bernal Díaz del Castillo, "Hist.^a de Nueva España", Cap^o. CLXIV).

Llegó a Tehuantepec el 12 de enero del siguiente año, de donde escribió a Alvarado participándole haber llegado bien ("Carta IV de Cortés") y el 29 de ese mes ganó a los indios la sangrienta batalla de Tonalá; llegando el 12 de febrero a Soconusco, de donde volvió a escribir Alvarado a Cortés, refiriéndole lo acontecido y los propósitos que llevaba ("Carta I de Alvarado a Cortés").

El día sábado 13 de febrero de 1524 salió de Soconusco, y el 17 de ese mes, después de las escaramuzas del 13, se dió la primera batalla en territorio hoy guatemalteco, la que tuvo lugar desde el río Zamalá hasta Zapotitlán (o Shetulul) y un poco más adelante ("Carta I de Alvarado a Cortés").

Ese día y el siguiente pasaron los españoles en Zapotitlán, el 19 durmieron en el medio de la gran cuesta que hay de allí a Quezaltenango, y el sábado 20 de febrero, día I Ganel, desde la cuesta y en el llano que le sigue se libraron varios combates sangrientos en que fueron deshechos completamente los ejércitos quichés y muerto su jefe principal, Tecum-Umán. El Quiché, la más poderosa nación indiana de Centro América, estaba vencida, mas no sometida aún. ("Carta I" citada, y "Memorial cakchiquel").

Los españoles entraron en Quezaltenango el día siguiente, y el 25 los quichés hicieron un nuevo esfuerzo en contra del ejército invasor, librándose en los llanos vecinos a esa ciudad otro combate sangriento y desastroso para los indios (Carta citada).

Alvarado se dirigió a Utlán, en donde quemó vivos a los infortunados reyes del Quiché, el día IV Cat, lunes 7 de marzo de 1524, luego les mandó quemar la ciudad, y llamó en su auxilio un ejército guatemalteco de 4,000 indios, para perseguir por los montes y barrancas a los infortunados quichés, que eran matados o reducidos a la esclavitud y herrados.

Gracias a esas medidas supremas, y sobre todo al auxilio de los guatemaltecos, Alvarado pudo conseguir de los quezaltecos y utatlecos, lo que de otro modo tal vez no hubiera conseguido: la humillación y el sometimiento, y conseguido ésto, Alvarado perdonó a los quichés por "el crimen" que habían cometido defendiendo a su patria, y puso en el trono del Qui-

ché a dos príncipes indianos, que en el fondo, más que señores, iban a ser sus instrumentos de dominación.

El día 11 de abril de ese mismo año, Alvarado escribió de Utatlán una carta a Cortés relatándole detalladamente esa expedición. De esa relación, conocida, como se ha dicho, con el nombre de "Carta I de Alvarado a Cortés" es de donde principalmente he extractado los anteriores datos. Esa carta y el Memorial cakchiquel del príncipe Xahilá, constituyen la base firme de la cronología de dicha campaña.

IV

El mismo día 11 de abril salió Alvarado de Utatlán y el siguiente llegó a la capital de sus amigos y aliados, Tecpan-Guatemala o Iximché, según consta de las dos cartas de Alvarado (la ya citada y la del 28 de julio de 1524) y del Memorial cakchiquel.

Analizando con cuidado el final de la I Carta y el principio de la II, se ve que en ésta, escrita tres meses y medio después de los sucesos, existe una confusión respecto a los mensajeros enviados a Atitlán. En la I afirma Alvarado que los de Atitlán habían matado cuatro mensajeros que de Utatlán les había enviado, y que piensa detenerse un poco en Guatemala para irlos a someter, y en la II dice les envió de Guatemala dos mensajeros que los mataron sin temor alguno, lo cual (el envío de los mensajeros) no es creíble, dado que ya le habían matado cuatro guatemaltecos que les envió desde Utatlán y habría sido una niñería volver a mandarle otros que ciertamente correrían la misma suerte. Indudablemente, muertos los primeros mensajeros, Alvarado no mandó otros, y si así lo dice en su II Carta, es por olvido de lo dicho en la I y la preocupación primordial de Alvarado de justificar su conduc-

ta y acumular culpabilidades en los indios.

Llamo la atención sobre ese punto, pues la cronología sacada sencillamente de la Carta II, llevaría a una cronología falsa, contraria a los demás documentos históricos.

El día 11 de abril, como se dijo, salió Alvarado de Utatlán, el día 12 llegó a Tecpan-Guatemala, "cinco días después de haber llegado aquí" (V. Milla, "Hist. de la Am. Central", pág. 83), el día 17, salió para Atitlán, y "al octavo de su salida de Utatlán", el 18 de abril sometió a los pueblos perilacustres (V. "Cartas I y II").

El Memorial cakchiquel, que fija perfectamente esta fecha, dice así:

"El Tunatiuh (Alvarado) consintió juntarse a los jefes en sus guerras, y los jefes le dijeron: "Oh tú, dios, nosotros tenemos dos guerras: una con los tzutuhiles (de Atitlán) y otra con Panatacat (Escuintla)". Así hablaron los jefes. Sólo cinco días después, Tunatiuh salió de la capital (de Guatemala). Entonces los tzutuhiles fueron conquistados por los castellanos. Fue el día VII Camey que los tzutuhiles fueron destruidos por los castellanos".

Ahora bien, el día VII Camey en dicho año (1524) correspondió al sábado 18 de abril.

Alvarado regresó a Guatemala, en donde pocos días después recibió homenaje de los embajadores de Atitlán, y preparó su expedición a Escuintla y Cuzcatlán, demorándose algunos días, que dedicó al amor.

Los combates que había tenido desde Tonalá hasta Atitlán, le habían destruido gran parte del ejército que trajo de México: de los 420 españoles, sólo le quedaban 250 ("Carta II de Alvarado a Cortés"), y si tenemos en cuenta que los indios morían siempre en mayor número, los 300 que trajo de México se habían reducido a mucho menos de 180.

Pero los guatemaltecos, que habían

ayudado decididamente a Alvarado para subyugar a los utatlecos, a los quetzaltecos y a los tzutuhiles, también estaban dispuestos a ayudar al conquistador en contra de los escuintlanes y cuzcatlecos, y dieron a Alvarado un ejército de 5 a 6,000 indios ("Carta II de Alvarado a Cortés").

Descansados los españoles y los caballos y reorganizado su ejército, Alvarado salió de Guatemala a Cuzcatlán allí la estación lluviosa, el día 13 de mayo de 1524, "veinticinco días" después del VII Camey (Mem. cakchiquel).

Es interesante anotar que en dicha Carta II a Cortés, Alvarado dice que salió de Guatemala a Cuzcatlán "con toda su gente de a pie y de a caballo", expresión que confirma más la tesis de que Alvarado en su tránsito por Zapotitlán, Quezaltenango, Utatlán, Atitlán y Guatemala no dejó ninguna colonia, ningún destacamento ni presidio de esclavos, como algunos han creído erróneamente.

V

En Cuzcatlán los españoles fueron derrotados, y para que se comprenda mejor la magnitud de este hecho, antes de narrar la campaña a esta provincia, conviene conocer el propósito que tenía Alvarado (y que no pudo realizar) de pasar en ella el invierno.

En la I Carta a Cortés, —que escribe de Utatlán, antes de su partida a Cuzcatlán, dice Alvarado:

"Según estoy informado tengo mucho qué hacer adelante, y a esta causa me daré prisa, por invernar cincuenta o cien leguas adelante de Guatemala".

Y en la Carta II dice que partió a Cuzcatlán "con toda su gente", que su propósito era "calar cien leguas en esta tierra y conocer los secretos de ella", y después del invierno, "regresar sometiendo a los pueblos que dejaba atrás".

Alvarado, como se ha dicho, salió

de Tecpan-Guatemala el día 13 de mayo de 1524, con su pequeño ejército, reforzado con cinco o seis mil guatemaltecos que venían a ayudarle en esa guerra injusta en contra los pipiles de Escuintla, los Izalcos y Cuzcatlán.

Después de dormir tres noches a campo raso, llegaron bajo la lluvia a Escuintla el día 16; penetraron en ella por sorpresa, degollaron a sus habitantes y dieron fuego a la ciudad. . .

Con ese horroroso crimen se inició la guerra contra los pipiles de Escuintla y Cuzcatlán.

Después de ocho días, el 24 de mayo, salió Alvarado de Escuintla y llegó a Atiépar, en donde fue bien recibido, pero cuyos habitantes huyeron a los montes ante los abusos y crueldades de los conquistadores. Ese pueblo es designado con varios nombres (Atiepac, Aquitepaz, Astepas, Aquitepa, Atiquipaque, Nextiquipaque, etc.) y parece ser el lugar llamado Nixtepeque.

El día siguiente llegó a Tacuilula, en donde sucedió lo mismo; y de donde partió a Taxisco el 26 de mayo.

El propio Alvarado relata así estos sucesos:

"Y deseando calar la tierra y saber los secretos de ella, para que su magestad fuese más servido y tuviese y señorease más tierras, determiné de partir de allí, y fuí a un pueblo que se dice Atiepar, donde fuí recibido de los señores y naturales de él, y éste es otra lengua y gente por sí (hablaban el xinca); y a puesta del sol, sin propósito ninguno remanesció despoblado y alzado, y no se halló hombre en todo él. Y porque el riñón del invierno no me tomase; y me impidiese mi camino, dejélos así, y pame de largo, llevando todo recado en mi gente y fardaje, porque mi propósito era de calar cien leguas adelante, y de camino ponerme a lo que me viniese hasta calar a ellas, y des-

pués dar la vuelta sobre ellos, y venir pacificándolos”.

“E otro día siguiente (25 de mayo) me partí, y fui a otro pueblo que se dice Tacuilula, y aquí hicieron lo mismo que los de Atiépar, que me recibieron de paz y se alzaron dende a una hora. Y de aquí me partí (el día 26) y fui a otro pueblo que se dice Taxisco, que es muy recio y de mucha gente, y fui recibido como los otros de atrás, y dormí en aquella noche, y otro día, (el 27) me partí para otro pueblo que se dice Nancendelan, muy grande”.

Es interesante notar la insistencia de Alvarado haciendo resaltar que el principal objeto de su expedición a Cuzcatlán era **el de calar la tierra cien leguas y conocer los secretos de ella**, al fin de las cuales “cien leguas adelante de Guatemala” estaba Cuzcatlán, en donde pensaba **pasar el invierno** (Carta II), y después regresar pacificando los pueblos que dejaba atrás.

VI

En Nancinta (Nancendelan) empieza el desastre del ejército español, pues en un ataque que les hicieron los indios perdieron gran parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas y el herraje que llevaban para la guerra. El propio Alvarado, en la referida Carta, relata así los sucesos.

“Y otro día (27 de mayo) me partí para otro pueblo que se dice Nancendelan, muy grande; y temiéndome de aquella gente, que no la entendía (hablaba xinca), dejé diez de caballo en la rezaga (retaguardia) y otros diez en el medio del fardaje, y seguí mi camino (a Nancinta); y podría ir dos o tres leguas del dicho pueblo de Taxisco, cuando supe que había salido gente de guerra, y que habían dado en la rezaga, en que **me mataron muchos indios de los amigos y me tomaron mucha parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas y el he-**

rraje que para la guerra llevaba, que no se les pudo resistir”.

“E luego envié a Jorge de Alvarado, mi hermano, con cuarenta o cincuenta de caballo, a buscar aquello que nos habían tomado, y halló mucha gente armada en el campo, y él peleó con ellos y los desbarató, y **ninguna cosa de lo perdido se pudo cobrar**, porque la ropa ya la habían hecho pedazos, y cada uno traía en la guerra su pampanilla de ella, y llegado a este pueblo de Nancendelan Jorge de Alvarado, se volvió porque los indios se habían alzado a la sierra”.

Nancinta queda como a tres leguas de Taxisco, de modo que el precedente relato indica que la acción tuvo lugar después de haber pasado Nancinta, pues Jorge de Alvarado, al llegar allí en su persecución a los indios, se volvió a donde le esperaba su hermano porque los indios se habían alzado a la sierra. Fácil es comprender el enojo de don Pedro de Alvarado, su deseo de castigar (a pesar de su propósito) la burla que le hicieron los indios, y su regreso a Nancinta.

“Y desde aquí (de Nancinta) torné a enviar a don Pedro a la sierra, por ver si los podía atraer al servicio de su magestad, y **nunca pudo hacer nada** por la grande espesura de los montes, y **así se volvió**; y yo les envié mensajeros indios de sus mismos naturales, con requerimientos y mandamientos, y apercibiéndolos que si no venían los haría esclavos; y con todo esto no quisieron venir, **ni los mensajeros ni ellos”.**

Más de una semana pasó Alvarado en Nancinta, sin poder recuperar nada de lo perdido, soportando la burla de los indios e impotente para reducirlos al servicio real.

VII

“E al cabo de ocho días que había que estaba en este pueblo de Nancendelan, vino un pueblo que se dice Pazaco, de paz, que estaba en el ca-

mino por donde habíamos de ir, y yo lo recibí y le dí de lo que tenía, y les rogué que fuesen buenos (que fueran sumisos)”.

“El otro día (5 de junio) de mañana me partí para este pueblo, y hallé a la entrada de él los caminos cerrados y muchas flechas hincadas; y ya que entraba al pueblo, ví que ciertos indios estaban haciendo cuartos un perro, a manera de sacrificio; y dentro en el dicho pueblo dieron una grito, y vimos multitud de gente de la tierra, y entramos por ellos, rompiendo en ellos, hasta que los echamos del pueblo, y seguimos el alcance todo lo que se pudo seguir”.

Esa fué la última resistencia que encontró Alvarado en territorio guatemalteco, pues el día siguiente, **lunes 6 de junio de 1524**, atravesó el río de Paxaco, el Paz, penetrando así los españoles **por primera vez** al territorio, hoy llamado salvadoreño, y pernoctando en el pueblo de Mochixicalanco (Mochizalco, Mojicalco, Mopizalco, etc.) que estaba en terrenos de la actual hacienda de Cara Sucia, al Sur del Departamento de Ahuachapán (y no en Nahuizalco como supone Brasseur y acepta Milla, ni mucho menos en Izalco como pretende Barberena). La distancia de Paxaco a Mochixicalanco es de 8 leguas, o sea de una jornada larga.

El día siguiente llegó a Acatepeque, pueblo situado en terrenos de la actual hacienda de Santa Catarina Acatepeque, cerca a Barra de Santiago, en el mismo departamento, a 6 o 7 leguas de Acatepeque (1 jornada) lugar de donde partió el siguiente día para Acajutla, distante 6 leguas de Acatepeque.

El relato de Alvarado es el siguiente:

“Y de allí (de Paxaco) me partí a otro pueblo que se dice Mopizalco, y fuí recibido ni más ni menos que los otros; y cuando llegué no hallé persona viva, y de aquí me partí (el 7 de

junio) a otro pueblo llamado Acatepeque, a donde no hallé a nadie, antes estaba todo despoblado”.

“E siguiendo mi propósito **que era de calar las dichas cien leguas**, me partí a otro pueblo que se dice Acaxual, donde bate la mar de Sur en él”.

VIII

Los indios de la costa de Mochixicalanco y los Izalcos habían reunido sus fuerzas a las orillas del mar, en el pueblo de Acaxutla (Acaxual, Acaxuat, Ayacayatl, Yacaxocal, etc.), y tenían por jefe al príncipe Atonal, de quien dice la leyenda haber roto de un flechazo el hueso del muslo de don Pedro de Alvarado, en la sangrienta batalla que allí tuvo lugar, y que así relata el Capitán del ejército conquistador:

“E siguiendo mi propósito que era de calar las dichas cien leguas, me partí (el 8 de junio) a otro pueblo que se dice Acaxual, donde bate la mar de Sur en él, y ya que llegaba a media legua del dicho pueblo, ví los campos llenos de gente de guerra de él, con sus plumajes y divisas, y con sus armas ofensivas y defensivas, en la mitad de un llano, que me estaban esperando, y llegué de ellos hasta un tiro de ballesta, y allí me estuve quedo hasta que acabó de llegar mi gente”.

“Y desque la tuve junta, me fuí obra de medio tiro de ballesta, hasta la gente de guerra, y en ellos no hubo ningún movimiento ni alteración a lo que yo conosci; y parecióme que estaban algo cerca de un monte, donde se me podrían acoger mandé que se retrayese toda mi gente, que éramos ciento de caballo, y ciento y cincuenta peones, y obra de cinco o seis mil indios amigos nuestros, y así, nos íbamos retrayendo, y yo me quedé en la rezaga haciendo retraer la gente, y fue tan grande el

placer que hubieron, siguiendo hasta llegar a las colas de los caballos; que las flechas que echaban pasaban en los delanteros, y todo aquesto era en un llano que para ellos ni para nosotros no había donde estropezar”.

“Ya cuando me ví retraído un cuarto de legua, a donde a cada uno le habían de valer las manos, y no el huir, dí vuelta sobre ellos con toda la gente, y rompimos por ellos; y fue tan grande el destrozo que en ellos hicimos, que en poco tiempo no había ninguno de todos los que salieron vivos, porque venían tan armados que el que caía al suelo no se podía levantar; y son sus armas coseietes de tres dedos de algodón, y hasta en los pies, y flechas y lanzas largas; y en cayendo, la gente de pie los mataba todos”.

“Aquí en este reencuentro me hirieron muchos españoles, y a mí con ellos, que me dieron un flechazo que me pasaron la pierna y entró la flecha por la silla, de la cual quedo lisiado, que me quedó una pierna más corta que la otra bien cuatro dedos; y en este pueblo me fue forzado estar cinco días por curarnos, y al cabo de ellos me partí (13 de junio) para otro pueblo llamado Tacuzcalco”.

El mismo Pedro de Alvarado, en el Escrito de Descargos, Resp. a la XXV preg., hablando de dicha batalla, agrega: “e me dieron muchas heridas de las quales estuve ocho meses muy malo, a punto de muerte, en la cama, e asy mesmo hirieron otros muchos españoles”, y Remesal, hablando de la herida que dejó cojo, a don Pedro, agrega: “de modo que para no parecerlo tanto tuvo siempre necesidad de traer debajo del pie izquierdo cuatro dedos de corcho”.

Como se ve, la batalla de Acaxutla fue sangrienta: casi todos los indios pasados por las armas, muchos españoles heridos y Alvarado (Pedro), roto de una pierna, y con una herida que, mal cuidada tal vez, lo hizo

pasar ocho meses más en cama (en hamacas y tapescos).

IX

El quinto día, un lunes 13 de junio de 1524, el ejército conquistador, marchó a Tacuzcalco, antiguo pueblo que existió aun poco después de la Independencia, y cuyas ruinas se encuentran cerca y al Sur del lugar en que hoy está Sonsonate.

El combate de Tacuzcalco fue también sangriento, y en él tuvieron un nuevo triunfo las armas españolas, según se ve por el siguiente relato del propio Alvarado:

“Y al cabo de ellos me partí (13 de junio) para otro pueblo llamado Tacuzcalco, a donde envié por corredores del campo a don Pedro (Portocarrero) y a otros compañeros, los cuales prendieron dos espías, que dijeron cómo adelante estaba mucha gente de guerra del dicho pueblo y de otros sus comarcanos, esperándonos; y para más certificar, llegaron hasta ver la dicha gente, y vieron mucha multitud de ella”.

“A la sazón llegó Gonzalo de Alvarado con cuarenta de caballo, que llevaba la delantera, porque yo venía, como he dicho, malo de la herida, y hizo cuerpo hasta tanto que llegamos todos; y llegados, recogida toda la gente, cabalgué en un caballo como pude, por mejor poder dar orden como se acometiesen, y ví que había un cuerpo de gente de guerra, toda hecha una batalla de enemigos, y envié a Gómez de Alvarado que acometiese por la mano izquierda, con veinte de caballo, y a Gonzalo de Alvarado, por la mano derecha, con treinta de caballo, y Jorge de Alvarado rompiese con todos los demás por la gente que verla de lejos era para espantar, porque tenían todos los más lanzas de treinta palmos todas enarboladas; y yo me puse en un cerro por ver bien como se hacía, y ví que

llegaron todos los españoles hasta un juego de herrón de los indios, y que ni los indios huían ni los españoles acometían; que yo estuve espantado de los indios que así osaron esperar”.

“Los españoles no los habían acometido porque pensaban que un prado que se hacía entre unos y otros era ciénaga, y después que vieron que estaba terso y bueno, rompieron por los indios, y desbaratándolos, y fueron siguiendo el alcance por pueblo mas de una legua, y aquí se hizo **muy gran matanza y castigo**; y como los pueblos de adelante vieron que en el campo los desbaratábamos, **determinaron de alzarse y dejarnos los pueblos (vacíos)**, y en este pueblo (Tacuzcalco), holgué dos días, y al cabo de ellos me partí para un pueblo que se dice Miahuaclán, y también se fueron al monte como los otros”.

X

El 16 de junio del dicho año de 1524, el ejército conquistador dejando a Miahuatlán llegó al viejo pueblo de Ateos, situado cerca de su asiento actual y al pie del Jayatepeque, y en ese punto encontró a los señores de Cuzcatlán que rendían homenaje y se declaraban vasallos de Su Majestad, entregando así su pueblo al yugo extranjero. Así lo dice Alvarado, en la citada “Carta II” y en el “Proceso de residencia”; así lo dicen también sus enemigos, así lo dicen todos, y por más que hemos buscado algo en que pudiera establecerse la negativa, nos hemos encontrado siempre ante el hecho indudable de que los españoles fueron recibidos bien en Cuzcatlán por sus señores y con respetuosas protestas de sumisión.

En la referida Carta II dice así Alvarado:

“E de aquí (Miahuaclán) me partí para otro pueblo que se dice Atehuan, y allí me enviaron los señores de Cuzcatlán sus mensajeros, para que diesen la obediencia a sus magestades y

a decir que ellos querían ser sus vasallos y ser buenos; y así la dieron a mí en su nombre, y yo los recibí pensando que no me mentirían como los otros”.

Y en el “Proceso de residencia” consta lo siguiente: que “en otro pueblo principal que se dice Coxcatlán, ques el más principal de aquella provincia, los señores e principales dél le salieron (a Pedro de Alvarado) a recibir en paz, e le tenían por los caminos muchos montones de frutas y otras cosas de comer, y llegados a dicho pueblo se aposentaron los españoles e los dichos yndios les proveían muy bien de agua, e leña, e yerba e comida, e otras cosas necesarias...”

El día siguiente de su llegada a Ateos, esto es el 17 junio de 1524, el ejército español penetró por primera vez en la ciudad de Cuzcatlán, cuyos señores, como queda dicho, recibieron de paz al conquistador y protestaron sumisión, y dieron muestras de ello, ante el temor que los extranjeros les inspiraban.

“I llegando que llegué, —dice Alvarado,— a esta ciudad de Cuzcatlán, hallé muchos indios de ella, que me recibieron, y todo el pueblo alzado, y mientras nos aposentamos, no quedó hombre de ellos en el pueblo, que todos se fueron a las sierras”.

I en el escrito de descargo (**Proc. d. resid.**), Alvarado respondiendo al XXVI, dice:

“Digo que después que entré en el dicho pueblo (Cuzcatlán) syn les hacer daño ninguno, otro día se alzaron e fueron al monte, e no parecieron”.

No se comprende por qué los indios que habían recibido bien a Alvarado, hasta el grado de darles todo cuanto necesitaban (zacate, frutas, comida, leña, etc.) se hayan alzado a los montes, dejando desierta la ciudad, cosa que habrían hecho antes de que los españoles llegaran, si sus intenciones para con éstos no hubieren sido “buenas”.

Por eso es que todos los historiadores están acordes en que aquí sucedió una de esas escenas que a cada momento daba el ejército conquistador: abusos y vejámenes de toda clase con los indios y las indias, plebeyos y princesas...

El gran historiador centroamericano José Milla, con notable criterio histórico narra así esos acontecimientos:

"Los señores de aquel país (Cuzcatlán) habían dictado sus disposiciones a fin de que todos los españoles fuesen bien recibidos de paz y encontrasen toda clase de auxilios en los pueblos de su jurisdicción. Nada les faltó desde que tocaron en los dominios cuzcatlecos: y en Atehuan se presentó a Alvarado una comisión de los señores del reino, encargada de ofrecer su obediencia y la de sus vasallos al monarca de Castilla".

"Fueron inmediatamente a la capital (Cuzcatlán), donde encontraron preparado, alojamientos y víveres en abundancia, acogiéndosele con demostraciones de amistoso respeto. Alvarado, en su relación a Cortés, agrega que el pueblo de la capital estaba alzado, y que mientras se aposentaba el ejército, se huyó sin que quedara hombre".

"No se concelía esa pretendida actitud hostil con el buen recibimiento hecho a los españoles, y más bien puede creerse que los **desafueros cometidos por éstos y por los indios auxiliares exasperaron al vecindario y fueron causa de que se retirase a los montes.** El conquistador de Guatemala, en sus relaciones a Cortés procura siempre disimular o atenuar las faltas de sus soldados y las suyas propias..."

Algo grave, doloroso, triste, hicieron allí en Cuzcatlán, los españoles en contra de los indios, para que éstos se hayan visto determinados a huir a las sierras y a tomar las armas...

Fueron recibidos bien los españoles, espléndidamente, el día 17 de junio, y el 18 estaban ya los indios en actitud guerrera, ¿por qué?, ¿qué sucedió en la noche del 17 al 18 de junio?

Una cosa sencilla, un crimen que vino a coronar otros crímenes no menores y abusos incalificables: los españoles asesinaron al señor de Cuzcatlán, a "Atlacatl", el jefe supremo, al que había tenido la debilidad de entregar a su pueblo al fiero conquistador y lo habían asesinado junto a otros señores de su reino.

Así lo dice el príncipe indiano Xahilá en el llamado "Memorial cakchiquel", y lo dice así con la tremenda sencillez de un sencillo lenguaje:

"El día 3 Venado, Atlacatl con otros señores fué matado por los castellanos.

El día 3 Venado del calendario cakchiquel correspondió precisamente al 18 de junio de 1524 de nuestro calendario juliano, entonces usado.

El asesinato de Atlacatl y los otros señores, la violación de las princesas, los ultrajes, etc., cometidos por los españoles encendieron en la población indiana la ira santa del justo, el santo coraje, del que ve atropellados sus derechos y empezó la resistencia heroica del pueblo cuzcatleco.

XI

En Cuzcatlán, el 18 de junio, dice Alvarado, no quedó hombres de ellos en el pueblo, que todos se fueron a los montes.

"E como ví ésto, —agrega Alvarado,— yo envié mis mensajeros a los señores de allí (los que se habían librado de la matanza) a decirles que no fuesen malos (¡que aceptaran el yugo español!), y que mirasen que habían dado la obediencia a su magstad, y a mí en su nombre, asegurándoles que si viniesen que yo no les iba a hacer guerra ni a tomarles lo suyo (!) sino a traerlos al servicio de

Dios Nuestro Señor y de su Magestad”.

“Enviáronme decir que no conocían a nadie, que no querían venir, que si algo les quería, que allí estaban esperando con sus armas” (¡La respuesta de Leonidas en las Termópilas!)

“E desde que ví su mal (!) propósito, les envié mandamiento y requerimiento de parte del Emperador nuestro Señor, en que les requería y mandaba que no quebrantasen las paces ni se rebelasen pues ya se había dado por vasallos; donde no que procedería contra de ellos como contra **traidores** alzados y rebelados contra el servicio de su magestad, y que les **haría guerra**, y a todos los que en ellos fuesen tomados a vida **serían esclavos y los herrarían**; y que si fuesen leales, de mí serían favorecidos y amparados, como vasallos de su magestad”.

“E a esto ni volvieron los mensajeros ni la respuesta de ellos; y como ví su dañada intención (!) y porque aquella tierra **no quedase sin castigo** envié gentes a buscarlos a los montes y a las sierras; a los cuales hallaron de guerra, y **pelearon con ellos, y hirieron españoles y indios mis amigos**”.

“I después de todo esto fué preso un principal de esta ciudad; y para más justificación se le torné a enviar con otro mí mandamiento, y respondieron **lo mismo que antes** (que los esperaban con las armas)”.

“E luego como ví esto, yo **hice proceso** contra ellos y contra los otros que me habían dado la guerra, y los llamé por pregones (!), y tampoco quisieron venir (¿)”

“E como ví su rebeldía y el proceso cerrado, los sentencí, y dí por **traidores y a pena de muerte a los señores de estas provincias**, y a todos los demás que se hubiesen tomado durante la guerra y se tomasen después, hasta en tanto que diesen la

obediencia a su magestad, **fuesen esclavos, se herrasen**, y de su valor se pagasen **once caballos** que en la conquista de ellos fueron muertos, y los que de aquí en adelante matasen, y más las otras cosas de armas y otras cosas necesarias a la dicha conquista”.

Esas palabras de Alvarado, de cualquier modo que se les interprete, dejan ver siempre la magnitud y gravedad de los sucesos que entonces tuvieron lugar en Cuzcatlán. Alvarado trata en ellos de justificar su conducta y revela su enojo en contra de los indios cuzcatlecos, y hasta cierto punto también revela su impotencia.

XII

El día que siguió al asesinato de los señores de Cuzcatlán, fue un domingo, 19 de junio de 1524, en el que entonces cayó la fiesta de la Santísima Trinidad, y fue entonces la primera misa que se dio en Cuzcatlán, oficiando en ella Juan Godines, capellán del ejército, con la asistencia de todos los españoles y más de cuatro mil indios.

Fue esa misa el día de la Trinidad de 1524, la que marca el principio del Cristianismo en estas comarcas, y es a ello que se debe probablemente el hecho de que más tarde los fundadores de San Salvador, según atestigua el P. Remesal (“Crónica de Chiapas y Guatemala”), “**todos juntos unánimes y conformes dieron advocación a la Iglesia y la dedicaron a la Santísima Trinidad, Padre, hijo y Espíritu Santo, Tres personas en una esencia divina**”.

En los días que siguieron, continuó la lucha contra los cuzcatlecos que se habían situado en las sierras y barrancas vecinas a Cuzcatlán y de donde hostilizaban a los españoles. Estos hicieron varios ataques a los cuzcatlecos ayudados de las fuerzas guatemaltecas que habían traído, pero siempre salieron perdiendo: los

indios tenían muchas fuerzas y éstas estaban bien situadas, y ante esos hechos, los españoles sintieron su impotencia para reducir a Cuzcatlán.

Alvarado desde Utatlán, como dijimos (Art. V) tenía ya el propósito de pasar el invierno en Cuzcatlán, y ese mismo propósito tenía al partir a Guatemala, de donde salió con toda su gente (Cartas I y II); pero los graves sucesos de Cuzcatlán, las grandes fuerzas de que disponían los indios, la situación ventajosa de éstos, la falta de alimentos y el temor de quedar encerrados en este país enemigo por las lluvias y los ríos, le hicieron cambiar de parecer y acordar su regreso a Guatemala, cuyos habitantes eran, como se ha dicho, sus amigos y aliados.

“Sobre estos indios de Cuzcatlán, que estuve diecisiete días, que nunca por entradas que mandé hacer, ni por mensajeros que les hice, como he dicho, los pude atraer, por la mucha espesura de los montes y grandes sierras y quebradas y otras muchas fuerzas que tenían”.

“Acordéme (estando en Cuzcatlán) volver a esta ciudad de Guatemala, y de pacificar de vuelta la tierra que atrás dejaba, y por cuanto hice y en ello trabajé (¡e hizo todo lo que pudo!) nunca les pude atraer al servicio de su magestad; porque toda esta costa del sur, por donde fui, es muy montosa, y las sierras cerca, donde tienen el acogida; así es que yo soy venido a esta ciudad por las muchas aguas, a donde, para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente, hice y edificué en nombre de su magestad una ciudad de españoles, que se dice la ciudad del Señor Santiago...”

Alvarado, pues, a pesar de sus triunfos sangrientos de Acajutla y Tacuzcalco, y a pesar de todo lo que hizo con tal fin no pudo someter a ningún pueblo de la costa, y tuvo que regresarse a Santiago de Guatemala,

sin ningún éxito y con las pérdidas y descalabros de Taxisco y Cuzcatlán.

Y sin haber fundado a San Salvador ni a la Trinidad de Sonsonate, ni nada.

XIII

Hemos dicho que se ha afirmado y repetido varias veces que en la “Campana de 1524” fueron fundadas las villas de San Salvador Cuzcatlán y la Trinidad del Zunzumat, los dos pueblos de Mexicanos y otros pueblos más, y hecho ver que el relato de dicha campana, ceñido estrictamente al relato del propio Jefe de esa campana, Alvarado, de hecho excluye dichos acontecimientos.

Esto sería suficiente para considerar como falso, enteramente falso el hecho supuesto de la fundación por Alvarado en 1524 de villas y pueblos en lo que hoy es El Salvador; más la importancia de ese hecho, de que fuere verdadero, y la necesidad de esclarecer y precisar todo lo relativo a los orígenes de San Salvador nos obliga a insistir en ello.

El referido relato de Alvarado (la II Carta a Cortés) encierra dos clases de pruebas de lo dicho: negativas y positivas.

1^a—Su silencio acerca de las fundaciones de las villas de San Salvador y la Trinidad, prueba que no las fundó, pues al escribir Alvarado a su Jefe Cortés tenía interés en referirle todo lo que hizo (y aun más, exagerar) para conquistar y colonizar, y es evidente que el acto más saliente de dicha campana habría sido el haber fundado dichas villas, o siquiera dejado destacamentos militares, y ciertamente Alvarado así lo habría dicho en su minucioso relato escrito recién llegado a Guatemala...: tenía interés en decirlo y no era posible que lo hubiera olvidado, en esa carta en que Alvarado anota día por día los sucesos, y aun cosas sin interés militar o colonizador.

2ª—Por otra parte, Alvarado al salir de Guatemala tenía la intención de pasar **todo el invierno** a cien leguas hacia Cuzcatlán, es decir, en esta provincia, y con tal propósito salió de Guatemala **con toda su gente**. Así lo dice Alvarado y repite e insiste nuevamente en que su propósito era el de calar cien leguas, y después del invierno (Carta II) regresar de la provincia de Cuzcatlán (Carta I) pacificando a la tierra que dejaba atrás (Carta I y II).

Y luego le vemos que **perdió importantes elementos de guerra** en Taxisco, que **lo hirieron gravemente** en Acajutla, que se vé **impotente** para reducir a Cuzcatlán que le destroza día a día su ejército, porque tienen los indios grandes fuerzas y bien situadas, etc., como Alvarado claramente lo dice, y luego vemos que continúa afirmando que **a pesar de sus triunfos sangrientos de Acajutla y Tacuzcalco no pudo mantener a ningún pueblo de la costa**, (Carta II), y viéndose en la necesidad de regresar a donde sus entonces amigos y aliados los guatemaltecos, **por las lluvias, la falta de alimento en país enemigo, etc.** (Carta II).

En esas circunstancias, ¿pudo Alvarado haber fundado aquí y en este país enemigo tan poderoso, las villas y pueblos que se supone? ¿Pudo haber dejado aquí destacamentos militares **sin comunicaciones** con el cuerpo principal que regresaba a Guatemala, en plena estación lluviosa (a la que temía don Pedro según dice él mismo), con ríos crecidos, sin alimentos, etc? ¿Es posible que Alvarado, uno de los más ilustres capitanes de su siglo hubiera cometido esa torpeza? Y si la hubiera cometido, ¿qué suerte esperaría a los pequeños destacamentos en frente del invicto y poderoso Cuzcatlán?

Ciertamente, reflexionando un poco, siquiera aunque sea muy poco, se ve lo absurdo que es la suposición de

que San Salvador o la Trinidad de Sonsonate haya sido fundada en esa expedición de 1524.

Alvarado, pues, llegó a Guatemala el 21 de julio de 1524 **sin haber fundado a San Salvador**, el 25 fundó a Santiago de Guatemala, (Carta II) y el 28 de ese mes escribió a Cortés la referida carta.

LA FUNDACION DE SAN SALVADOR FUE DESPUES DE JULIO DE 1524.

CAPITULO II

SUCESOS POSTERIORES A JULIO DE 1524

Todavía no fue fundada San Salvador

I

Esta conclusión ha sido aceptada de lleno por todos nuestros grandes historiadores que se han ocupado de la materia, Reyes, Luna, Barberena, Gavidia...

El doctor Alberto Luna, de grata memoria, en su bien pensado artículo intitulado "Algo sobre la fundación de la ciudad de San Salvador", publicado en 1892 en "La Universidad", publicación dirigida entonces por el doctor Francisco Martínez Suárez, uno de los más eminentes representantes de El Salvador, tuvo en mi concepto el mérito de haber fijado con claridad los términos de la discusión.

Dice así: ("La Universidad", Serie III, N° 1, pág. 12-15).

"Sabiéndose con toda certeza que Pedro de Alvarado llegó a la capital de Guatemala el **21 de julio de 1524** y que la villa de San Salvador ya estaba fundada el **6 de mayo de 1525**, natural es que los nueve meses quince días que mediaron entre aquellas dos fechas, encontraremos la que buscamos (la fecha de la fundación de San Salvador)".

Las dos fechas que marca el doc-

tor Luna entre las que debe buscarse aquélla en que tuvo lugar la fundación de San Salvador se fundan en documentos incontrovertibles: la del 21 de julio (fecha del regreso de Alvarado a Guatemala de la casi infructuosa expedición a Cuzcatlán) está dada por el Memorial cakchiquel (el del Príncipe Xahilá) y la del 6 de mayo (existencia Real de San Salvador) por el Lib. de Act. del Ay. de Guat. ya citado.

Creo conveniente transcribir íntegros a los lectores las partes de esos documentos históricos que permiten fijar esas dos "fechas límites".

II

El Memorial cakchiquel dice así:

"Era en el día I Hunahpú (12 de abril de 1524) cuando los castellanos llegaron a Iximché con su jefe Tunatiuh. La gente salió a encontrar a Tunatiuh con los jefes Belehe Cat y Cahí Imox. Bueno fue el corazón de Tunatiuh cuando entró a la ciudad con los jefes. No hubo lucha y Tunatiuh regocijábase cuando él entró a Iximché. Así entraron los castellanos de allende. Oh mis hijos, pero fue una cosa feroz cuando ellos entraron; sus caras eran extrañas y los jefes les tomaron a ellos por dioses. Nosotros, aun nosotros, vuestro padre, les vimos cuando ellos por vez primera pusieron pie en Iximché en el palacio de Tzupan donde Tunatiuh durmió. El jefe se adelantó y verdaderamente luchó él contra los guerreros; él vino de su estancia y llamó a los dictadores: ¿Por qué, les dijo, queréis hacerme la guerra, cuando yo no os la he hecho, pudiendo hacéroslo?—De ningún modo, Señor, contestaron los afligidos príncipes; si así fuese, ¿por qué habrían muerto tantos guerreros cuyas tumbas habéis visto vos mismo allá en los bosques, a donde se han llevado sus cadáveres?—Así replicaron los jefes, y él fue a la casa del jefe Chiebal".

"El Tunatiuh consintió juntarse a los jefes en sus guerras y los jefes le dijeron a él: "Oh tú, Dios, nosotros tenemos dos guerras: una con los Tzutuhiles, una en Panatacat". Así hablaron los jefes. Sólo 5 días después, Tunatiuh salió de la capital. Entonces los tzutuhiles fueron conquistados por los castellanos. Fue en el día 7 Camey (18 de abril) que los tzutuhiles fueron destruidos por los castellanos".

"Veinte y cinco días después (el 13 de mayo) Tunatiuh salió de la capital para Cuzcatlán yendo allá para destruir a Atlacat. El día 3 Queh (18 de junio) Atlacat fue muerto por los castellanos, con todos sus guerreros. Allá fueron con Tunatiuh todos sus mexicanos a esta batalla".

"El día 10 Hanahpú (21 de julio de 1524) volvió de Cuzcatlán (a Tecpan-Guatemala)".

III

El Acta del Cab. de Santiago de Guatemala del 6 de mayo de 1525 md. XXV, dice así:

"Este dicho día el señor Capitán General Pedro de Alvarado dijo: que por cuanto él en nombre de sus magestades, ha hecho elección en esta cibdad de alcaldes é regidores, entre los cuales eligió por regidor a Diego Holguín, el cual se fue desta cibdad a vivir y permanecer en la villa de San Salvador de la cual es Alcalde, é al presente no hay aquí más de un regidor. Y porque hay necesidad de proveer algunas cosas complideras al servicio de sus magestades y a la buena gobernación é regimiento desta cibdad, é á cabsa de no haber aquí más de un regidor no se puede tener cabildo. Por tanto, que él en el dicho nombre, en lugar del dicho Diego Holguín elegía é nombraba por regidor desta dicha cibdad, a Francisco de Arévalo, el cual lo aceptó, y el dicho Sr. Capitán recibió dél el juramento é solemnidad que en tal caso se

requería, testigos Baltasar de Mendoza y Hernando de Alvarado”.

“Este dicho día, é mes é año susodichos, se juntaron en el cabildo el dicho Sr. Capitán General, y los señores Baltasar de Mendoza, alcalde ordinario, y Hernando de Alvarado é Francisco de Arévalo regidores, é proveyeron lo siguiente:

“Que un puerco en pie de treynta areldes y dende arriba se venda en veynte pesos de oro, y de veynte é cinco arriba diez y seis pesos de oro y que no lleven más, so pena de perdidos los puercos que ansi vendieren, y de cient pesos de oro para la cámara é fisco de sus magestades”.

“Este dicho día se pregonó lo susodicho públicamente en esta cibdad, testigos Pedro Ximénez, y Gaspar Arias, y Gonzalo de Solis y mucha copia de gente”.

IV

En vista de esos documentos, creo que no puede ponerse en duda por nadie de que San Salvador fue fundado, como dice el doctor Luna, entre el 21 de julio de 1524 y el 6 de mayo de 1525.

La Real Academia Salvadoreña de la Historia, correspondiente de la de Madrid, en una consulta del Supremo Gobierno resolvió contestar que “San Salvador debió ser fundada dentro de un período de tiempo que abarca desde la finalización del invierno en 1524 al 6 de mayo de 1525”.

Como se ve, todos están acordes sobre la tesis del doctor Luna, incluso la Real Academia Salvadoreña de la Historia, salvo dos de sus miembros (Castañeda y Belloso), que siguiendo textualmente a Juarros creen que la fundación no tuvo lugar sino hasta 1528.

Los fundamentos en que descanza la dicha resolución de la Real Academia Salvadoreña de la Historia, según publicación del Presidente de ella, en “El Día” del 7 de marzo de

1925, son los siguientes párrafos de Milla, Barberena y Luna:

“I.—Hay también muchas probabilidades, aunque no entera certeza, de que en ese mismo año de 1525, emprendieron los españoles una segunda expedición a Cuzcatlán, la que tuvo mejor éxito que la de Alvarado, verificada el año anterior. Verdad es que Juarros y otros escritores suponen que la fundación de San Salvador tuvo lugar hasta el año de 1528; pero las antiguas actas municipales de Guatemala, que no sabemos como escaparon en este punto a la diligente observación de aquel escritor, hacen ver sin la menor duda que en el mes de mayo de 1525 existía ya una villa de San Salvador, de la cual era Alcalde Diego Holguin. (Libro de Actas del Ayuntamiento de Guatemala, sesión del 6 de mayo de MDXXV). Es, pues, probable que en principio del año citado haya tenido lugar la conquista de aquella provincia, comenzada por Pedro de Alvarado en el anterior, y la fundación de su capital.—(José Milla)”.

“El mismo historiador, confirma la fundación de la ciudad de “La Bermuda” con estas dos autoridades:

“El cronista Fr. Francisco Vásquez, que residió algún tiempo en la ciudad de San Salvador, dice haber venido a la vista los papeles antiguos de su Ayuntamiento, refiere que la población se fundó primitivamente en el sitio de “La Bermuda”, donde estuvo algunos años, que el citado escritor cree no llegarían a veinte”.

“Brasseur de Bourbourg citando un manuscrito que se intitulaba “Tratado de la fundación del Convento de Dominicos de San Salvador”, dice que la ciudad se fundó primitivamente a diez leguas de Cuzcatlán, en el valle de Xuchitoto, donde permaneció muchos años”.

“A fines de 1524 o a principios de 1525 es más que probable hayan emprendido los españoles una segunda

expedición a Cuzcatlán que tuvo mejor éxito que la primera, pues existe prueba fehaciente de que ya en mayo de 1525 existía la villa de San Salvador. Desgraciadamente, no se conocen los detalles de esta segunda expedición, de cuya realidad no dudaba el P. Ximénez y el señor Milla.—**Barberena**".

"II.—Por el Libro de Actas del Ayuntamiento de Guatemala, correspondiente a los años de 1525 a 1530, palografiado por D. Rafael Arévalo e impreso en Guatemala por D. Luciano Luna, en 1856 sabemos que en el mes de mayo de 1525 existía ya la villa de San Salvador de la que era Alcalde Diego Holguín".

"Poco tiempo permaneció la población en el sitio "La Bermuda", porque pronto se reconoció que era un lugar sumamente perseguido por los rayos, por lo cual fue trasladada al lugar que hoy ocupa.—**Barberena**".

"III.—El P. Motolinia vino a San Salvador cuando todavía estaba en la Bermuda y cuenta como cosa notable que allí "son los truenos muy desaforados y espantosos, tanto que pone grima y muy gran temor morar en aquella villa".

"Scherzer asevera la traslación de la Bermuda".

"Aun subsisten en la Bermuda los restos, **rafiros**, como dice el P. Vásquez en su famosa Crónica, que indican claramente que allí estuvo asentada la población.—**Barberena**".

"IV.—De la villa de San Salvador se hicieron dos fundaciones en épocas diferentes, la una hecha por nuestro verdadero conquistador Don Diego de Alvarado en el valle de la Bermuda; y la segunda fundada o mejor-dicho, trasladada en el lugar en que actualmente está por Jorge de Alvarado el 1º de Abril del año 1528. Esta segunda fundación de la villa de San Salvador al pie del volcán del mismo nombre, la hizo Jorge con los habitantes del pueblo que algunos años

antes había ya fundado su hermano Diego en el valle de la Bermuda. Si el ilustrado historiador Juarros y el cronista Vásquez no mencionaron en sus obras la primera fundación, sólo fue porque estos autores carecieron de los documentos auténticos que hoy por fortuna nosotros conocemos: y por último, que si alguna duda cabe en sus verídicas relaciones, se puede aclarar fácilmente, sabiendo como muy bien se sabe, que el valle de La Bermuda no está situado entre San Jacinto y Mejicanos".

"Y como quiera que la fundación de 1º de Abril de 1528 está fuera de cuestión como lo demuestran todos los historiadores de primera y segunda mano, cúmplenos por el momento, ocuparnos solamente en la primera".

"Dos documentos auténticos existen sobre la primera fundación. Consiste el uno, en el acta Municipal de Guatemala de 6 de mayo de 1525; y el otro en un antiguo manuscrito que imprimí y dí a conocer en el número 3 del tomo 3º del Repertorio Salvadoreño, correspondiente al mes de septiembre de 1889".

"Estudiando atentamente aquellos documentos se conoce que a principios del año de 1525 existía ya la mencionada villa y que Diego de Alvarado fue su fundador".—**Alberto Luna**.

Hasta allí, toda la opinión y todo el fundamento de la opinión de la Real Academia Salvadoreña de la Historia, por lo que se ve que todo se reduce en el fondo a la opinión del **Dr. Luna**.

V

Concretado así el debate, hay que buscar "la fecha de la fundación de San Salvador" entre el 21 de julio de 1524 y el 6 de mayo de 1525.

Para fijar dicha fecha entre estos límites, el Dr. Luna se apoya en primer término "en la imposibilidad en que estaban los españoles de venir

nuevamente a Cuzcatlán en los meses de la estación lluviosa que siguieron a julio de 1524", y en segundo lugar en "la gran actividad de Alvarado". Con lo primero se demuestra que los españoles salieron "después de finalizar el mes de septiembre", y con lo segundo, que salieron "inmediatamente después".

El doctor Luna razona así:

"Para poder caminar, pues, hacia estas comarcas (las de Cuzcatlán), fue preciso, sin duda alguna, esperar lo más tarde el mes de noviembre en que estos riesgos (los de las lluvias y las inundaciones) desaparecen, porque no aparece ni aun como verosímil, que el adelantado, cuyo carácter esencial lo constituía una acción invasora y dominante, haya tenido por más tiempo avandonada por más tiempo su interrumpida conquista, habiendo recibido a principios de octubre un socorro de españoles descansados".

Ciertamente, el doctor Luna tiene razón al afirmar que los españoles no salieron a una nueva expedición a Cuzcatlán sino después de la estación lluviosa de 1524, esto es, después del 15 de octubre, fecha en que prácticamente empieza a concluir esa estación entre nosotros, pero sus conjeturas fundadas en el "carácter esencial" de Alvarado, "constituído de una acción invasora dominante" y en el hecho, ciertamente falso, "de que recibió" refuerzos "a principios de octubre", están en contra de la documentación histórica, y por lo tanto, si podemos afirmar con certeza que la segunda expedición a Cuzcatlán tuvo lugar "después de octubre de 1524", no podemos decir del mismo modo (ni con certeza ni con verdad) que esa expedición haya salido "inmediatamente después".

El doctor Luna, cuando escribió el artículo a que nos referimos no conocía las Cartas de Alvarado a Cortés, y eso explica en parte las dificultades

con que ha tropezado en ese tan interesante trabajo, en el que ha tenido que recurrir a conjeturas más o menos racionales, pero que no pasan de ser conjeturas, aceptables solamente a falta de mejores datos.

El razonamiento del doctor Luna, en su segunda parte, supone que dada la gran actividad de Alvarado éste ordenó una inmediata campaña a Cuzcatlán al finalizar la estación de las lluvias.

Pero si nuestro estimado amigo hubiera conocido dicha carta, habría visto con toda claridad que el 28 de julio de 1524 (fecha de la carta) Alvarado ardía en deseos no de regresar a Cuzcatlán, sino de ir a Tlapalán.

VI

Sobre esa cuestión dice así Alvarado (Carta II a Cortés):

"Pasados estos dos meses que me quedan (agosto y septiembre), que son los más recios de todos (los de la estación lluviosa) saldré de esta ciudad (Santiago de Guatemala) en demanda de la provincia de Tlapala, que está a quince jornadas de aquí, la tierra adentro, y que según soy informado es la ciudad tan grande como esa de México, y de grandes edificios, y de cal y canto y azoteas; y sin esa hay otras muchas, y cuatro o cinco de ellas han venido aquí a dar la obediencia a su magestad, y dicen que una de ellas tiene treinta mil vecinos, etc."

Fácil es comprender la excitación de Alvarado ante tales informes y el motivo por el cual al concluir el invierno pensaba ya no en volver a Cuzcatlán sino dirigirse a la provincia de Tlapala, de cuyas riquezas tenía tan maravillosos informes.

Y nadie podrá dudar que para acometer semejante empresa, contra una ciudad tan grande como la de México y otras de gran importancia y poderío, Alvarado no pensó en dividir

sus fuerzas, enviando una parte al entonces invicto Cuzcatlán y otra a Tlapala.

Fundados en dicha Carta II de Alvarado a Cortés podemos, pues, establecer que “la prodigiosa actividad de Alvarado” al concluirse el invierno se iba a dirigir no a Cuzcatlán, como supuso el doctor Luna, sino a Tlapala.

Eso bastaría para invalidar las conjeturas del doctor Luna respecto a la salida de la segunda expedición a Cuzcatlán a principios de la estación seca; pero hay todavía otras observaciones que hacer, entre las cuales están las siguientes: 1ª, que el doctor Luna en su razonamiento comete un anacronismo, pues dice que Alvarado “recibió a principios de octubre un socorro de españoles descansados”, cuando en realidad ese socorro “salió de México en esa fecha y llegó a Guatemala meses después”; y 2ª, que el doctor Luna no toma en cuenta la sublevación indiana iniciada por los cakchiqueles el día VII Tecolote (26 de agosto de 1524), que fue la más formidable de todas las de estos países y que por poco pone fin a todos los conquistadores, sublevación que éstos no pudieron debelar, y eso a medias, sino hasta febrero del año siguiente (1525), a lo que podemos agregar que durante ese tiempo Alvarado estaba herido gravemente en cama y en paso de muerte.

Eso nos hace ver con claridad la imposibilidad en que estuvieron los españoles para organizar la segunda campaña a Cuzcatlán antes de febrero de 1525, y por lo tanto, LA IMPOSIBILIDAD DE QUE SAN SALVADOR HAYA SIDO FUNDADA ANTES DE FEBRERO DE 1525.

VII

Sobre aquellas bases transcritas, el doctor Luna concluye de este modo:

“Y así cabe inferir con rigurosa

lógica (!) que Diego de Alvarado salió de Guatemala a principios de noviembre de 1524 (principios de la estación seca), y que, contando con las dificultades del terreno, con la circunspección que no podía olvidar en una tierra desconocida y con los altos que hizo en algunos pueblos que encontró al paso, llegó a Suchitoto el 6 de diciembre (!), y que en los veinticinco días subsiguientes fundó en el valle La Bermuda la villa de San Salvador”.

Lo que hemos dicho basta para hacer ver que los españoles no pudieron salir de Guatemala sino a fines o después de febrero de 1525, y en este caso, ese razonamiento del doctor Luna nos lleva a la conclusión de que LA FUNDACION DE SAN SALVADOR TUVO LUGAR EN LOS PRIMEROS DIAS DE ABRIL DE 1525.

La importancia de esta conclusión y la necesidad de precisar con mayor exactitud el hecho que nos ocupa, nos obliga a insistir sobre las pruebas.

VIII

Hemos visto que Alvarado, al escribir a Cortés de Santiago de Guatemala, el 28 de julio 1524, a su regreso de la primera expedición a Cuzcatlán, tenía el propósito de permanecer en dicha ciudad durante los meses de agosto y septiembre y esperar en ella la conclusión de las lluvias para emprender una nueva campaña, no a Cuzcatlán sino a Tlapala.

Estando Tlapala a 15 jornadas de Guatemala, según dice el propio Alvarado, resulta que la expedición a ella habría tardado en sólo ir y venir un mes cabal, de modo que la campaña total, con todas las entretenciones, no pudo durar menos de mes y medio. Ahora bien, terminando la estación lluviosa en 15 de octubre, tenemos que la expedición a Tlapala había terminado hacia principios de diciembre y la segunda expedición a

Cuzcatlán no pudo salir antes de este mes, lo que nos lleva a la conclusión que **San Salvador no pudo ser fundada en 1524, sino después, en 1525.**

Eso en el supuesto de que los propósitos de Alvarado se hubieran realizado; pero antes de que concluyera el invierno, antes de que pasaran los "dos meses" de que habla Alvarado, los españoles por él capitaneados fueron **arrojados de Guatemala** por los cakchiqueles, o si se prefiere, **obligados a retirarse** camino a México, hacia Xepau (Olintepeque).

Ya en el Art. 11 de este capítulo he transcrito la parte del Memorial cakchiquel que permite fijar el regreso de Alvarado a Guatemala, el día 21 de junio de 1524 de la primera expedición a Cuzcatlán, y ahora transcribo la continuación de dicho relato, en la parte que se refiere a la rebelación cakchiquel en contra del odioso yugo de los extranjeros, de esos extranjeros a quienes ellos mismos habían ayudado a someter a los quichés y tzutuhiles, y a quienes habían ayudado también en su infructuoso intento de conquistar a Cuzcatlán, el núcleo pipil que había sido entre todos los pueblos indianos el primero en la paz y que en los tiempos de prueba supo también ser el primero en la guerra.

IX

El referido Memorial cakchiquel dice así:

"Entonces Tunatiuh empezó a pedir dinero a los jefes. El deseaba que ellos le dieran vasijas llenas de metales preciosos y aun sus copas de beber y sus coronas. No recibiendo nada, Tunatiuh se puso enojado y dijo a los jefes: "¿Por qué no me han dado Uds. el oro? Si Uds. no me traen el precioso metal de todos sus pueblos, escojan entonces, porque yo os quemaré vivos y os colgaré".—Así habló él a los jefes".

"Entonces Tunatiuh cogió de tres

de ellos los ornamentos de oro que llevaban en sus orejas. Los jefes sufrieron enormemente de esta violencia y lloraron ante él. Pero Tuniatuh no se preocupó y dijo: "Yo os digo que quiero el oro aquí dentro de cinco días. ¡Ay de vosotros si no lo traéis! ¡Yo conozco mi corazón!" Así dijo él a los jefes. La palabra fué entonces dada. Los jefes juntaron todos sus metales, los de los padres y los de los hijos del rey, y todo lo que los jefes pudieron conseguir de la gente".

"Mientras ellos estaban recogiendo el oro para Tunatiuh, un sacerdote del demonio se mostró: "Yo soy el rayo, yo destruiré a los castellanos." Así dijo a los jefes. "Yo voy a destruirlos por fuego. Cuando yo golpee el tambor dejad a los jefes adelantarse e ir al otro lado del río. Esto haré en el día 7 **Ahmak**" (26 de agosto). Así habló este sacerdote del demonio a los jefes. Verdaderamente los jefes pensaron que ellos debían confiar en las palabras de este hombre. Fué cuando ellos estaban colectando el oro, que nosotros fuimos".

"El día 7 **Ahmak** (26 de agosto) era el designado. Ellos desertaron la ciudad de Iximché a causa del sacerdote del demonio, y los jefes la dejaron: "Si, verdaderamente, Tunatiuh debe morir", dijeron ellos. "No hay más que guerrear en el corazón de Tunatiuh; ahora se regocija en el oro que le hemos dado. Así fue cómo nuestra ciudad fué abandonada en el día 7 **Ahmak** a causa de un sacerdote del demonio. ¡Oh hijos míos!".

"Pero lo que los jefes hicieron fué pronto sabido por Tunatiuh. Diez días después (5 de septiembre) de que nosotros habíamos dejado la ciudad, la guerra fué empezada por Tunatiuh. En el día 5 **Camey** (5 de septiembre) empezó nuestra destrucción. Entonces empezó nuestra miseria. Nosotros nos ocultamos en las selvas; todas nuestras ciudades fue-

ron tomadas, ¡oh mis hijos! Fuimos nosotros degollados por Tunatiuh. Los castellanos entraron en la ciudad y ellos llegaron lo mismo que a un desierto. Desde aquel tiempo los castellanos fueron odiados por los Cakchiqueles. Estos hicieron trincheras, abrieron hoyos, para que los caballos pudieran ser matados y la guerra fué declarada por sus hombres. Muchos hombres de los castellanos fueron muertos y muchos caballos matados en los hoyos. Los Quichés y Tzutuhtiles fueron destruidos y todos sus poblados arruinados por los Cakchiqueles. Solamente a esos dejaron vivir los castellanos y sólo a esos se les permitió vivir por los poblados. 180 días después de la deserción de la ciudad de Iximché se cumplió el año noveno”.

“En el día 2 Ah (19 febrero) se cumplió 9 años después de la revuelta”.

“Durante el décimo año, (que empezó el 19 de febrero) la guerra continuó con los castellanos. Pero los castellanos, habiendo recibido ayuda en este décimo año en Xepau, siguieron la guerra con tanto vigor que destruyeron las fuerzas de la nación”.

X

La importancia de ese documento de la época a pesar de la sencillez de su relato, —sencillez acostumbrada siempre por el príncipe Xahilá,— es extremadamente grande, pues nos revela en parte no pequeña, la difícil situación de los españoles que se vieron obligados a salir del territorio cakchiquel, como dicen todos los historiadores, y tomar camino de regreso, a refugiarse en tierra de los Quichés, en Olinstepeque (Xepau) alejándose así de Cuzcatlán y dejando entre esta invicta ciudad y el nuevo asiento de Santiago (en Xepau u Olinstepeque) a todos los pueblos cakchiqueles, pipiles, pocomanes, panatlacatles, etc., en armas y coaligados en contra de los españoles.

Evidentemente esas circunstancias no eran las propicias para hacer una segunda expedición a Cuzcatlán, ni fundar, por lo tanto, a San Salvador, y en consecuencia, con entera certeza podemos decir que esta villa no fue fundada sino después de haber reducido a los cakchiqueles y demás pueblos aliados, siquiera al estado de defensiva.

Ya hemos visto que el ejército de Alvarado había perdido en su venida a Cuzcatlán, cerca de 200 europeos, y en la guerra contra los cakchiqueles murieron muchos otros españoles, y esto permite comprender por qué los españoles desde septiembre se vieron obligados a retirarse y mantenerse a la defensiva o a débiles ofensivas.

Por otra parte, Pedro de Alvarado no podía en esa época desplegar sus energías, pues estaba en cama (tapasco o hamaca), con fiebre y a paso de muerte, por la herida que recibió en Acajutla el 13 de junio de ese año (1524) y de la cual no se repuso sino hasta febrero de 1525 (“ocho meses después”) quedando cojo para toda su vida. (Cap. I, Art. VI).

La aflictiva situación del ejército español ante la formidable sublevación indiana no podía ser mayor; los alimentos escaseaban y adquirieron precios fabulosos, la vida civil de Santiago de Guatemala quedó suspensa, pues todo lo absorbían las actividades militares, y el cabildo de esa ciudad no pudo reunirse sino hasta “el 12 de diciembre” (Lib. de actas, etc., págs.—8—10).

La conclusión que se impone con toda fuerza es que, en los últimos meses de 1524 los españoles estuvieron en tan difícil situación que no pudieron haber siquiera ni pensado en dividir sus escasas fuerzas para hacer nuevas expediciones, cuando en frente tenían las formidables fuerzas de (cakchiqueles y tribus aliadas). Ciertamente es, en particular, que entonces los españoles no pudie-

ron iniciar una nueva campaña a Cuzcatlán (hasta entonces victorioso y fuerte como confiesa Alvarado, Carta II cit.) a través de los cakchiqueles (que estaban sublevados y fuertes), y mucho menos en dividirse para ir unos a fundar una villa (San Salvador) en tierras cuzcatlecas: tenían que atender primero a sus enemigos poderosos e inmediatos, y después pensar en lo demás.

La villa de San Salvador, pues, no fue fundada en ningún mes de 1524, sino después, en 1525, y antes del 6 de mayo de este año, como se vió en Art. III de este capítulo.

XI

La difícil situación en que se encontraban los españoles en Xepau (Olintepeque) a fines de 1524 vino a ser aliviada por un refuerzo de españoles que le envió Cortés a Guatemala en la primera mitad de octubre de dicho año, y con los cuales Alvarado pudo iniciar una ofensiva vigorosa en contra los cakchiqueles y sus aliados, y quedar con ella libre para nuevas empresas.

Respecto de ese hecho, el gran historiador centroamericano don José Milla (Hist. de la Ame. Centr.), dice lo siguiente:

"Allá (en Xepáu) recibió Alvarado, a fines del año 1524 o principios del siguiente (1525), un refuerzo de doscientos (200) soldados españoles que le envió Cortés poco antes de emprender su marcha a Honduras".

"Con ese refuerzo, Alvarado continuó haciendo la guerra de exterminio a los cakchiqueles y a otras tribus que, siguiendo su ejemplo, habían aprovechado la oportunidad para procurar sacudir el yugo de los extranjeros. En aquella campaña murieron muchos españoles y perdieron también considerable número de caballos, lo que se consideraba tan grave casi como la muerte de un soldado".

La salida de Cortés de México a

Honduras tuvo lugar, como es bien sabido, el 12 de octubre de 1524 (Carta V de Cortés al Emperador) y la salida de dichos refuerzos de México a Guatemala tuvo lugar, poco antes, a principios de octubre.

Ahora bien, hemos visto (Cap. I, Art. II) que de México a Guatemala un ejército casi sin detenerse tardaba un poco más de tres meses de marcha, y por lo tanto, el ejército que salió a principios de octubre de México no pudo estar en Xepau sino a mediados de enero de 1525.—Hay de México a Olintepeque 650 leguas y un ejército (especialmente más en las condiciones en que entonces marchaba) tenía que hacer jornadas que casi nunca llegaban ni a 7 leguas.

El príncipe Xahilá da la fecha 24 de febrero de 1525 para el principio de la destrucción de los pueblos cakchiqueles, lo que concuerda bien con los datos que dejamos apuntados.

Resumiendo la cronología de estos acontecimientos tenemos que el cabildo de Santiago de Guatemala, establecido en Xepau a causa de la sublevación cakchiquel, no pudo reunirse sino hasta el 12 de diciembre de 1524, para tomar medidas extraordinarias por el excesivo precio de los alimentos; que al rededor del 15 de enero de 1525 los españoles recibieron los refuerzos que de México les envió Cortés; que Alvarado estuvo a paso de muerte, en cama hasta al rededor del 13 de febrero de 1525, y que los cakchiqueles y sus aliados no fueron dominados sino hacia el 24 de febrero de ese mismo año (1525).

La lucha intensa contra los cakchiqueles y sus aliados duró desde mediados de enero hasta fines de febrero, y lo encarnizado de la lucha, el odio de los cakchiqueles hacia los conquistadores y el de éstos, heridos en su orgullo, en contra aquéllos que los lanzaron un día de su territorio matándoles hombres y caballos, hacen imposible por ese tiempo una

segunda campaña hacia aquel Cuzcatlán, ante quien se habían estrellado las fuerzas todas de Alvarado comandadas por éste, uno de los más grandes capitanes de su siglo.

La segunda campaña a Cuzcatlán, y por lo tanto, la fundación de San Salvador, tuvo lugar después de febrero (día 24) de 1525.

Y como el 6 de mayo de 1525 ya existía San Salvador, según he demostrado (Cap. II, Art. III), resulta la siguiente conclusión:

Que la fecha de la fundación de San Salvador queda así fijada ENTRE EL 24 DE FEBRERO Y EL 6 DE MAYO DE 1525.

El promedio entre los días de estas dos fechas nos da el resultado de que la fundación de San Salvador tuvo lugar al rededor DEL DIA 1º de abril de 1525 (36 días después del 24 de febrero y 36 días antes del 6 de mayo.)

CAPITULO III

FUNDACION DE SAN SALVADOR CUZCATLAN

Sucesos de 1525

I

Hemos visto que Alvarado ni ninguno de sus capitanes pudo haber salido de Santiago de Guatemala, en una segunda campaña a Cuzcatlán antes de los últimos días de febrero de 1525, y como ya existía San Salvador a principios de mayo de ese año, preciso es concluir que la segunda campaña a Cuzcatlán tuvo lugar entre esos dos meses, "en marzo y abril de 1525", habiéndose fundado dicha villa, como hice ver, entre estos otros dos meses, esto es, alrededor del 1º de abril.

Todos los historiadores han considerado esta campaña a Cuzcatlán a principios de 1525 como un hecho muy probable, y ahora vemos que no

es sólo probable, sino un hecho históricamente cierto. Por demás hay un documento histórico que lo afirma claramente, y es la *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, en la cual Vásquez dice así:

"Por el año de 1526, volviendo el Adelantado, Gobernador y Capitán de estas provincias, don Pedro de Alvarado, halló de guerra a la provincia de Cuzcatlán, habiendo sido ésta conquistada y reducida el año antecedente (esto es, en 1525)".

En el acta que he transcrito (Cap. 11) de la sesión del Cabildo de Guatemala, celebrado el 6 de mayo de 1525, se ve que Alvarado se lamenta de que no puede reunirse el Cabildo a causa de la falta de un regidor, Diego Holguín, que se ha ido "a vivir y permanecer en la villa de San Salvador, de la cual es alcalde", lo cual supone que hacía un tiempo relativamente largo que San Salvador estaba fundado, y por lo menos, el suficiente para tener noticias de que lo estaba y de que Holguín había tomado su cargo. Esto nos lleva a la conclusión de que la fundación de San Salvador tuvo lugar por lo menos un mes antes del 6 de mayo de 1525, esto es, antes del 6 de abril de ese año, lo que nos da como fecha, al menos aproximada para la fundación de San Salvador, la ya indicada: 1º de abril de 1525.

Por otra parte consta que Diego Holguín, se presentó a Cabildo de Guatemala 8 de marzo de ese año, de modo que su salida fué posterior a esa fecha, y teniendo en cuenta que de Olinstepeque (en donde estaba Santiago de Guatemala) a Cuzcatlán (en donde fundaron a San Salvador) habían poco menos de 20 jornadas; Holguín y los demás fundadores de San Salvador, llegaron a su destino hacia el 28 de marzo y fundaron la villa española de que tenían encargo, con el nombre de San Salvador, el 1º de abril de dicho año.

Si la fundación de San Salvador no tuvo lugar **precisamente** en ese día, 1º de abril, no lo podremos saber nunca, mas sí podemos afirmar con toda certeza que dicha fundación tuvo lugar alrededor de ese día; tal vez el 31 de marzo, tal vez el 2 de abril, pero sí alrededor del **1º de abril de 1525.**

El informe de Diego Holguín a Pedro de Alvarado, comunicándole la fundación de San Salvador, no pudo haberse conservado en Guatemala por haber sido probablemente verbal, o si no, por tratarse de una hoja suelta. Si el libro de Actas de Ay. de Guat. se salvó **en parte** de la destrucción fue porque fueron cosidos a tiempo, allá en los primeros años del coloniaje, los fragmentos que de él quedaban; ¿qué pasaría con los papeles sueltos?

Por otra parte, Alvarado tenía que haber informado de ese suceso a Hernán Cortés, de quien dependía; pero no lo hizo, pues desde mediados de enero recibió de él noticias de que salía de México a Honduras, de donde pasaría a Guatemala, y no había por lo tanto objeto en mandarle esa noticia a México, pues no estaría Cortés y además, éste la iba a tener antes a su regreso, a su paso por Guatemala. Eso así, aunque después cambiara los propósitos de Cortés.

En fin, el acta del Cabildo de San Salvador correspondiente a la fundación, tampoco existe, pues los españoles en julio de 1526 fueron atacados de improviso y con violencia por los indios que los hicieron abandonar la villa, e huir hacia el Lempa, y ciertamente pensaron más en pelear y defenderse y huir que en salvar tales papeles, a los que no se concedía entonces gran importancia.

Demás está decir que a consecuencia de ello, podemos tener seguridad que si sobre la fundación de San Salvador pueden encontrarse tal vez nuevos datos, ninguno sobre la

fecha precisa del día de dicho acontecimiento.

Por demás, una población no se funda, en rigor en un solo día, y para las necesidades históricas, basta la fecha media de **1º de abril de 1525.**

Sobre la fundación de San Salvador existen diversas referencias en el Proceso de Residencia instruido en México en contra de Pedro de Alvarado, y entre ellos, en el "Interrogatorio de descargos" hecho a los testigos que presentó Alvarado (Preg. LXXXII, pág. 106), está el siguiente pasaje:

"Yten. si saben, etc., quedando dicho Pedro de Alvarado en la dicha cibdad (Santiago) que pobló en la dicha provincia de Guatymala, se partió de allí en demanda de la provincia de Cuzcatlán, la que halló buena e fértil, y tomó posesyon della a nombre de su magestad, e después de buelta a la dicha provincia de Guatymala, envió a ciertos españoles a poblar a la dicha provincia, e hizo y pobló una villa que se dize San Salvador, la cual está poblada de españoles en servicio de su magestad, e asy mismo las provincias a ella comarcanas."

Y en el Escrito de descargos, el propio Alvarado dice:

"... en ellos poblé una Cibdad que se dize Santiago e estando en la dicha Cibdad tuve noticias de otras tierras, más adelante, e fui a ellas, e llegué hasta la Tierra firme de Pedrarias (Nicaragua), e hice y poblé una villa que se dize San Salvador."

También en el Interrogatorio (pág. 101) se encuentra la siguiente:

"LLX.—Iten si saben, etc., quel dicho Pedro de Alvarado pobló en las dichas provincias una villa que se dize San Salvador, y después acá syempre ha estado poblada y en servicio de su majestad."

Y así mismo lo afirman los testigos presenciales Andrés de Rodas (pág. 114), Guillén de Lazo (pág.

122), Pedro González Najara (pág. 147), Gonzalo de Alvarado (pág. 162). En la declaración de éste se agrega que San Salvador desde que fue fundada por don Pedro hasta 1529, no cesó de existir.

Y en la "Crónica de las conquistas de nuestro señor Santiago en la provincia de Guatemala", atribuida erróneamente a Gonzalo de Alvarado, dice su autor que "en marzo de 1525 salieron de Santiago, Gonzalo de Alvarado, Diego Holguín, Francisco Díaz, Alfonso de Olieros y muchos otros españoles a conquistar e poblar otras provincias de Guatemala", lo que no tiene sentido si no se interpreta como refiriéndose, por lo menos en parte, a la conquista de Cuzcatlán y fundación de San Salvador.

Por el pasaje transcrito de Alvarado se ve que él mandó desde Santiago a varios españoles a fundar en Cuzcatlán una villa "que se dize San Salvador", y por lo tanto, puede considerarse a él como el fundador de esta población, aunque lo haya hecho por medio de su teniente (¿Gonzalo? ¿Holguín?).

También vemos que fue a Tierras de Pedrarias (Nicaragua) por este mismo tiempo, un poco después, y a su paso por Cuzcatlán completó de organizar la villa, ya que no fue antes de mayo de 1525 ni se refiere a su viaje a Tierras de Pedrarias en julio de 1526, pues en la época a que nos referimos, Pedrarias había reconocido ya como límites de su jurisdicción y Alvarado como los de la suya, el Golfo de Fonseca.

Esta expedición de Alvarado en 1525 hasta Tierras de Pedrarias está ya indicada como una intención en la citada Carta II de Alvarado a Cortés, en donde le dice: "... este verano que viene, placiendo a nuestro Señor, pienso pasar doscientas leguas adelante..."

Es verdad que Milla (Hist. de la Am. Cent.), dice, que en 1530 los lí-

mites de la Gobernación de Guatemala llegaban al río Lempa (pág. 223); mas, también afirma (pág. 222) que anteriormente habían mandado de Guatemala al otro lado del Lempa (a la que poco después se llamó San Miguel) expedicionarios encargados de reducir a los indios que se habían **insurreccionado**, lo que indica que ya antes habían sido conquistados.

Por otra parte, el cronista Herrera (Dec. IV, Lib. III, Cap. II, año 1528) refiere terminantemente que en este año Pedrarias y Salcedo reconocieron como límites de sus Gobernaciones una línea que partiendo del Golfo de Fonseca fuera hasta Trujillo, lo que no habría sido así si por aquel tiempo las pretensiones de Pedrarias se hubieran extendido hasta nuestro Lempa.

Milla (pág. 165) hablando del viaje de Alvarado en 1526 a través de lo que hoy es El Salvador, dice lo siguiente:

"Emprendió su viaje a Honduras tomando el camino de Cuzcatlán, **pues el directo, por Esquipulas, pasaban por unos pueblos que no estaban sometidos a los españoles.** Atravesó aquella provincia, y pasando el Lempa, cruzó Chaparrastique, llamada después San Miguel, etc."

Evidentemente si Alvarado no tomó el camino directo porque pasaba por unos pueblos que no estaban sometidos a los españoles, y tomó el de Cuzcatlán y Chaparrastique, fue porque éstos ya estaban sometidos.

En resumen podemos decir que después de la función de San Salvador en Cuzcatlán, se emprendieron en el mismo año de 1525, varias expediciones a las demás regiones del actual territorio salvadoreño, sirviendo San Salvador como centro de esas operaciones.

III

Entre los sucesos de 1525 deberíamos hablar de la celebración de la

Semana Santa; pero no tenemos datos directos de ese hecho. Indudablemente, el P. Godínez debe haberse quedado en Santiago de Guatemala para la dicha celebración y es probablemente al P. Díaz a quien haya tocado la bendición de la villa del Santísimo Salvador y la celebración de su pasión y muerte.

En el año 1525 la reforma gregoriana del calendario no se había hecho todavía (lo fue en 1582) y teniendo en cuenta eso encontramos que para el dicho año juliano la letra dominical fue A y la epacta 4, y que por lo tanto la Pascua cayó en 1525 el 16 de abril y el Domingo de Ramos el día 9, poco después de fundada la villa del Salvador.

Como, por el cambio de calendario, no todos están habituados a esos cálculos, citaré el siguiente párrafo de la Carta V de Cortés, en que dice:

“Yo llegué a estas caserías de Teniciz víspera de pascua de Resurrección a 15 días de abril del año 1525, etc.”

Lo que nos da directamente lo que nos dió el cómputo anterior.

Puede ser que la proximidad de la Semana Santa haya sido el motivo por el cual se haya dado el nombre de San Salvador a la nueva villa, cuya Iglesia fue puesta, según el P. Remesal, bajo la advocación de la Santísima Trinidad, “pareciéndoles que con esto, —agrega,— tenían inmediatamente a Dios por protector y amparo” (Hist. de la Provincia de Chiapa y Guatemala, Cap. III, L. IX), debiéndose esto tal vez a que la primera misa celebrada en Cuzcatlán fué el domingo 19 de junio de 1524, el día precisamente en que en ese año cayó la fiesta de la Santísima Trinidad.

La fecha de la Semana Santa en 1525 nos da una razón más para afirmar que la fundación de San Salvador tuvo lugar a principios de abril, pues los fundadores de ella, dado el

carácter religioso de la época, quisieron pasar la Semana Santa en Santiago Guatemala o en la nueva villa que iban a fundar.

Si en Santiago de Guatemala, habrían salido después del 16 de abril, y llegado a Cuzcatlán, después del 6 de mayo, en que ya existía San Salvador hacía algunas semanas.

Por lo tanto, los fundadores de San Salvador, vinieron a pasar la Semana Santa a la villa que iban a fundar, y por lo tanto, vinieron y la fundaron antes del 9 de abril (Domingo de Ramos).

De otro hecho que debiéramos hablar aquí es del incendio de Cuzcatlán ordenado por los jefes españoles entre 1525 y 1526, mas no tenemos sobre el particular datos exactos, y sólo podemos decir, avanzándonos al capítulo siguiente, que la lucha contra los cuzcatlecos, aparentemente calmada en 1525, volvió a encenderse en julio de 1526.

CAPITULO IV

SUCESOS DE 1526.—BATALLA DEL 6 DE AGOSTO.—

HECHOS DE 1527.

I

Al concluirse el año de 1525, como acabamos de ver, la villa de San Salvador Cuzcatlán estaba ya fundada y lo que es hoy territorio salvadoreño había sido recorrido en diversas expediciones por los habitantes de la colonia, y los pueblos de esta comarca conquistados y sometidos más o menos a las autoridades de ella.

Sin embargo, el sometimiento no era completo y en 1526, cuando Alvarado se hallaba en Honduras, los pueblos de dicho territorio tomaron parte en la gran sublevación indiana de esa época: chaparrastiques, cuzcatlecos, guaymangos, izalcos, jumaitenses, cakchiqueles, etc., estaban en

armas contra España cuando Alvarado regresaba en julio y agosto de 1526 de la Choluteca (Honduras) acompañado de Luis Marín y Bernal Díaz del Castillo.

En medio de esa sublevación general, ¿qué suerte cupo a la pequeña colonia de San Salvador?

El doctor Luna nos ha dado a conocer el contenido de un interesante documento "antiguo y muy curioso, en poder del historiador salvadoreño J. A. Cevallos".

"Dice ese manuscrito (refiere Luna): que el Adelantado emprendió su viaje a Honduras a principios de 1526, atravesando todo el señorío de Cuzcatlán; que llegó a Choluteca en donde lo encontró Luis Marín, que le informó todos los pormenores de la vuelta de Cortés a México; que después de un banquete que le ofrecieron los caciques, determinó regresar en dirección a Cuzcatlán; que en Chaparrastique encontró a Diego Holguín, que iba fugitivo de los indios que se habían alzado en contra su autoridad, a influencias del Príncipe Sequechul, heredero de la corona del Quiché; que al llegar al caudaloso Lempa encontró la margen occidental guardada por un ejército considerable de indios; que, aprovechándose de un gran número de canoas que los insurgentes no habían podido llevar consigo, atravesó el río y cargó sobre el enemigo que derrotó completamente el 5 de agosto de 1526; que después de tan señalado triunfo, y dejando a Holguín cinco mil indios de los veinte mil que le auxiliaban, siguió su marcha a Quiché".

Ese relato, a pesar de encontrarse en un antiguo documento, dadas las inexactitudes que contiene, puede decirse que es un compendio de tradiciones y documentos anteriores y en el cual deben distinguirse el valor histórico de sus diversas partes.

Indudablemente, la mención a Holguín, su retirada del primitivo asien-

to de San Salvador hacia el Lempa en busca de Alvarado, y el refuerzo que éste le dejara no es de hechos conservados por la tradición, pues ésta habría sido recogida por los antiguos cronistas, especialmente por Vásquez, de modo que el autor del "antiguo y muy curioso manuscrito del historiador don J. A. Cevallos", debe haberlos tomado **de algún documento más antiguo**. El resto del relato, proviene de Bernal Díaz del Castillo y Vásquez y todos los que les han transcrito, agregándole lo que han sabido de la tradición, de esta gran conservadora y falseadora de los hechos históricos.

En vista del contenido del "documento de Cevallos", podemos decir que la villa de San Salvador vivió en su primitivo asiento (en donde hoy está, cerca de Cuzcatlán) hasta julio de 1526, fecha en que los indios cuzcatlecos sublevados, cayeron sobre los salvadoreños, haciéndoles huir hacia el Lempa en busca de Alvarado, que venía de la Choluteca; que el capitán Holguín recibió de su jefe un refuerzo de 5,000 indios auxiliares con los que se continuó la lucha en ese año y probablemente en el siguiente, quedando entonces San Salvador, como una villa-campamento, sin asiento legal determinado.

Consérvase la tradición de que la villa de San Salvador estuvo en un lugar llamado "Los Almendros" o "Pueblo Viejo", de la jurisdicción de Suchitoto, y como por otra parte San Salvador después de haber estado en La Bermuda, de la misma jurisdicción, se trasladó directamente a su actual asiento, su fijación en aquel lugar debe haber sido **antes** de que se estableciera en La Bermuda, esto es, antes de abril de 1528, y por lo tanto, **entre agosto de 1526 y abril de 1528**.

II

Respecto de la batalla del 6 de

agosto de 1526, cuando Alvarado venía de la Choluteca Malalca (Honduras) con Bernal Díaz del Castillo y Luis Marín, podemos decir que la tradición ha adulterado tanto los hechos, que nuestros grandes historiadores (nada menos que Milla y Barberena) la han negado del todo.

De todos los antiguos cronistas y escritores que hablan del asunto, el primero que fija la tradición es Vásquez, quien en su "Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala, etc.", escrita en 1694, en el Tomo I, Cap. X, "En el que se dice algo de lo mucho de bueno de la ciudad de San Salvador", dice lo siguiente:

"Fué la última victoria que tuvieron las armas españolas, a 6 de agosto de 1526, en cuya consecuencia y memoria, se dedicó la Iglesia Parroquial al Salvador (no a la Santísima Trinidad como dice un escritor, equivocando este lugar con el de la villa de Sonsonate) y se hace reseña de este triunfo, sacándose el Pendón Real, la vispera y el día de la Transfiguración, desde la Iglesia Parroquial, por las calles públicas, con muy lucido acompañamiento de caballería; que, de verdad, no le hace ventajas en el aparato, pompas, galas y nobleza de concurso, otras ciudades más numerosas."

De allí tomó Juarros (*Comp. de la Hist. de Guat.*) esos datos y los aumentó con otros, y de ellos es que los demás escritores han tomado la referida especie modificándola más o menos como han creído conveniente.

Juarros en su *Comp. de la Hist. de Guat.*, escrita hacia 1790 (un siglo cabal después de Vásquez) dice al respecto lo siguiente:

"Este caballero (don Jorge) digno hermano de don Pedro, para tener sujeta a la provincia de Cuzcatlán, que era una de las más ricas de la Gobernación, dispuso se fundase en ella una villa Española, a que nombró San Salvador por haberse ganado la

última batalla que sujetó esta provincia a los Españoles, el 6 de agosto de 1526, día en que la Iglesia celebra la Transfiguración del Señor, y por esta misma razón se dedicó la Iglesia Parroquial al Salvador, y se hacía reseña de este triunfo sacando el real pendón la vispera y el día de dicha fiesta, por las calles principales, con lucido acompañamiento de Caballería."

Como Vásquez entre todos los antiguos escritores es el primero en trascribir la referida tradición, Milla le acusa de ser "el autor de esa falsa noticia."

Sinceramente, no creo que el P. Vásquez la haya inventado, sino que transcribió más o menos fielmente una tradición que existía en su tiempo, una tradición que, como todas, tiene algo de verdad y mucho error y creación colectiva. Si después de Vásquez, a pesar de quedar escrita la tradición, y por lo tanto más o menos fijada, se ha seguido alterando, ¿qué no sucedería antes?

El deber que impone en este caso la lógica es distinguir las diversas partes de la tradición, y determinar el valor histórico de cada una de ellas, y no rechazar de plano, como Milla y Barberena, todo el contenido de ella, pues en toda tradición, por falseada que esté, hay algún fondo de verdad.

III

En primer lugar observaremos que es enteramente falso (lo que dice Juarros, y no Vásquez) que San Salvador haya tomado ese nombre por la batalla del 6 de agosto de 1526, pues como ya vimos, en el lib. de Act. del Ay. de Guat., consta de modo indudable que el 6 de mayo de 1525 (el año anterior a la batalla) ya existía con ese nombre y no con otro, pues en el acta citada (Cap. I, Art. III) se dice que Holguín se había ido "a vivir

y permanecer en la villa de San Salvador, de la cual es alcalde, etc.”

No podía haber tomado su nombre San Salvador en 1525 de una batalla que tuvo lugar en 1526.

Del mismo modo podemos afirmar que es una simpleza del mismo calibre, la de los que pretenden que San Salvador tomó su nombre de una batalla que suponen habida el 6 de agosto de 1525, pues tres meses antes, en mayo de ese año (1525) ya existía con dicho nombre.

En segundo lugar observaremos que si se dedicó al principio la Iglesia Parroquial de San Salvador, al Salvador, fué indudablemente porque al dar ese nombre a la villa se tomaba como patrono al Santísimo Salvador, y natural era que el 6 de agosto se celebrara con gran pompa la fiesta de la Transfiguración, no por la supuesta batalla, sino por ser el día del Patrono.

El paseo del Pendón Real el 6 de agosto tampoco prueba la realidad de tal batalla, pues tenía que pasarse en una de las principales fiestas de la villa, y ninguna era mayor que la del Santísimo Patrono. Después esa ceremonia se transfirió para las fiestas de diciembre, según lo atestigua Juarros.

En fin, la ceremonia de que habla Juarros, de que se paseaba junto con el Pendón, en diciembre, la espada del Conquistador, que existía en Mexicanos, tampoco prueba nada sobre tal batalla, pues esa ceremonia se instituyó a mediados del siglo XVIII, más de dos siglos después de la conquista, verosíblemente cuando se transfirió el paseo de agosto a diciembre. En tiempo de Vásquez no se paseaba esa espada atribuida a Alvarado, pues Vásquez vivió en San Salvador, asistió y predicó en esas fiestas agostinas y fué guardián del Convento de San Antonio, y ciertamente una ceremonia de tal importancia no le habría pasado inadvertida ni la

habría dejado de consignar. Como Vásquez escribió a fines del siglo XVII y Juarros a fines del XVIII, la institución de dicha ceremonia fué hecha, como he dicho, a mediados del siglo XVIII.

Eso esclarecido, de la referida tradición sólo nos queda por analizar dos proposiciones: 1ª, que en 1526 se dió en territorio salvadoreño una batalla decisiva, que terminó definitivamente con la conquista y sumisión de los pueblos indianos; y 2ª, que esa batalla tuvo lugar el 6 de agosto de ese año.

IV

Respecto a que en 1526 cuando venía Alvarado de Honduras se haya dado en lo que es hoy El Salvador una batalla de tan gran importancia como lo que se dice, a orillas del Lempa (o por San Miguel) es ciertamente un hecho completamente falso.

En efecto: en esa ocasión venía con Alvarado, como se ha dicho, nada menos que el gran historiador de la conquista, Bernal Díaz del Castillo, quien al relatar ese viaje no sólo no menciona tal batalla (¡y ciertamente no habría omitido hablar de una batalla de tal magnitud que con ella se ganara definitivamente toda esta tierra, y lo cual tenía que haber visto!), sino que al hablar de que los indios mataron cerca del Lempa a un soldado llamado Nicuesa e hirieron a otros dos de un grupo que se había apartado del campamento en busca de maíz, dice que los dejaron sin castigo, que no se combatió a los indios por no detenerse.

A eso se reduce la famosa batalla del Lempa en 1526, y conste que el testimonio de Díaz del Castillo, testigo presencial e historiador concienzudo, vale más que el de los demás cronistas que escribieron más de dos siglos después.

Vamos a analizar esas cuestiones; más antes debemos consignar los pá-

rrafos pertinentes del distinguido licenciado guatemalteco don Virgilio Rodríguez Beteta, Vice-Presidente de la "Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala", uno de los más ilustres representantes de la intelectualidad guatemalteca.

V

Los párrafos a que nos referimos, los del licenciado Rodríguez Beteta, fueron publicados en el diario "El Día", de esta capital, cuyo cuatricentenario conmemoramos, en su edición del 8 de marzo del corriente año (1925), y son los siguientes:

"Al regresar de Honduras don Pedro de Alvarado y hallarse con la tierra alzada librara una serie de batallas en El Salvador, en las inmediaciones del sitio donde hoy está San Miguel, según afirma el General Díaz del Castillo, y que entrando en Cuzcatlán ganara la última batalla el 6 de agosto de 1526. Así lo afirma terminantemente Vásquez y lo confirma Juarros. Vásquez, como se ve en el extracto, fue cura en un lugar de la provincia de San Salvador y dice haber visto las ruinas de la primitiva ciudad. Dice además, haber tenido a la vista los documentos del archivo secreto de San Salvador. Su dicho es, pues, muy digno de tomarse en cuenta, sobre todo, tratándose de un autor tan acucioso y prolijo. Tropezaba esta opinión con la dificultad de que Bernal Díaz nada dice de tal batalla, lo que es verdaderamente raro tratándose también de un testigo presencial que no perdona detalles, y que detalla las batallas de San Miguel. Pero Bernal Díaz afirma que la tierra (Cuzcatlán) estaba alzada. Muy bien pudo pasar por alto el detalle de la batalla del 6 de agosto, aunque no es corriente que él incurra en tales olvidos."

Es falso que Bernal Díaz del Castillo hable de esa "serie de batallas" que le atribuye el licenciado Rodrí-

guez Beteta, ni detalle, como éste dice, "las batallas de San Miguel" (que no las hubo), y en cuanto la batalla del 6 de agosto, el silencio de Díaz del Castillo es suficiente para negarla, máxime tratándose de una batalla de la magnitud que se le atribuye, y no de un simple detalle como dice el Vice-Presidente de la "Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala".

El relato de Díaz del Castillo, Cap. CXCI, dice:

"... yendo por nuestras jornadas hallamos a Luis Marín en el pueblo que dice Acalteca; y así como llegamos con aquellas nuevas, tomó mucha alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Mabiani, y hallamos en él a seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Alvarado, que andaba en nuestra busca, y uno de ellos fue Diego de Villanueva, conquistador, buen soldado y uno de los fundadores de Guatemala (en donde Bernal Díaz escribió esa historia), natural de Villanueva de la Serena, que es en el maestrazgo de Alcántara, y cuando nos conocimos nos abrazamos los unos a los otros, y preguntando por su capitán Pedro de Alvarado, dijeron que allí cerca venía con muchos caballeros, y que venía en busca de Cortés y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en México, ya por mí dicho, y como habían enviado a llamar a Pedro de Alvarado para que fuese Gobernador, y la causa por qué no fue, e yendo por nuestro camino, luego de allí a dos días nos encontramos con el Pedro de Alvarado y sus soldados, que fue junto a un pueblo que se dice la Choloteca Malalca... En aquel pueblo (Choloteca) se quedaron los de Pedro Arias (Garabito y Compañón, agentes de Pedrarias con los que se habían reunido en ese trayecto), y nosotros nos fuimos a Guatemala, y antes de llegar a la provincia de Cuzcatlán, en aquella sazón llovía mucho y venía un río que se decía Lempa muy crecido, y no le pudimos pasar

en ninguna manera; acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba y era de tal gordor, que de él se hizo una canoa que en estas partes otra mayor no la había visto, y con gran trabajo estuvimos cinco días en pasar el río, y aun hubo mucha falta de maíz; e pasado el río, dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los chapanastiques, que así era su nombre, a donde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decía Nicuesa, e hirieron a otros tres de los nuestros, que habían ido a buscar de comer y venían ya desbaratados, y les fuimos a socorrer, y por no nos detener se quedaron sin castigo (esto es, no se les combatió); y esto es en la provincia en donde ahora está poblada la villa de San Miguel; y desde allí entramos en la provincia de Cuzcatlán, que estaba en guerra, y hallamos bien de comer; y desde allí veníamos a unos pueblos cerca de Petapa (Guatemala), etc.”

Por eso se ve con claridad que la famosa batalla a orillas del Lempa, o en cualquier otro punto del actual territorio salvadoreño, cuando venía Alvarado de la Choluteca en 1526, esa batalla sangrienta en la que se sometió definitivamente a los pueblos de esta comarca, es una purísima leyenda, como la del 22 de noviembre en Guatemala (Milla, pág. 184).

VI

Así, pues, en lo que es hoy El Salvador, ciertamente, no hubo tal batalla; mas, ¿no la hubo en algotra parte, y haya sido esto uno de los factores de dicha leyenda?

El propio Díaz del Castillo, continuando el relato que he transcrito, dice:

“... y desde allí (de Cuzcatlán) veníamos a unos pueblos cerca de Petapa (Guatemala), y en el camino tenían los guatemaltecos unas sierras cortadas y unas barrancas muy hon-

das, donde nos aguardaron, y estuvimos en se las tomar y pasar tres días; allí me hirieron de un flechazo, mas no fue nada la herida, y luego venimos a Petapa, y otro día dimos en este valle que llamamos del Tuerto”.

Por eso se ve que antes de llegar a Petapa, sí hubo un serio combate, pues los españoles tuvieron que pelear tres días para poder pasar; ¿no será ese el del 6 de agosto? ¿no será ese hecho el núcleo al rededor del cual empezó a formarse la leyenda en referencia?

Así lo creo, y el lector lo verá después de seguir el relato de Castillo:

“... y otro día dimos en este valle que llamamos del Tuerto (Panchoy), donde agora está poblada esta ciudad de Guatemala (la Antigua), que entonces todo estaba de guerra sobre pasallos con los naturales; y acuérdomme que cuando veníamos por un repecho abajo (cuesta) comenzó a temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor; y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatemala la vieja (Tepán-Guatemala), donde solían estar los caciques que se decían Cinacán y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda y aguardándonos todos los escuadrones de guatemaltecos (cakchiqueles), para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos a dormir a la ciudad, y estaban los aposentos y las casas con tan buenos edificios y ricos, en fin como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas; y desde allí nos salimos a lo llano e hicimos ranchos y chozas, y estuvimos en ellos diez días, porque el Pedro de Alvarado envió dos veces a llamar de paz a los de Guatemala y a otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los días que he dicho, y de que no quisieron venir ninguno de ellos, fui-

mos por nuestras jornadas largas, sin parar hasta donde Pedro de Alvarado había dejado su ejército (Olintepeque), porque estaba todo de guerra, y estaba en él por capitán un hermano que se decía Gonzalo de Albarado. Llamábase aquella población, donde los hallamos, Olintepeque, y estuvimos descansando ciertos días, y luego (el 27 de agosto) fuimos a Soconusco, etc.”

Los expedicionarios llegaron a Olintepeque el 22 de agosto, y el Cabildo de Santiago se reunió allí extraordinariamente el 23 y el 26 de agosto para tratar de la próxima partida de don Pedro, el que salió al día siguiente, 27 de agosto de 1526 (Lib. de Act. del Ay. de Guat., págs. 17 y 18).

Por el citado relato de Díaz del Castillo, podemos fijar la fecha de la batalla habida poco antes de Petapa, pues de aquí a Olintepeque hay seis jornadas lo que unido a los diez días de demora en Tecpán-Guatemala, nos da 16 días, que restados del 22 de agosto, da la fecha 6 de agosto para el fin del referido combate.

Podemos decir, pues, que después de 2 días de combate, el tercero, 6 de agosto de 1526, tuvieron las armas españolas un triunfo brillante sobre los indios de los pueblos cercanos a Petapa, (Guatemala).

Y esa es toda la verdad, respecto a la célebre batalla del 6 de agosto, la que a pesar de todo, no tiene que ver nada con el nombre de San Salvador, pues desde el año anterior, esta villa ya existía con este nombre, ni con las fiestas patronales de San Salvador, ni con nada referente a esta población, pues no se dió en territorio salvadoreño ni tiene la importancia que se le atribuye.

VII

Resumiendo lo que queda de los acontecimientos de 1526, tenemos lo siguiente:

En julio de 1526, los indios cuzca-

tlecos cayeron sobre San Salvador y, Diego Holguín con los demás habitantes de la villa huyeron hacia el Lempa en busca de Alvarado, quien les dejó un refuerzo de indios auxiliares mientras siguió su marcha a Guatemala, continuando Holguín y los demás sansalvadoreños la lucha con los pueblos indianos de la comarca.

Esa lucha continuó probablemente en 1527, y permaneciendo San Salvador sin asiento fijo o legalmente establecido desde 1526 que abandonó el primitivo (cerca de Cuzcatlán, en donde hoy está) hasta 1528 que se estableció en la Bermuda, fijándose provisionalmente hacia 1527 por Suchitoto, en Los Almendros.

Después de Holguín, según nuestro historiador el Dr. Luna, fué alcalde de San Salvador don Luys de Lunar, y como Holguín desempeñó ese cargo en los años de 1525 y 1526, y en 1528 eran alcaldes Antonio de Salazar y Juan de Aguilar, como veremos, cabe inferir como probable, que don Luys de Lunar lo fué en 1527.

Fácilmente se comprende que los graves sucesos de 1526 (julio y agosto), las fiestas de agosto no pudieron celebrarse como se hubiera deseado; y que en 1527 se inició probablemente la tradición de celebrarla anualmente con pompa, lo mismo que el Corpus-Cristi, que fueron en aquellos tiempos las dos mayores fiestas.

Ya he transcrito el relato que de las fiestas agostinas hace el P. Vásquez, y ahora transcribo a continuación la de la celebración del Corpus, que aunque se refiere a una época posterior a 1527, indica el entusiasmo con que en este tiempo empezó a celebrarse. Dice así:

“Celebrábase con grandeza la solemnidad del Santísimo Sacramento; hácese invenciones de fuegos, cuélganse decentemente en las calles, fabrican vistosos arcos de flores, en disposición de tres naves o calles, la de en medio, mayor que las laterales,

con tanta igualdad, que desde lejos, por la proximidad de los unos arcos a los otros, parecen cañones bien formados, y todos de primaveras. Idéanse suntuosos altares, y el de la Parroquia con tanto primor y aseo, que no hace falta el esmero del Monasterio de Monjas más devotas y boyantes. Enciéndese mucha cera, toda de castilla, sin mezcla, y el octavo día a todo empeño, se echa el resto en la grandeza. Hay sermón en esta octava, que sólo pudo deslucirla, el ser yo alguna vez el orador”.

Con estos ligeros apuntamientos concluyo la historia de San Salvador en los años 1526 y 1527, debiendo agregar que en 1527 se organizó una expedición hacia los pueblos inmediatos al Güija y de la cual no se conocen detalles.

CAPITULO V

SUCESOS DE 1528.—ESTABLECIMIENTO DE SAN SALVADOR EN EL SITIO DE LA BERMUDA.

I

La villa de San Salvador, sin asiento fijo en los años de 1526 a 1528, luchaba con los pueblos indianos de la comarca, adquiriendo con ello, naturalmente, conciencia de su personalidad, y daba origen a la nueva población, habida por los intrépidos europeos en las indias más hermosas, o más bellas, o mejor constituidas y más llenas de vida que había en la comarca.

San Salvador se desarrollaba así, sin asiento legal determinado, desde el día en que los bravos cuzcatlecos los habían arrojado del valle de Cuzcatlán en 1526.

En 1527 tomó posesión del cargo de Teniente de Gobernador y Capitán General, en sustitución de su hermano, don Jorge de Alvarado, y una de sus principales preocupaciones fue organizar la colonia, que don Pedro en 1526, al partir para Méxi-

co había dejado medio desorganizada, y a los pueblos indianos en armas en contra de los españoles.

Pedro de Alvarado dejaba, al partir, fundadas dos colonias de españoles: Santiago de Guatemala y San Salvador de Cuzcatlán; pero a consecuencia de las sublevaciones indianas, Santiago no estaba ya en Guatemala, sino en Olinstepeque (Xepau) y San Salvador no se encontraba ya en Cuzcatlán, sino por el Lempa, por Suchitoto, y ambas poblaciones carecían de asiento legal y apropiado para su desarrollo. Don Jorge se encargó de esto, dando asiento a Santiago el 22 de noviembre de 1527 al pie del Hunaphú, y a San Salvador el 1º de abril de 1528 en el sitio llamado años después de la Bermúdez o de la Bermuda.

El establecimiento, impropriamente llamado fundación, de San Salvador en la Bermuda el 1º de abril de 1528 consta en diversos documentos, entre los cuales el más conocido es Juarros (Comp. de la Hist. de Guat.), quien dice así:

“La capital (del partido de San Salvador), que lo es también de toda la Intendencia, es la ciudad de San Salvador; está situada en trece grados y 35 ms. de lat. bor. y en 288 long. en un ameno valle circumbalado de frondosas sierras, que al Noroeste terminan en un volcán, cuyas erupciones han causado grandes estragos: a este paraje se trasladó diez o doce años después de su fundación, pues al principio estuvo en un lugar que llaman la Bermuda. Se fundó con el título de villa, el año 1528, por orden de Jorge de Alvarado, Teniente de su hermano don Pedro, con el fin de tener sujeta la provincia de Cuzcatlán”.

“Llegaron a Cuzcatlán los españoles que envió don Jorge de Alvarado a fundar la referida villa, que todos eran de la primera nobleza de Guatemala, a fines de marzo de 1528, y escogido el sitio para plantar la pobla-

ción, el 1º de abril de dicho año establecieron la villa de San Salvador, tomando posesión de sus empleos los oficiales nombrados por Jorge de Alvarado: Diego de Alvarado, Justicia Mayor y Teniente de Capitán General en toda la provincia; Antonio de Salazar y Juan de Aguilar, Alcaldes Ordinarios; Pedro Gutiérrez de Guinana, Santos García, Cristóbal Saluago, Sancho de Figueroa, Gaspar de Zepeda, Francisco de Quirós, Pedro Núñez de Guzmán, Regidores; Alguacil Mayor, Gonzalo Ortiz; Visitadores de la provincia, Gaspar de Zepeda y Francisco de Quirós; y Procurador de la villa, Luis Hurtado.”

Eso informa Juarros a fines del siglo XVIII; mas hay otros dos cronistas anteriores que dan más o menos los mismos datos, y son Vásquez, en la citada Crónica, que escribe a fines del siglo XVII, y Remesal, que escribió su “Historia de la Prov. de Chiapas y Guatemala” a principios del siglo XVII.

Vásquez dice lo siguiente:

“No es este sitio el que primero tuvo la ciudad, sino el que llaman de La Bermuda, donde hasta estos tiempos hay rastros de haberle poblado allí, y conservándose algunos años, la villa de San Salvador. Pero no me persuado, a que fuesen tantos, como algún escritor dice, y tengo para mí, que aun no llegaron a veinte, los que allí estuvo. La razón que me motiva a pensarlo así, es que ninguno hay que llame Ciudad a La Bermuda, sino villa de La Bermuda, y asentado ésto no pudieron llegar a 20 los años que allí estuvo la población de San Salvador, porque a los quince de su fundación tuvo el título Real de Ciudad, como ya veremos.”

“Concedióle el título de Ciudad, el señor Emperador Carlos V por una Real Cédula (que el original se guarda en el archivo de aquella ciudad) su fecha en Guadalajara a 27 de septiembre del año de 1543, y por lo actuado de aquellos años inmediatos,

parece, que no llegó tan aína el privilegio, porque en los autos de los dos años siguientes, se llama la villa de San Salvador”.

Por eso se ve, que para la fundación en La Bermuda da la fecha de 1543—15—1528.

Remesal, que es el mejor informado y el más antiguo de los tres, dice lo siguiente (L. IX, Cap. III):

“Dio orden (Jorge de Alvarado) para tener sujetas y de paz a la Provincia de Cuzcatlán, que era una de las más ricas y principales de la Gobernación de Guatemala, que en ella se hiciese una población de españoles a la que dio por nombre villa de San Salvador, dejando a la voluntad y albedrío de los oficiales que enviaba, la elección del sitio más conveniente que les pareciese para asiento del lugar. Eran muchos y muy nobles los españoles que salieron de Guatemala para esta jornada, que la fama de las riquezas de la Provincia, así en frutos de la tierra como en minas, los cebó y obligó a dejar la apacible vivienda de Santiago de Guatemala, e irse a tierra no vista”.

“Llegaron a Cuzcatlán y escogido el sitio para la nueva villa de San Salvador (que les duró hasta el año 1575 en que se pasó al que ahora tiene), el primero de abril de mil quinientos veintiocho, edificadas algunas casas hicieron forma de comunidad y república, y los oficiales de ella, nombrados por Jorge de Alvarado, ejercitaron sus oficios. Tomaron la posesión de ellos, Diego de Alvarado de Justicia, Mayor y Teniente de Capitán General en toda la Provincia; Antonio de Salazar y Juan de Aguilar, de Alcaldes ordinarios; venían nombrados por Regidores, Pedro de Gutiérrez de Guyñana, Santos García, Cristóbal Saluago, Sancho de Figueroa, Gaspar de Cepeda, Francisco de Quirós y Pedro Núñez de Guzmán; venía por alguacil mayor Gonzalo Ortiz; por Visitadores de la Provincia Gaspar de Cepeda y Fran-

cisco de Quiros y por tenedor de bienes de difuntos **Antonio Bermúdez**".

"Este mismo día todos juntos y unánimes y conformes dieron advocación a la Iglesia y la dedicaron a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Tres personas en una esencia divina; pareciéndoles que con esto tenían inmediatamente a Dios por protector y amparo".

Como se ve, los antiguos escritores empiezan la historia de San Salvador con su fundación, o mejor dicho, establecimiento en La Bermuda el 1º de abril de 1528, en la fecha conmemorativa del tercer aniversario de la primera e indudable fundación, la verdadera fundación, hecha en Cuzcatlán (en donde hoy está). La razón de ello es sencilla: no se han conocido ni se conocen las actas del Cabildo de San Salvador anteriores a 1528, habiendo algunos de los antiguos cronistas (Vásquez) que no conocieron sino alguna pequeña parte (9 fojas) de las actas de ese Cabildo.

Ese es uno de los motivos por el cual los antiguos cronistas o historiadores "casi no hablan de la fundación primera de San Salvador"; ignoraban que "la verdadera fundación fué la de 1525"; no creían, (no podían creer) que una villa legalmente constituida existe, aunque cambie su residencia de un lugar a otro. La existencia de una sociedad es independiente de su asiento, y por lo tanto, la verdadera fundación es la del 1º de abril de 1525, y no su establecimiento en La Bermuda en el tercer aniversario de su fundación, el 1º de abril de 1528.

II

Que el establecimiento de San Salvador en La Bermuda fue el de 1528 (y no el de 1525), lo prueba el hecho de que en 1530 la villa estaba todavía allá, cerca de Perulapán y Suchitoto.

A este respecto, "don Antonio de

Herrera, cronista mayor de S. M. de las Indias y su cronista de Castilla", en su obra publicada en 1600 e intitulada: "Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano", hablando de la expedición de Estete a San Salvador, en la Década III, Lib. VII, Cap. V, año 1530, pág. 166, dice:

"... Pidió (Estete) que le recibieran por Capitan, y Gobernador, ofreciendo, si lo hacían, de no tomarles los indios; y porque no lo quisieron hacer, salió de la villa (de San Salvador), y se fué a dos leguas a un pueblo, llamado Perulapa, a donde fundó una población, que llamó Ciudad de los Caballeros", etc.

Y esa distancia de "dos leguas", por muy mal contadas que sean, conviene más al sitio de La Bermúdez que al asiento actual; de modo que la traslación tuvo lugar después de 1530.

Por otra parte, ha sido tradición constante la de que la fundación de San Salvador en La Bermuda fue la de 1528.

Y, en fin, esta conclusión se fortalece con el hecho de que las ruinas de San Salvador en La Bermuda son indicio seguro de que la villa no pasó allí solo tres años (1525 a 1528), sino más tiempo, evidentemente los once años que dice Juarros, (*Comp. de la Hist. de Guat.*), de 1528 a 1539.

Los antiguos cronistas (Herrera, López de Velasco, etc.), identifican unánimemente los lugares llamados San Salvador y Cuzcatlán, hecho que puede interpretarse en el sentido de que aquella población española se haya establecido cerca o a inmediaciones de la indiana de este nombre. "San Salvador, dicen, que en lengua de indios se llama Cuzcatlán".

Por otra parte, dada la necesidad de permanecer frente a los cuzcatlecos durante largo tiempo para dominarlos, necesidad que fue comprendida en la campaña de 1524, como se ha visto, era natural que los españo-

les fundaran su villa-campamento precisamente en Cuzcatlán, en esta "tierra de preseas", que Alvarado (Proc. de Resid.) dice que halló "buena e fértil" y en donde pasó en lucha infructuosa con los cuzcatlecos diecisiete días.

Las necesidades de la conquista y colonización hacían que los españoles buscaran para establecer sus colonias las inmediaciones de los grandes núcleos indianos (México, Guatemala, Cuzcatlán...) y eso confirma la presunción de que Cuzcatlán fue asiento primitivo de San Salvador. Cuzcatlán era un recio pueblo de indios, una gran ciudad de casas dispersas que se extendía entre los lugares hoy llamados San Jacinto y Santa Tecla.

En fin, los sansalvadoreños desde sus primeros tiempos de vida se han caracterizado por volver a la misma localidad después de pasado el terror, consecuente a cada calamidad pública, por ejemplo, terremotos. Más de veinte veces, sus autoridades y habitantes se han trasladado a otros lugares con intención de no volver nunca al primitivo asiento; la última vez fué a consecuencia del terremoto de 1854 en que se construyó la Nueva San Salvador en la hacienda de Santa Tecla; pero siempre han desistido de su "firme propósito" y han vuelto a su tradicional asiento. Natural es, en consecuencia, que lo mismo haya sido la primera vez, que al dejar La Bermuda, los sansalvadoreños buscaron el primitivo asiento.

En fin, el gran historiador salvadoreño, Dr. Cevallos, consigna el dato precioso de que los habitantes de San Salvador se fueron trasladando poco a poco de La Bermuda al valle de Cuzcatlán (en donde hoy está), dejando casi solas las autoridades allá, las que tuvieron que seguir a sus moradores, según Juarros en 1539, y ese hecho confirma de que los habitantes al trasladarse a este

lugar, volvían al primitivo asiento.

En cuanto a los restos de la villa de San Salvador en La Bermuda, ya transcribimos lo que dice Vásquez, y ahora hacemos lo mismo con el relato contenido en un informe municipal fechado el 15 de enero de 1860, en Suchitoto, y es el siguiente:

"Existen en la hacienda de La Bermuda, situada al Sur de esta ciudad (Suchitoto), a tres leguas de distancia, los vestigios de una ciudad que no alcanza la tradición a los tiempos de su sér; pero a la simple vista, se ven las calles delineadas, y una que conserva todavía su empedrado; las basas de las columnas de un templo con figuras en bajo relieve en sus cuatro rostros, y otras todavía más elevadas que indican haber servido a la arquitectura de la portada; se hace notar el cuadro de la plaza, y a alguna distancia de estos fragmentos, están los escombros de un molino a la orilla del río de este nombre. Con alguna distancia se ven los cimientos de otras casas como de campo o chacra".

"Los antiguos dueños de La Bermuda hicieron uso de algunas de las basas para colocar los pilares del corredor de la referida hacienda y hasta estos últimos años que han reedificado la casa, están abandonadas por el patio las referidas basas".

"Ese espectáculo se encuentra al Sudeste de la memorada hacienda como a dos millas de distancia".

"Hay la opinión casi general, que fué la ciudad de San Salvador, existente mucho antes de la conquista; o más bien dicho, la capital de la provincia, sin que haya fundamentos para dar crédito a semejante especie, porque según la historia, la ciudad de San Salvador data de la conquista a esta parte en el lugar donde se halla".

Es lástima que no se sepa de dónde provienen los datos contenidos en este último párrafo, pues la existen-

cia de San Salvador, "desde mucho antes de la conquista" "en el lugar donde se halla", indicarian claramente la identidad primitiva de Cuzcatlán y San Salvador, esto es, que la villa española fué fundada en 1525 a inmediaciones de Cuzcatlán, entre Cuzcatlán y Cuzcatancingo.

Por lo dicho se ve la importancia, desarrollo y tiempo que duró San Salvador en la Bermuda y cuyas ruinas se encuentran ahora al Sur del casco de esa hacienda, en el punto llamado La Primavera.

El nombre de la Bermuda, parece provenir del apellido de los antiguos moradores de la referida hacienda. Como se verá, los Bermúdez vinieron entre los primeros moradores de San Salvador.

III

En los pasajes de Remesal y Juarros que hemos transcrito, se ve quiénes fueron las primeras autoridades de la villa y de la provincia de San Salvador, y los nombres por ellos citados son precisamente los mismos que aparecen en las actas del Cabildo de San Salvador, de 1528 a 1531; pero el doctor Luna sostiene la tesis de que Diego de Alvarado vino entre los primeros pobladores de San Salvador en 1525 y no en la remesa que mandó Jorge de Alvarado en 1528.

Los documentos citados prueban hasta la saciedad que Diego de Alvarado vino en 1528, cuando se estableció la villa temporalmente (aunque en la creencia de que se le establecía para siempre) en la Bermuda; mas debemos analizar el documento en que se apoya el doctor Luna, que es un cuadro insertado en el final de un expediente que contiene una petición de Gómez Juárez de Moscoso y la resolución del Alcalde ordinario de San Salvador en 1579, Francisco de Cuica, y que decía así:

"En la ciudad de San Salvador, a nueve díaz del mes de febrero de mil

quinientos y sesenta y nueve, ante el ylustre Sr. Francisco de Cuica Alcalde ordinario por su Magestad de esta ciudad y por ante mí Pedro de Mendieta Escribano Público de su Magestad, pareció presente Gómez Juarez de Moscoso y presentó una petición del tenor siguiente."

"Ilustre señor Gómez Juarez de Moscoso y Figueroa, vecino de esta ciudad de San Salvador, y Alcalde de la santa hermandad en ella, como marido y conjunta persona de doña Gerónima Salvago mi muger digo, que en la santa yglesia de esta ciudad está una tabla como en archivo guardada y fue custodiada en que están asentados los primeros conquistadores de esta dicha, que son los que conquistaron y pacificaron y poblaron, la cual dicha tabla está allí porque a los dichos conquistadores en forma de capellanía se les dice cada año, una misa con renta que para ello dejó Bartolomé Bermúdez, difunto, uno de los dichos conquistadores, en la cual estoy asentado y me tiene dada Xtoval Salvago mi suegro, padre de la dicha doña Gerónima Salvago mi muger, y aunque de sus méritos y servicios esta hecha ynformación son Receptoría provisión Real de su Magestad, librada en la rreal Audiencia de Guatemala, para más abundamiento me conviene sacar un traslado autorizado en pública forma ynterponiendo en ello Umd, su autoridad y decretó en forma para que haga mayor fée, sobre lo que pido justicia y en lo necesario está Gómez Juarez de Moscoso y Figueroa.

"Presentando el dicho escrito e visto por el señor Alcalde dijo que mandaba e mandó que yo el presente Escribano vaya a la yglesia mayor de esta ciudad donde el dicho Gómez Juarez de Moscoso dise de estar la dicha tabla, de ella saque y dé testimonio si en ella esté el dicho Xtoval Salvago en la forma e manera que

estubiere que en ello su merced ynterpone autoridad y decretó y ansi lo proveyó e mandó e firmó, Francisco de Cuica. Pasó ante mí Pedro de Mendieta Escribano de su Magestad.

“E luego incontinenti de la susodicho, yo el presente escribano en cumplimiento de lo mandado por el dicho señor Alcalde a lo pedido por el dicho Gómez Juares de Moscoso Figueroa, vine a esta yglesia mayor de esta ciudad en donde en un pilar de la dicha yglesia, entrando por la puerta del perdón de ella, a la mano yzquierda en un pilar estaba dicha tabla y presenté al señor Francisco de Cuica Alcalde y Diego Faxardo, el dicho Gómez Juares de Moscoso dijo que aquella que me mostraba era la de que el pedía el testimonio, la cual dicha tabla está en ello escripto en un pliego muchos nombres y el título de encima dice así:

Jesús María. Los conquistadores que conquistaron e poblaron la ciudad de San Salvador y ayudaron a conquistar las demás provincias, etc.” y luego empiezan por tres hordenes de nombres que en el principio de la primera horden empieza e dice. El Capitán Diego de Alvarado, Diego de Usaya, Diego Martín y así va sucesivo y el postrero de esta horden dice Magdaleno de Herrera, y en la segunda horden empieza Antonio Hortis, Antonio de Quiros y va sucesivo y en esta horden cave donde dise Gracia de Alfaro está otro nombre que dise Xtoval Salvago e luego Xtoval Hierros y acaba esta orden Gabriel de Oviedo e empieza la otra e dise Pedro de Pueblo, Pedro Alonso e acaba con nombre que se llama Pedro de Triano y ay por todos setenta y tres nombres e no ay firma al pie ninguna, la cual dicha tabla está en la dicha Iglesia mayor de esta ciudad en el pilar de donde ya la quité presente el dicho señor Alcalde y el dicho Diego Faxardo e para que de ello conste de pedimento del dicho

Gómez Juárez de Moscoso Figueroa y de mandamiento del dicho señor Francisco de Cuica Alcalde, di la presente fecho en San Salvador, a nueve días del mes de febrero de mil quinientos sesenta e nueve años, en fée de la qual fisi aquí este mi signo en testimonio de verdad Pedro de Mendieta Escribano de su Magestad.”

En ese documento, en el Cuadro que empieza “Jesús María. Los conquistadores que consquistaron e poblaron la ciudad de San Salvador,” no hay prueba de que haya sido el hermano de don Pedro, esto es, Diego de Alvarado, conquistador de Cuzcatlán en 1525 y fundador entonces de la villa, y sí aparece en ese Cuadro su nombre es porque fue uno de los principales, el principal, en el establecimiento de 1528. Repárase además que ese Cuadro fue escrito muchos años después del traslado de la villa a su actual asiento, aun después de haber recibido ésta el título de ciudad, después de 1546, y era natural que pusieran a don Diego como el primero por su superior categoría sin que haya sido el primero en venir.

CAPITULO VI

SUCESOS DE 1528 A 1531.

I

Ya tenemos a la villa de San Salvador fundada en la Bermuda el 1º de abril de 1528, y a partir de este momento la historia de la villa es más o menos completa y cierta por haber una documentación más precisa. Empezaré por tratar de la organización de la villa contenida especialmente en lo que resta del antiguo Libro de actas del Cabildo de San Salvador y de expedientes coloniales.

Tardaron quince días en trazar las calles, plaza e iglesia de la villa y en hacer algunas casas en qué morar,

como dice Remesal. Las vicisitudes y casi desorganización porque había pasado la villa en sus tres años primeros de vida habían hecho comprender la necesidad de tomar medidas para evitar esos males, y así fue que don Luys Hurtado, Procurador de la villa, se presentó a Cabildo el día "Jueves a los diez y feys de abril de mcl. XXVIII", y pidió "folares para lor vezinos, y le fue respondido: Que era muy bien e jufta fu de manda".

"Pidió anfirmifmo ante los dichos feñores: Que los tales vezinos e moradores fe afianzen e juren vezindad de manera que ni agoga ni en ningun tiempo fe vayan, e aufenten defta dicha villa, ni dexen la tal vezindad por el llamamiento de Capitan alguno, ni de otra perfona que fea, ni fe pueda y en efpecial las perfonas y oficiales que tienen a cargo de mandar y regir la dicha villa. Por q' fi de otra manera fueffe, Et. (las razones, fáciles de comprender)".

Y respondiósele: "Que era jufta y que fe hizieffe así, y ellos mismos fe ofrecieron a dar fianzas y fi neceffario era, jurar la dicha vezindad".

"Pidió afsí mifmo el dicho Procurador: Que ninguna perfona de los vezinos y moradores de la dicha villa, ni de otra qualquiera q' fea fe apoffefsione' a tierra alguna, ni exidos, ni se entremetan a lo tomar. Porque podría ser efta caufa, llamarfe a pofiefsio della... , hafta q' ta'to los dichos feseños Tenie'te y Alcaldes, Jufticia e Regidores de la dicha villa fe lo dar a los tales vezinos e moradores."

Respondiósele al Procurador que eso era bueno y jufto, quien pidió se le diera testimonio, y luego se mandó que los vecinos se asentasen y diesen fianza de vecindad.

De los primeros vecinos de San Salvador en los restos que quedan de lo actuado en los primeros años (1528 a 1531) y en uno que otro ex-

pediente de la época colonial, especialmente en el citado y transcrito anteriormente (Cap. V, Art. III), nos han quedado cincuenta y cinco nombres, de aquellos primeros habitantes de la villa, de los cuales algunos se fueron posteriormente a Guatemala y al Perú, y puede ser también que a México, y aunque el conocimiento de esos nombres no tiene gran importancia los transcribo a continuación para el curioso lector que quiciere enterarse de ellos.

Aguilar (Juan de); Alfaro (García de); Alonso (Pedro); Alvarado (Diego); Arévalo (Francisco de); Arévalo (Juan de); Arias Dávila (Gaspar).

Bermúdez (Antonio); Bermúdez (Bartolomé).

Cepeda (Gaspar de); Cerón (Pedro de); Contreras (García de).

Díaz (x); Díaz (Francisco); Díaz (Rodrigo), Docampo (Antonio); Docampo (Diego).

Figueroa (Sancho de)

García (Bartolomé); García (Santos); González (Gonzalo de); Gutiérrez de Guyñana (Pedro).

Herrera (Hernando de); Herrera (Magdaleno de); Hierros (Cristóbal); Holguín u Holgaín (Diego); Hortiz (Antonio); Hurtado (Luys).

Inés (Pedro).

Jacs (Luis de)

León (Francisco de); León (Juan de); Lozano (Antonio González); Lunas o Lunar (Luis); Lyaño (Pedro de).

Martín (Diego de); Muñoz (Giner).

Núñez de Guzmán (Pedro).

Oliveros (Alonso de); Oviedo (Gabriel de).

Paez (Diego); Palacios (Antonio); Palacios (Juan); Pueblo (Pedro de).

Quintanilla (Juan de); Quirós (Francisco de); Quintanilla (Antonio).

Recino (Juan); Reguera (Antonio); Robledo (Francisco de); Roble-

do (Jorge); Rodas (Andrés de).

Salazar (Antonio); Salvago (Cristóbal).

Triano (Pedro de).

Villalva (Alonso).

Usaya o Usagre (Diego de).

II

De esos vecinos de San Salvador, ya sabemos quiénes formaban las autoridades de la villa y de toda la provincia en 1528, pues constan sus nombres en los documentos que publicamos en el capítulo anterior.

En el año 1529, eran Alcaldes de la villa, por Jorge de Alvarado, Teniente de Gobernador de Guatemala, Antonio Docampo y Sancho de Figueroa, y Regidores, Alonso de Oliveros, Alonso de Villalva, Pedro de Lyaño, García de Contreras, Juan de Quintanilla, y Pedro Cerón; y alguacil mayor Juan de Arévalo, continuando don Diego en el cargo de Justicia Mayor hasta abril, fecha en que don Jorge lo sustituyó por don Gaspar Arias Dávila, que se presentó en Cabildo "a los 22 días de abril de md. XXIX", presentando sus despachos, y el cual fue sustituido poco después por el Juez de Residencia Diego de Rojas, enviado por Francisco Orduña, quien había sustituido a don Jorge de Alvarado en el cargo de Teniente de Gobernador de Guatemala.

En 1530, Pedro de Alvarado, a su regreso de España y México, nombró Alcaldes a Gaspar de Zepeda y Antonio Docampo y por Regidores a Santos de Figueroa, Pedro de Cerón, García de Contreras, Crhiftohal Salvago, Juan de Aguilar y Antonio Bermúdez; por mayordomo a Alonso de Oliveros, y por Procurador de la villa a Alonso de Villalva, encomendando la Gobernación de la provincia a Luys de Mafcofo (Luis de Moscoso).

A partir de esa fecha, esas mismas personas continuaron durante muchos años como autoridades de la villa, permutándose a veces.

Debemos agregar que en 1533 fueron enviados a la Costa del Bálsamo los capitanes don Pedro Portocarrero y Diego de Rojas, quienes se establecieron en Acajutla, para someter a los indios de aquella costa que se habían sublevado. Los tenientes de Alvarado entraron en choque con las autoridades de la villa de San Salvador, cuyo síndico pidió a Alvarado, y este así lo resolvió, quedar la corporación exenta de la jurisdicción de aquellos tenientes.

Con este paso la villa de San Salvador conservaba cierta autonomía, pues no dependía de los tenientes que radicaban en Acajutla, sino directamente de Alvarado.

Continuará en el próximo número.

INDICE



| Editorial | Pág. |
|--|------|
| LA OBRA CIENTIFICA DEL SABIO LARDE | 3 |
| GEOLOGIA GENERAL DE CENTRO AMERICA Y ESPECIAL DE EL SALVADOR. | |
| Trabajo geológico presentado por El Salvador en el III Congreso Panamericano, celebrado en Lima, Perú, en 1924, escrito por el Dr. Jorge Lardé | 10 |
| ORIGENES DE SAN SALVADOR CUZCATLAN, HOY CAPITAL DE EL SALVADOR. | |
| Notable monografía histórica escri- ta por el Dr. Jorge Lardé, en 1925, como una contribución a las festividades conmemorativas del IV Centenario de la Fundación de San Salvador | 55 |
| INDICE | 96 |

